

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Minicerebros, vol. 1 y 2

Brigitte está pasando unos días en Villa Tartaruga, cuando son atacados por dos hombres que intentan matarlos. Pero matar Baby y Número Uno es muy difícil, y los que acaba muertos son los atacantes. Pero cuando los ve muertos, a Brigitte se queda petrificada: Son dos compañeros suyos, dos Simones que ella conocía porque había trabajado con ellos en una misión para la CIA.



Lou Carrigan

Minicerebros, vol. 1 y 2

Brigitte en acción - 117

Brigitte en acción - 118

ePub r1.3

Titivillus 29.03.2020

Lou Carrigan, 1970
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1




Brigitte
EN ACCION



Minicerebros, parte 1

Cita en el mar

El helicóptero volaba muy bajo, y por una de las puertas, corrida hacia dentro, se asomaban dos hombres, pistola en mano, disparando contra la velocísima sombra que se deslizaba por tierra, a menos de ocho yardas del aparato. No se oían los disparos de las silenciosas pistolas, pero sí se veían los rojizos fogonazos en la oscuridad. Más allá, el brillo de la luna sobre el mar, que lanzaba sus olas contra la costa rocosa.

Parecía imposible, pero ni uno solo de los disparos alcanzaba a la fugitiva sombra. Una sombra fina, esbelta… Una negra sombra agilísima, que corría, saltaba, se tiraba al suelo, rodaba… Como un asombroso gato inalcanzable, que efectivamente tuviera siete vidas, la sombra efectuaba en todo momento el movimiento exacto que la ponía fuera del alcance de las balas. No porque corriese más que las balas, sino porque variaba la dirección de su marcha de tal modo que el piloto del helicóptero tenía que ir cambiando continuamente de dirección. Tan continuamente, que ya no sabía si volaba hacia la costa, tierra adentro, alto o bajo, al Este o al Oeste.

Crispado el sudoroso rostro, desorbitados los ojos brillantes de furia, no cesaba de maldecir, en francés. Sobre todo, cuando el hombre gordo tocado con un rojo *fez*, le hacía indicaciones agrias, que reflejaban su descontento hacia la pericia del piloto:

—¡A la derecha ahora…! ¡A la derecha digo! ¡No! ¡Se va hacia la izquierda…! ¡Retrocede! ¡Maldita puerca! ¡Sigue adelante…!

Abajo, la gatita de siete vidas seguía corriendo, siempre cambiando de dirección, saltando, rodando por el suelo… De cuando en cuando volvía y alzaba la cabeza hacia el helicóptero, y entonces, los ocupantes de éste podían ver el brillo de los grandes ojos, y el del sudor, que empapaba el bello rostro femenino. Más atrás, el cochecito deportivo que la gatita había utilizado en principio para huir, estaba aplastado de morro contra un pino, fuera

del camino. Lo lógico habría sido que, al recibir el coche el impacto de unas cuantas balas que reventaron las dos ruedas del lado derecho, la gatita se hubiera roto la cabeza cuando el vehículo se estrelló contra el árbol. Pero no. Ni siquiera eso. La gatita había saltado antes del impacto del coche contra el pino, y había continuado su fuga, siempre sin soltar el maletín que llevaba en la mano izquierda, y del cual se había apresurado a sacar una pequeña pistolita.

—¡Ahora vuelve a retroceder! ¡Cambia de dirección, Borud, estúpido, cambia…!

El piloto obedeció, cambiando una vez más la dirección de la marcha del helicóptero. Y justo cuando regresaba, la gatita enderezó de nuevo la marcha hacia la costa rocosa, llena de hermosos, altísimos pinos de frondosa copa.

Los dos que disparaban con las pistolas lanzaron una maldición cuando, una vez más, la gatita varió su camino, reanudando la marcha, y, por fin, uno de ellos dijo:

—¡Quiere llegar al mar! ¡Si llega allí quizá no la encontremos! Con toda seguridad sabe nadar bajo el agua y podrá ir escondiéndose de nosotros…

—Baja… —ordenó el gordo que llevaba el rojo fez en la cabezota—. ¡Baja! Toma tierra en la misma costa. Ese es su único camino, y vamos a cortárselo… ¡Ya veremos si se escapa cuando todos vayamos a pie a por ella!

Borud maniobró de modo que el helicóptero fue directo hacia un claro en los pinos, sobre el mar, que rugía a quince o veinte pies más abajo, lanzando nubes de blanca espuma hacia lo alto.

—Es una maldita zorra… —jadeó el otro con pistola—. ¡Nunca había visto nada igual, Omar Jarfa!

El gordo lanzó un gruñido que estremeció su poderoso vientre.

—Por zorra que sea, no va a escapar. Si le cortamos el camino hacia el mar, tendrá que volver tierra adentro. Y la cazaremos en cuanto llegue a la zona donde no hay pinos, ni arbustos… ¡Para ya esta maldita máquina, Borud!

El helicóptero había tocado tierra ya, y el piloto detuvo las poderosas aspas, mientras los dos hombres armados saltaban a tierra. En seguida, a una seña de Omar Jarfa, lo hizo también Borud, sacando una pistola.

—¡Buscadla bien los tres! ¡Yo vigilaré el helicóptero! —dijo Omar Jarfa.

—Cuidado con ella —musitó Borud—. Es capaz de llegar hasta aquí y matarte.

—No pienso salir del aparato. ¡Que venga si quiere! Lo haga como lo haga, la veré. Y entonces…

Los tres hombres echaron a correr hacia donde los pinos estaban más juntos, más espesos, y había más matorrales. Omar Jarfa se quedó dentro del helicóptero, pistola en mano, vigilante, muy atento… Era cierto que tenía que ver a cualquiera que se acercase al helicóptero, ya que éste había quedado en aquel pequeño claro rodeado de pinos. Cualquiera que apareciese en dirección al helicóptero, quedaría inmediatamente bañado en la luz de la luna, perfectamente visible para el gordo Omar Jarfa…

Por entre los pinos, más allá, Jarfa vio de pronto un par de fogonazos, que tuvieron inmediata réplica unas yardas más a la derecha Luego, gritos de rabia, más fogonazos… Al parecer, la gatita seguía jugando al escondite.

—Ojalá se las quiera dar de lista y venga aquí… —pensó sombríamente Omar Jarfa—. Sí… ¡Ojalá!

Durante un par de minutos más, todo fue silencio, a excepción del eterno sonido del mar lanzándose contra las rocas. De cuando en cuando, una columna de blanca agua pulverizada subía más que las anteriores, formando un bello dibujo plateado en el aire…

De pronto, Omar Jarfa alzó la pistola, clavando su mirada en la sombra que aparecía por entre los pinos más cercanos. Una sombra extraña, deforme, inquietante… Omar alzó la pistola, apuntándola, pero, antes de que se decidiese a apretar el gatillo, la sombra adelantó, quedando, efectivamente, bañada en luz lunar.

—¡Omar! —Se oye la voz de Borud—. ¡Soy yo! ¡La he cazado viva!

Efectivamente, allá estaba Borud, con la mujer cargada en un hombro, doblada por la cintura, corriendo hacia el helicóptero. Omar Jarfa sonrió siniestramente, y se apeó del aparato, no sin esfuerzo. En pocos segundos, Borud llegó ante él, deteniéndose, jadeando; el torso de la mujer colgaba hacia su espalda, y las piernas, completamente enfundadas en malla negra, estaban ante los ojos de Omar, que deslizó una mano por la parte más carnosa y

alta.

—Mejor que la hayas atrapado viva, Borud… —murmuró—. Es demasiado hermosa para matarla sin hacerle conocer la felicidad. Ella supo engañarme, prometiendo cosas que no pensaba cumplir… ¡Ahora tendrá que cumplirlas, a la fuerza! Esta va a ser una noche muy agradable para mí… ¿Qué haces? Al suelo no… ¡Vamos a ponerla en el helic…!

Borud se había inclinado, de modo que los pies de la mujer llegaron al suelo. Lógicamente, y una vez hubo soltado a la mujer, ésta debió caer, desvanecida, pero no fue así. La gatita completamente vestida de negro se enderezó velozmente, y su pistolita se clavó en un costado de Omar Jarfa, mientras ella se colocaba a su lado, y Borud permanecía inmóvil.

—Agradezco mucho tus elogios, Omar, querido… —dijo la dulce voz, en francés impecable—. En efecto, soy demasiado hermosa para morir, pero no serás tú quién me haga conocer la felicidad. Tengo otros planes bien diferentes. Borud, mi maletín: déjelo en el suelo.

Borud obedeció, y Omar Jarfa le dirigió una mirada feroz, llameante.

—Cerdo traidor… —mascculló—. Maldito seas…

—Él no ha tenido la culpa, querido. Simplemente, yo le sorprendí, le golpeé en la mano, le quité la pistola, y le hice comprender que el único modo de conservar la vida era obedecer mis instrucciones… Y fue tan amable de traerme aquí. ¿No ha sido un truco inteligente, querido, amadísimo Omar, gordo entre los más gordos cerdos?

—Ajustaremos cuentas… ¡Todos ajustaremos cuentas después de esto…!

—Temo que tú sólo vas a poder ajustar cuentas con quien mejor sabe tus pecados. Supongo que es Alá. De modo que… ¡ve a reunirte con él!

Omar Jarfa recibió la primera balita en el hígado y lanzó un chillido espeluznante. Quiso volverse hacia la gatita, pero ésta lo apartó con un sencillo movimiento de judo que pareció segar las piernas de Omar, derribándolo de espaldas ante ella. Más allá, por entre los pinos, se oyeron las voces de los otros dos hombres, llamando alarmados a Omar Jarfa y a Borud.

—¡Aquí! —jadeó Jarfa—. ¡Aquí está la…!

Plop.

La segunda bala se clavó en el voluminoso vientre de Jarfa, que lanzó otro chillido de terror, de dolor… Un chillido que quedó bruscamente cortado cuando la tercera bala se clavó en el centro de su frente, empujando su cabezota hacia atrás cuando intentaba incorporarse. Es decir, que, definitivamente, el alma de Omar Jarfa Mohamed fue en busca de Alá, mientras su gordísimo cuerpo quedaba en aquel infierno llamado Tierra.

En seguida, la pistolita estaba apuntando a Borud, que retrocedió un paso, desorbitados los ojos.

—No… —jadeó—. ¡Me dijo que no me mataría si la ayudaba…!

—Tiene sólo un segundo para volverse de espaldas, Borud. Si no lo hace, lo mataré…

Borud se había vuelto ya cuando la gatita terminó de hablar. El rumor del acercamiento de los otros hombres se oía cada vez más cercano… La mujer alzó su pistolita y la descargó con terrible fuerza contra la cabeza de Borud, que cayó de bruces, como muerto. Inmediatamente, la gatita recogió su maletín y se encaramó al helicóptero, que puso en marcha inmediatamente, sin mirar siquiera los mandos, siempre fija la mirada hacia los pinos… Cuando los otros dos hombres aparecieron en el claro, el helicóptero se elevaba ya, con suave balanceo de arrancada, estabilizándose… Durante una fracción de segundo, la sombra del aparato ocultó los cuerpos yacentes de Omar y Borud, pero en seguida los dejó a plena luz lunar, de modo que fueron vistos por los dos hombres, que alzaron sus pistolas, desaparecido ya su desconcierto, dispuestos a disparar contra la nueva usuaria del helicóptero.

Pero más veloz que ellos, la mujer movió su mano derecha, soltando aquel pequeño y esférico objeto que había sacado de su maletín… Y mientras las balas de los dos hombres rebotaban contra el helicóptero, ante los pies de ellos apareció una vivísima luz lívida, como el fogonazo de un gigantesco *flash,* formando una bola brillantísima, casi blanca, que comenzó a arder inmediatamente por su base, quemando en el acto la gruesa alfombra de pinocha.

Lanzando alaridos de espanto, ciegos para un par de horas por lo menos, los dos hombres retrocedieron, a trompicones…, mientras el helicóptero, gobernado por pequeñas, bellísimas, elegantísimas… y

fortísimas manos que podían partir la cabeza de un hombre con un solo golpe, se ocupaban ya exclusivamente de los mandos.

Segundos después, mientras un ligero incendio comenzaba a extenderse por toda la pinocha de aquella parte de la costa, el aparato se alejaba hacia el Este, elevándose cada vez más.

Y allá abajo, hacia el Oeste, quedaba Túnez, con su brillante iluminación de la Avenida Burguiba, en la cual refulgían las luces de la hermosa catedral católica. También estaba La Goleta, en la orilla meridional del canal, y, en la parte septentrional, las famosas ruinas de la antigua Cartago…

Pero todo esto ya no tenía importancia. Lo único que le importaba ahora a la gatita era volar lejos de Túnez, hacia aquel punto del mar donde tenía una cita. Un vuelo de casi dos horas y media, pero que no parecía preocupar en absoluto a la dama, cuyos bonitos, dulces labios, se estiraban suavemente en una dulce sonrisa.

Porque, a fin de cuentas, no sólo acudía a una cita maravillosa, sino que, una vez más, había ganado.

Abajo se veían las luces del pequeño yate de recreo, que destacaba, blanco a la luz de la luna, sobre las aguas del mar. No era muy grande, como se podía adivinar calculando la distancia que había entre la luz roja y la luz verde, pero sí parecía muy veloz. Y cuando voló muy bajo por encima de él, la damita volvió a sonreír, pues de un solo vistazo comprendió que, si bien pequeño, el yatecillo era delicioso… Un mundo aparte, un mundo flotante en el que ella, le constaba, iba a ser recibida maravillosamente.

Pero, aun sabiendo esto, tomó las debidas precauciones. Al pasar, se aseguró de que sólo un hombre había en el yate, de pie en la cubierta de proa, con la cabeza alzada, mirando hacia el helicóptero. Cuando pasó por segunda vez, la dama hizo señales con las luces del helicóptero, utilizando el sistema morse. Fueron solamente cuatro las letras que envió por medio de la luz: «B-A-B-Y».

Pasó de largo y, cuando regresaba otra vez hacia el yate, vio claramente las señales que brotaban de la linterna que sostenía el hombre; también en morse, él enviaba su mensaje: «U-N-O».

Luego, el hombre detuvo los motores del yate, que quedó meciéndose, al pairo, a la espera. El helicóptero se posó en las

aguas, junto al yate, y la mujer tiró su maletín a las manos del hombre, que se asomaba a la borda. Unas manos grandes, poderosas, de largos dedos elegantes. El maletín quedó sobre la cubierta del yate, mientras la mujer se encaramaba a la cabina del helicóptero, que se iba llenando rápidamente de agua, hundiéndose. Desde la cabina transparente, la mujer saltó hacia aquellas manos poderosas, y hubo una doble sujeción de muñecas: las manos de ella atenazaron con fuerza las muñecas del hombre, mientras las manos de éste se cerraban con fuerte suavidad en las muñecas de la mujer. Y tras un breve balanceo, la gatita se encontró sentada en la borda, de cara al hombre. Un hombre también vestido completamente de negro, de más de seis pies de estatura, atlético pero delgado, finos sus anchísimos hombros, de rostro hermoso, viril, intensamente tostado por el sol, muy oscuro a aquella lívida luz lunar.

Las manos del hombre abarcaron el rostro de la mujer, para acercarlo al suyo. Muy lentamente, las bocas de ambos se fueron aproximando, hasta unirse en un beso.

Cuando se separaron, ella suspiró, y se quedó mirando aquellos negrísimos ojos. Era una mujer muy segura de sí misma, invencible, valiente hasta lo sobrecogedor, capaz de salir por sí sola de cualquier apurada situación… Pero nunca, nunca, se sentía tan protegida, tan a salvo, como cuando veía aquellos ojos fijos en los de ella.

—¿Champaña con guinda? —propuso él, sonriendo apenas.

—Lo que tú quieras —musitó ella.

Saltó de la borda a la cubierta, y ambos miraron hacia el helicóptero… Es decir, hacia donde había estado el helicóptero.

—¿No tenías que venir en lancha? —preguntó él.

—Hubo dificultades al final… Dificultades para otras personas, quiero decir. Y decidí olvidar la lancha y utilizar su helicóptero.

—Me parece razonable.

Se volvieron a besar. Luego, él rodeó la cintura de ella, y fueron hacia la portilla. Descendieron al interior del yatecillo, y él dio la luz. Señaló el pequeño y alegre diván corrido bajo el ventanal del *living-yacht*.

—Traeré el champaña. ¿Algo para comer?

—No, no… Oh, el maletín… Subiré a buscarlo para…

—Yo iré. Descansa.

Número Uno volvió a cubierta, regresó con el maletín, y lo dejó sobre las rodillas de Baby. Luego se quedó mirándola fijamente, hasta que ella, sosteniendo sonriente aquella intensa mirada, musitó:

—¿No me habías invitado a champaña?

Uno dio la vuelta y se alejó hacia el fondo del estrecho pasillo. Regresó un par de minutos más tarde, con una botella, dos copas, y un tarrito de cristal, lleno de rojas y hermosas guindas. Colocó el servicio sobre una pequeña mesita, sirvió una guinda en cada copa, escanció champaña y miró a Brigitte Montfort, que se dedicaba a examinar un microfilm colocado en su pequeño visor especial que siempre llevaba en su maletín rojo con florecillas azules.

—¿Es lo que buscabas? —preguntó Uno.

Ella alzó la cabeza y sonrió.

—Desde luego. ¿Quieres verlo?

—No. ¿Para qué? Supongo que es importante, pero eso no me interesa. He visto ya demasiados microfilms en mi vida. Lo único que me importa en todo este asunto es que me enviases el mensaje para recogerte.

—¿Todavía me amas? —susurró ella.

Número Uno sonrió, de pronto, de un modo completo. En sus negros ojos apareció una chispa nueva, llena de luz, y sus blancos dientes destacaron en el atezado rostro recio, varonil… Asombrosamente varonil y recio.

—Me he detenido a pensarlo últimamente.

—Ah… ¿Y a qué conclusión has llegado?

—Todavía a ninguna. Sigo pensando. ¿No quieres tu eterno «Perignon Cincuenta y Cinco»? Y con guinda. Dime una cosa —le tendió una copa, y ella bebió en seguida un sorbito, sonriendo luego deliciosamente—: ¿para quién has hecho este trabajo? Porque, a menos que no te hayas dignado informarme de un cambio de situación, continúas siendo una agente expulsada de la CIA.

—Todo sigue igual. Pero el trabajo lo he hecho para la CIA precisamente.

Número Uno frunció simpáticamente el ceño.

—¿Soy tonto por no entenderlo, mi amor? —musitó.

—Supongo que no. El trabajo lo he hecho para la CIA, pero la CIA todavía no lo sabe. Saberlo le costará… quinientos mil dólares.

Eso, si quieren el microfilm, claro. Si no lo quieren, espero que alguien lo querrá. Le he puesto un precio muy razonable.

—Yo les cobraría más —aseguró Número Uno—. ¿No te expulsaron? ¡Pues que paguen ahora tus servicios!

—Medio millón está bien —encogió ella los hombros—. Medio millón y tres días de diversión es un buen precio para mí. Además, la CIA sólo me expulsó, no me vendió al enemigo, como hizo contigo… No les guardo demasiado rencor.

—Yo les cobraría un millón —insistió Uno.

—¿Necesitas dinero? —rió Brigitte.

—¿Dinero? Jamás en mi vida había tenido tanto. Los que nos dedicamos al espionaje privado ganamos los cientos de dólares como la demás gente ganan los centavos.

—Supongo que te refieres a los espías como nosotros, exclusivamente. Nada menos que la agente Baby y el todopoderoso Número Uno. No hay muchos espías como nosotros, querido.

—Ya hemos comentado eso en otras ocasiones. Brigitte, quiero decirte algo.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Mi amor, esos negros ojos que aterran y engañan a cualquier persona, son incapaces de ocultarme nada a mí… —sonrió ella dulcemente—. ¿Qué quieres decirme?

—Creí que también adivinarías eso.

—Casi, casi… La verdad es que temo adivinarlo. ¿Qué es?

—La CIA te ha expulsado… ¿Por qué seguir en el espionaje? Estoy seguro de que tienes tanto dinero que jamás podrías terminarlo. Yo también tengo demasiado dinero… Ninguno de los dos necesitamos ya jugarnos la vida…

—¿A qué nos dedicaríamos?

—A vivir tranquilamente. Quédate conmigo en «Villa Tartaruga»… para siempre.

Ella dejó la copa de champaña y tomó entre sus manitas una del espía más peligroso de todos los tiempos.

—Uno… —susurró—. Me has pedido esto otras veces. Y siempre te he dado la misma respuesta: no. Tenemos que admitir los dos la realidad: necesitamos el espionaje como un complemento de nuestras vidas. Si yo me quedase para siempre en tu villa

maravillosa, seríamos felices, desde luego. Pero también somos felices así. Tú sabes dónde encontrarme siempre que quieras, y yo te he visitado ya muchas veces en «Villa Tartaruga»… No soportaríamos la inactividad para siempre. Y tú lo sabes. Sé muy bien cuál es tu intención al pedirme eso: quieres que de una vez por todas, tu Brigitte deje de correr peligros. Yo… te agradezco lo que esto significa, pero…

—¿Quieres más champaña? —murmuró él, roncamente.

—Oh, sí. Está muy frío, como a mí me gusta. Uno: ¿cuándo te convencerás de que Baby no es solamente una dulce niña muy bonita? Yo comprendo tus temores de que un día me maten…, pero no creo que sean mayores que los míos con respecto a ti. Y jamás te he pedido que dejes el espionaje.

—¿Me estás llamando egoísta?

—En efecto, mi amor —ella pasó una mano por el rostro de él—. Te estoy llamando egoísta.

—Está bien… Lo soy. Con respecto a tu vida, lo soy.

—No temas ya más. Nadie puede matarme. Pero ya te dije una vez que si alguna vez me matan, no debes llorar. Tampoco yo lloraré cuando te maten… Ya te dije en una ocasión que las personas que realmente aman, jamás mueren para el ser amado… [1] ¿Lo recuerdas?

—No siempre puede salirte bien la jugada. Pero no hablemos más de esto. Es sólo una circunstancia de nuestro amor.

—Cierto… —sonrió ella—. Y lo que interesa de ese amor es que exista, no el cómo ni el porqué. ¿Me sirves más champaña o no?

Número Uno le sirvió más champaña, y otra guinda. Estuvieron mirándose mientras bebían. Luego, Brigitte dejó su copa y se acercó más a Uno, acurrucándose contra él.

—Lo que sí es seguro —musitó—, es que, estés muerto o estés vivo, Uno, yo jamás podría olvidarte. ¿Me olvidarías tú a mí?

Número Uno no contestó. Con un brazo rodeó completamente a Brigitte, apretándola con suavidad contra él. No se oía nada… Sólo, afuera, el rumor del mar contra el casco del yatecillo. Ella sabía que estaban muy cerca de la isla de Malta, y que al día siguiente estaría con Número Uno en su «Villa Tartaruga». Pensaba pasar allí una semana… La venta del microfilm a la CIA podía esperar. No era cosa urgente. Sonrió al pensar en la conversación que acababa de

sostener con Uno: la verdad era la que ella había dicho. Los dos necesitaban vivir de aquel modo intenso, y ambos lo sabían. Número Uno había sido traicionado por la CIA años antes, pero él seguía siendo espía, que vendía su trabajo al mejor postor. Y ella, que alguna vez se lo había reprochado dulcemente, estaba haciendo lo mismo ahora que ya no trabajaba para la CIA. Con ciertas limitaciones, desde luego, ya que ella jamás vendería secretos importantes a enemigos de su patria, o a gente que pudiera alterar la paz mundial. Cosa que, por fortuna, también hacía Número Uno. Los dos, en definitiva, eran personajes raros, con un extraño corazón y un gran cerebro que funcionaba fuera de todos los convencionalismos…

—No… —musitó al fin Número Uno—. Muerta o viva, Brigitte, jamás podré olvidarte… Jamás.

Esperó a que ella dijera algo, y como no fue así, la apartó un poco y alzó el delicioso rostro de la mejor espía del mundo; los hermosos ojos azules estaban cerrados, y la boquita sonrosada se abría en una muequecita encantadora. Uno sonrió y besó los labios de ella, ligeramente.

—Gracias, mi amor —susurró.

Tenía muchos motivos para decir «gracias». Porque, sin lugar a dudas, la agente Baby jamás se habría quedado dormida como una niña en brazos de ningún hombre. La agente capaz de pasar tres días sin dormir, sin comer ni beber, capaz de resistir cualquier cosa humanamente soportable, le estaba diciendo, con aquel dulce abandono, que él, Número Uno, era lo mejor que había en su vida.

Felices sueños, Baby.

Capítulo primero

Abrió los ojos cuando un rayo de sol dio en ellos. Parpadeó varias veces, apartó la cabeza de aquel rayo de sol, y se quedó mirando el blanco techo. Luego miró el pequeño ventanal redondo por donde entraba el rayo de sol, lleno de diminutos corpúsculos dorados.

Por fin, sonriendo, se sentó en la litera, dejando resbalar la sábana por su cuerpo. Ante ella, en una silla, estaba su maletín rojo con florecillas azules, y su indumentaria de malla negra de una sola pieza, con la que había llegado al yate. Encima de esa prenda, había unos *shorts* blancos, y una blusita azul. Y encima de ésta, un diminuto bikini de color rojo.

Todavía sonriendo, la espía internacional se puso en pie y fue a mirar por el ojo de buey. Allá delante tenía la costa. Vio una playa de arenas finas, enrojecidas por el sol naciente, y unas hermosas palmeras inmóviles junto al mar. Era, ciertamente, el paisaje preferido por ella… Un paisaje que se completó cuando, al alzar la mirada, vio unas cuantas gaviotas, como blancas manchas en el cielo intensamente azul. El mar, una playa, unas palmeras, unas gaviotas… Y todo, en un silencio sólo perturbado por el rumor de diminutas olas que se deslizaban hacia la playa.

Se puso el bikini y salió del camarote. Poco después, aparecía en cubierta, y se quedaba mirando a Número Uno, que estaba en *slip,* sentado en la borda, con la mirada fija en el mar, un cigarrillo entre los labios… A pesar del sigilo empleado por la espía, ésta no se sorprendió cuando Uno volvió la cabeza, exactamente igual que si la hubiera visto u oído, cosas ambas del todo imposible. La divina sonrió y el bronceado atleta se limitó a tender una mano hacia ella. La ayudó a sentarse junto a él, en la borda, y le puso el cigarrillo en los labios.

—Hermoso amanecer —comentó Brigitte.

—¿Te ha gustado mi despertador?

—Un rayo de sol muy hermoso… —suspiró ella, expeliendo el humo y colocando el cigarrillo en la boca de él—. Tuviste que maniobrar bastante para conseguir situar el yate en la posición conveniente. Me quedé dormida, claro…

—Claro.

—¿Sabes qué pienso?

—Pues no… Puedo adivinar cualquier cosa que pretendas, cualquier actitud básica en tu personalidad, pero no lo que pienses en determinado momento… Pero tampoco tú sabes lo que pienso yo.

—¿Qué piensas?

—Las damas primero… —Él le puso de nuevo el cigarrillo entre los labios y la besó en un hombro—. Es cortesía elemental, mi amor.

—Pero yo quiero que tú lo digas primero.

—Bien… Estaba pensando que quizá esta vez consiga que te quedes no menos de tres días en «Villa Tartaruga»… Estamos a menos de cinco millas de allí, pero quise que despertaras en este lugar. ¿Estarás tres días?

Se quedó mirándola fijamente, de un modo inexpresivo, casi seco. Pero Brigitte Montfort sabía muy bien el anhelo que había en el corazón de Número Uno.

—Había pensado quedarme una semana… —musitó—. Pero si tienes cosas que hacer…

—Oh, me las arreglaré —dijo él, impasible—. Siempre tengo cosas que hacer, pero no estaría bien limitar la estancia de una invitada.

—Ya… Eres tan apuesto, querido… Seguramente, no soy la única chica que invitas… Dime: ¿de dónde has sacado este bikini?

—Es tuyo.

Brigitte frunció hoscamente el ceño.

—No es mío… —rechazó—. Conozco muy bien todas mis cosas. Es posible que me haya dejado muchas prendas de ropa en tu villa, pero no este bikini.

—Ah… Bueno, no sé… Quizá sea de otra chica, entonces…

—Me parece que no voy a estar en tu villa ni una hora.

—¿Cómo? ¡Un momento…! ¡Acabas de decir…!

—Ni un minuto… ¿Te enteras?

—Está bien, está bien… El bikini no es tuyo… No era tuyo hasta que te lo has puesto. Es nuevo. *Mamma* María fue a comprarte media docena a La Valetta hace un par de semanas, usando como medida uno de los que te dejaste en casa… ¿Me crees?

—No sé… Los espías somos tan embusteros…

—¿Te quedarás una semana?

—Es posible… Lo pensaré.

—Emmm… ¿Qué estabas pensando antes?

—Ah, sí… Pues pensaba… Pensaba… ¡que eres un sinvergüenza!

Lo empujó de pronto, y Número Uno, «pillado de sorpresa», lanzó un cómico grito mientras se precipitaba al agua, alzando los brazos como en demanda de ayuda…, que no necesitaba en absoluto. Todavía no había desaparecido bajo las transparentes aguas, cuando la divina saltaba tras él, hundiéndose también, muy cerca. Y con los ojos abiertos, los dos se vieron perfectamente, se acercaron y aparecieron juntos en la superficie, abrazados, y comenzaron a reír, hasta que de pronto, Brigitte dejó de hacerlo. Acercó su boca a la de Número Uno y lo besó, lentamente, cerrando los ojos, notando en su boca el gusto de la sal…

—Buenos días, espía —musitó luego.

Casi cuatro horas más tarde, ya avanzada la mañana, *Mamma* María lanzó una exclamación al mirar por milésima vez por la ventana de la cocina. Inmediatamente lo dejó todo y salió al jardín, echando a correr hacia la parte de la villa que daba al mar, agitando sus abundantísimas y blanquísimas carnes, brillando de alegría sus grandes ojos negros.

—*¡Signorina, signorina…!* — jadeaba—. *¡Benvenutta…!*

Ante la sonriente mirada de Número Uno, las dos mujeres se abrazaron, en el camino lleno de flores de «Villa Tartaruga». Dos mujeres bien diferentes en todo, empezando por el peso, que en *Mamma* María, la única y fiel sirvienta de Número Uno, era casi el doble que el de la divina espía.

—¡Yo contenta aquí de verla, *signorina*, yo contenta…!

—*Capisca!* —rió Brigitte—. Hablemos en italiano, *Mamma* María, o no nos entenderemos… *Si parla italiano… Va bene?*

—¡Estoy tan contenta! ¡Y el *signore* Angelo también está muy

contento! —Miró a Uno—. *Non é vero, signore?*

—Sí… Desde luego…

—¡Él la quiere tanto, *signorina…!* Muchas veces lo veo, tan sólo en esta villa tan grande, sentado en la pérgola, pensando… ¡Pensando en usted, sí, lo sé! ¡La quiere tanto el *signore…*!

—Está bien, *Mamma* María… —refunfuñó Número Uno—. La *signorina* ya sabe eso…

—Oh, pero no sé lo suficiente… —rió Brigitte—. Vamos a mi habitación, *Mamma* María, y por el camino me va contando cuánto me quiere el *signore* Angelo Tomasini… Yo creo que no demasiado… ¿Vienen aquí otras chicas?

Mamma María quedó aterrada, sus ojos se desorbitaron…

—¡*Santissima Madona,* claro que no! ¡El *signore* sólo quiere a una mujer en este mundo, *signorina…*! Verá… Hace pocas semanas, en la playa, una artista de cine francesa que…

—¿Cómo está ese almuerzo? —Gruñó Número Uno.

Brigitte volvió a reír.

—El almuerzo tendrá que esperar… Vamos, *Mamma* María: quiero saber qué pasó con esa francesa.

—Oh, nada, *signorina…* Pero fue porque el *signore* no quiso. Esa artista llevaba un bikini más pequeño que el de usted, y llegó a nuestra playa en una lancha, diciendo que se había quedado sin combustible… ¡Santa Madona, qué mentira…! La artista francesa, lo que quería, era…

La conversación de las dos mujeres se fue perdiendo hacia la casa, por entre las flores, los naranjos y las palmeras que adornaban la hermosa villa del espía, mientras éste, sonriendo resignado, se dirigió hacia la cocina, dispuesto a acelerar la preparación del almuerzo.

Cuando las mujeres se ponen a hablar, hay que tomárselo con paciencia.

El cielo estaba lleno de estrellas, que rodeaban la luna llena. Todo se veía por entre las copas de los pinos, formando un techo espléndido, rutilante. El ambiente estaba impregnado de olor a flores, y a naranjos. El mar estaba tan calmado que su rumor ni siquiera llegaba hasta la pérgola, hasta el sofá-columpio donde

estaban los dos, en completo silencio, muy juntos… Sólo se oía el chirrido de algunos insectos. Detrás, la casa, donde *Mamma* María se dedicaba a retirar el servicio de la cena, a ordenarlo y limpiarlo todo. Delante, se veía el tono de plata en las aguas de la piscina…

Brigitte suspiró, y Uno volvió la cabeza hacia ella, dejando de contemplar las estrellas.

—¿Feliz? —musitó.

—No demasiado.

—Oh.

—Llevo aquí ya cinco días… Y estaba pensando que quizá te hayas cansado ya de mi compañía.

—Ah, sí… Desde luego, todo es posible. Sin embargo, puedo hacerte una apuesta.

Brigitte volvió la cabeza hacia él, y Número Uno se sobrecogió, casi se estremeció al ver fijos en los suyos aquellos grandes ojos brillantes, maravillosos, llenos de luz, de vida, de amor…

—¿Qué apuesta, mi amor? —sonrió ella.

—Quédate aquí indefinidamente… Y el que antes se canse del otro, se retirará del espionaje para siempre, hará lo que el otro le diga.

—¿Te las quieres dar de astuto conmigo? —rió ella quedamente.

—¿Astuto? ¿Por qué?

—Estás suponiendo que yo me cansaría antes de ti que tú de mí. Por tanto, sería yo quien perdería la apuesta, de modo que tendría que retirarme del espionaje, obedecerte en todo.

—Bueno… —sonrió él—. Quizá fuese yo quien se cansara de ti.

Se quedaron quietos, mirándose intensamente, durante unos segundos. Luego, Brigitte alargó los labios en un delicioso gesto, y Número Uno los besó, largamente, notando, como siempre que lo hacía, aquel cálido palpitar de toda su sangre.

—¿Quieres que nos vayamos a dormir? —susurró luego.

—Lo estoy deseando… Pero la noche es tan hermosa… Creo que los dos somos muy tontos, mi vida.

—Tú eres la tonta… —rió él—. Yo estoy dispuesto a dejarlo todo en cuanto tú quieras. O sea, que soy más listo que tú. Si quisieras, podrías… ¡Aaafff…!

Con esta exclamación de sorpresa y dolor, Número Uno saltó del sofá-columpio, casi derribando a Brigitte, que estaba abrazada a él.

El espía cayó de rodillas al suelo y, en seguida, de bruces. Volvió la cabeza hacia Brigitte, angustiada la expresión, abierta la boca en el grito de aviso…, pero Baby había saltado también del sofá-columpio, cayendo tendida de bruces junto a él, tendiendo sus manitas.

— ¡Uno, dime…!

— ¡Vete! ¡Vete de aquí! ¡No es nada!

— Plop… Plop… Plop…

Esta vez los apagados disparos efectuados con silenciador se oyeron mejor, y por delante de ellos, desde unos arbustos del jardín, brillaron los fogonazos cárdenos… Por detrás, en el sofá-columpio, se oyó el impacto de las balas al clavarse.

Y por encima de ellos habían restallado secamente, al pasar muy cerca de sus cabezas.

—Déjame ayudarte a ponerte en…

—¡Que te vayas! ¡No te quedes aq…! Plop…

Plop…

Un puñado de verde césped saltó al rostro de Brigitte, que lanzó una ahogada exclamación; ante ella se habían hundido dos balas, a menos de diez pulgadas. Número Uno fue quien primero se puso en pie, tirando de un bracito de ella. Y cuando también Brigitte estuvo en pie, el espía la empujó rudamente, tirándola hacia el sofá-columpio, con tal fuerza que Brigitte saltó al revés por encima del respaldo, cayendo de rodillas al otro lado…

¡Plop-boiiiííínnnggg…!

Otro disparo, seguido del rebote de la bala contra la armazón metálica que sostenía el sofá-columpio. El agudo tañido de la bala se perdió inmediatamente en el aire.

—¡Uno! —llamó Brigitte—. ¡Vamos a la casa a buscar las pistolas!

—¡Ve tú!

Varios disparos más partieron de las sombras. Brigitte vio los fogonazos y oyó el gemido de Número Uno, al tiempo que lo veía pasar corriendo hacia el grupito más espeso de pinos, para, en seguida, saltar, en prodigiosa acrobacia. Brigitte se apartó del sofá-columpio, deslizándose, dando un pequeño rodeo también hacia aquellos pinos… Ya no se oían los suaves «plop», ni se veían fogonazos. Los insectos habían enmudecido, pero desde la casa, de

pronto, llegó la voz gruesa y destemplada de *Mamma* María, cantando «Cuando me enamoro»…

La paz, el sosiego, la dulce felicidad, había sido rota en un instante, convertida en añicos por unos disparos, por unos gritos de dolor. Inmóvil ya entre unos arbustos, la agente Baby, desarmada, con sólo un diminuto *baby-doll* por toda indumentaria, permaneció unos segundos escuchando, mirando a todos lados, alerta, desconfiada como una gatita… *Mamma* María dejó de cantar, y la luz de la cocina se apagó… Ya no se oía nada.

Un minuto más tarde sí se oía: un insecto consideró que todo había terminado, que la paz había vuelto, y reanudó su canto con un tímido «chirííííí», que segundos después era contestado por otro insecto; y luego por otro, y por otro… Chirrííí-chiríííí-chirrííí…

Con todo sigilo, Brigitte comenzó a deslizarse hacia el grupito de pinos, para reunirse con Número Uno. Llegó hasta allí y miró desconcertada a su alrededor. Número Uno no estaba… Y, de pronto, una mano apareció ante su rostro, empuñando una pistola provista de silenciador. Alzó vivamente la cabeza, pero, realmente, ya había reconocido aquella mano; y reconoció en el acto el rostro de Uno, que tenía un dedo ante los labios, en gesto de silencio. En su brazo izquierdo, la reverberación de la luz lunar destacaba sobre una mancha húmeda, muy brillante…

Uno colocó la pistola en la mano de Brigitte, y luego señaló hacia el lugar de donde habían disparado contra ellos, haciendo por fin el gesto de ir a dar la vuelta para llegar allá por otro lado, por detrás. Brigitte movió negativamente la cabeza, se señaló a sí misma, y quiso ponerse en pie, pero Número Uno la sujetó férreamente contra el suelo, se acercó más a ella y la besó en la frente.

En seguida se puso en pie y echó a correr, cojeando, fuera de la protección del grupito de gruesos pinos. Brigitte le imitó, de ninguna manera dispuesta a permitir que Uno corriese con la parte más peligrosa de la defensa…

Hizo muy bien en ponerse en pie, porque así pudo dominar mejor el terreno…, y ocasionar la primera víctima. Era lo *malo* de querer *matarla* a ella: o se conseguía a la primera, o ya no había modo de conseguirlo… El hombre apareció por entre unos arbustos apenas lo hubo hecho Número Uno, que corría hacia la derecha. La

luz de la luna se reflejó en la pistola que empuñaba el atacante, pero Brigitte Montfort fue más rápida. Plop… Plop…

El hombre lanzó un alarido, levantó ambos brazos y cayó de espaldas en los arbustos donde había estado escondido últimamente, ya muy cerca del sofá-columpio. Las flores quedaron agitándose unos segundos, desprendiendo algunos pétalos…

Número Uno se había zambullido ya en la oscuridad, a salvo, por el momento. Durante unos segundos, el silencio volvió a ser completo. Brigitte continuaba mirando a su alrededor, tensa, lista para disparar en una fracción de segundo, con su mortal puntería.

De pronto, con expresión de sobresalto, volvió a mirar a los arbustos donde había derribado al único enemigo que había visto… Las ramas se estaban apartando, y el hombre volvió a aparecer, pistola en mano, caminando torpemente, a trompicones… Estaba malherido, eso era evidente, pero quería seguir luchando. Muy bien, si estaba loco, peor para él.

Fríamente, Baby disparó de nuevo contra el hombre, ahora en pleno corazón. No podía fallar, lo sabía perfectamente. El hombre lanzó un alarido henchido de angustia, cayó de rodillas cerca de la piscina y, por fin, de bruces. Ya no podría volver a levantarse…

Casi en seguida, a la derecha de Brigitte, pero hacia la entrada de la villa, por detrás del hombre muerto, sonó un tenue silbidito, y en el acto, sin vacilar, la espía internacional se incorporó completamente, y salió de entre los pinos y arbustos, caminando hacia la piscina.

Aún no había llegado allí cuando Número Uno apareció por el otro lado, cojeando, llevando a rastras a un hombre al que asía por el cuello de la chaqueta. Brigitte lo esperó de pie junto al cadáver del primero, mientras Uno rodeaba la piscina. Llegó, dejó al otro hombre de bruces sobre el césped, y miró a Brigitte, tenso.

—¿Estás bien?

—Yo sí. ¡Oh, Uno, eres un loco que…!

—Soy más rápido que tú… —sonrió—. Eso es todo. No hay más. Seguro. ¿Qué te ha parecido mi pistola? Es rusa.

—¿De dónde la sacaste?

—Tengo algunos escondites con armas en el jardín… Nuestra vida no es fácil, querida. Ya ves: en cualquier momento se me puede localizar. Lamento que por mi culpa…

—¡No digas ya más tonterías! Me alegro mucho de haber estado aquí... Veamos si reconoces a tus enemigos... Y si es así, vas a permitirme que colabore contigo en una acción de represalia. No les va a gustar que Número Uno y Baby se hayan molestado por esta agresión.

Número Uno encogió los hombros, y se arrodilló, cuidadosamente. Estaba solamente en *shorts* y, además de la herida del brazo, se veía otra mancha de sangre en su pierna derecha, por debajo de la rodilla.

—Supongo que mataste al tuyo, pero el mío no está muerto... Nos podrá decir qué significa todo esto, aunque no creo que nada de lo que pueda decir nos sorprenda... —Le dio la vuelta al hombre que había llevado él, desvanecido, y de pronto sonrió—. ¿Te gustó la canción de *Mamma* María?

—Lo que me pregunto —sonrió también Brigitte—, es si ella ha estado enamorada alguna vez. Es una mujer... ¡Dios mío!

Uno miró rápidamente a Baby, y vio su rostro demudado, sus ojos desorbitados fijos en el hombre que todavía estaba vivo, y que había sido cazado por él. El espía captó todo el espanto en el gesto de su compañera, el aturdimiento, la incredulidad incluso...

—¿Le conoces? —susurró.

—Es Simón...

—¿Simón? ¿Cuál de ellos?

De pronto, Brigitte le dio la vuelta al otro hombre, al que ella había matado; al darle la vuelta, aquel rostro recibió de lleno la luz de la luna; y los ojos, muy abiertos, parecieron quedar fijos en los de la espía internacional, que lanzó una exclamación ahogada, y se tapó el rostro con las manos.

—Santo Dios... —gimió, estremeciéndose—. ¡Santo Dios, lo que hemos hecho, Uno...!

—¿También le conoces?

—Es... es otro Simón... ¡Es un compañero mío! ¡Son dos compañeros míos de la CIA, luchamos juntos en una ocasión...! ¡Los conozco bien, sabes que no puedo equivocarme, jamás confundo ningún rostro, y menos confundiría el de mis compañeros...! ¡Lo he matado yo!

—Brigitte, querida...

—¿No lo entiendes? —Ella alzó el rostro, completamente lívido,

en el que destacaban los ojos muy abiertos, llenos de estrellas—. Uno, ¿no lo entiendes? ¡He matado a uno de mis compañeros!

—Tranquilízate…

—¡He matado a un Simón! Me he… me he pasado la vida protegiéndolos, vengándolos a todos, de todo corazón… ¡Y he matado a un Simón yo misma! Le… le he disparado dos veces primero y luego… luego lo he rematado como… como si fuese una… bestia inmunda que… que…

Se quedó mirando el rostro de Simón. Cierto. Indiscutible: la agente Baby acababa de matar a un Simón, a uno de aquellos muchachos de la CIA que la adoraban, y a los cuales quería ella con toda su alma. Por un instante, deseó estar equivocada, confundir aquel rostro con otro… Pero no. Recordaba perfectamente a aquellos dos hombres. No mucho tiempo atrás la habían ayudado a resolver un complicado y peligroso asunto, en Taormina… [2] ¿Cómo podía olvidarlos? Jamás olvidaba a ningún Simón que hubiera colaborado con ella una sola vez, por breve que hubiera sido esa colaboración, por insignificante que hubiera sido el trabajo realizado por el Simón de turno para apoyarla en su misión. Jamás había olvidado a un solo Simón. Ni los olvidaría. Y ahora, ante ella, estaba, muerto, uno de ellos… Y lo había matado ella.

—Lo conocí… en Taormina… Era un muchacho simpático, divertido… Por el amor de Dios, esto tiene… tiene que ser una pesadilla…

Número Uno puso una mano sobre un hombro de Baby.

—Cálmate… No podemos permitirnos el lujo de perder ahora el control de los nervios. Si son de la CIA, no están trabajando solos. Habrá que pensar algo para protegernos.

—¿Protegernos?

—Brigitte, querida: tus Simones han querido matarnos… ¿No estás de acuerdo? Quizá a ti, quizá a mí, quizá a los dos… ¿No ha sido eso lo que pretendían?

Baby parpadeó, lentamente, como atónita.

—Es cierto… —musitó—. Han querido matarte a ti, a mí… o a los dos… Santo Dios…

—Bien, tranquilízate. Es lamentable que hayas matado a uno de tus «niños», pero sería mucho peor que ellos te hubieran matado a ti. ¿Crees que la CIA ha podido dar esa orden?

Se quedaron mirándose. Por fin, a la vez, los dos movieron negativamente la cabeza.

—No… —susurró Baby—. La CIA tiene mil oportunidades mejores para terminar conmigo, Uno.

—En ese caso, quizá querían matarme a mí. ¿Te parece más razonable?

De nuevo movieron los dos negativamente la cabeza. No se dieron más explicaciones, pero todo estaba bien claro. Si la CIA hubiera querido asesinar a Baby, podría haberlo hecho de mil modos más cómodos y efectivos. Si hubiera querido asesinar a Número Uno (en el supuesto de que lo hubiera localizado), también podría haberlo hecho mucho mejor. Pero, lo que posiblemente no haría nunca la CIA era enviar solamente dos de sus hombres para matar nada menos que a la agente Baby y a Número Uno, el espía una vez vendido, pero jamás vencido. No… No había sido la CIA ¿La MVD rusa, quizá? ¿O cualquier otro servicio de espionaje?

—Veamos si puedo despertar a éste… De un modo u otro, le convenceremos para que nos diga qué significa esto.

Lo acercó más al borde de la piscina y luego, sujetándole por un pie, dejó que colgara de cabeza hacia el agua, remojándolo un par de veces antes de que el desvanecido Simón empezara a manotear, revolviéndose en busca de un asidero, de una situación más estable… Número Uno tiró con fuerza del pie y dejó tendido al agente norteamericano de nuevo en el césped, mojado desde los hombros para arriba. Y no sólo de agua, sino de la sangre que brotaba de una enorme brecha que el golpe de Número Uno había abierto en un lado de la cabeza. Simón intentó incorporarse, pero Uno le puso la rodilla izquierda en el pecho y colocó la pistola ante sus ojos.

—Le aconsejo prudencia y modales reposados, muchacho —dijo —. No lo olvide.

Simón lanzó un alarido, de pronto. Apartó la pistola de Número Uno de un manotazo y quiso atacarle, con una furia inaudita, chillando… Uno se limitó a ponerle la mano izquierda en la cara, empujarlo hacia abajo y, con la pistola, que empuñaba en la diestra, le golpeó en un lado del cuello, más bien moderadamente. Pero Simón continuó gritando, lanzando manotazos hacia el rostro del mejor espía masculino de todos los tiempos… Una de sus manos,

crispada como una garra, llegó a un ojo de Uno, y seguramente le habría reventado un ojo si Uno no se la hubiera quitado de un gesto ya un poco más furioso. Alzó la pistola, volvió a golpear a Simón, ahora en la cabeza…

—¡Uno! ¡No le pegues más! ¡No le pegues más! ¡Déjame a mí!

Se interpuso entre ambos, acercando su rostro al del excitadísimo Simón, que continuaba lanzando agudos gritos, rugidos…

—Simón… ¡Simón, soy Baby, y él es amigo mío, amigo nuestro! ¡Simón, estese quieto…!

Pero Simón ya había quedado inmóvil, apenas ver el rostro de la espía. Y de pronto, toda furia desapareció de aquel rostro crispado, ensangrentado… Una sonrisa apareció en el rostro de Simón. La sonrisa simpática, divertida y jovial de un buen muchacho.

—Baby… —dijo alegremente—. ¿Es usted?

—Sí… —Ella se sentó a su lado, acariciando el rostro golpeado y sangrante—. Soy yo, Simón. Ya sabe que no puede haber dos como la agente Baby.

—Es verdad… —continuó sonriendo el muchacho—. ¡Es verdad, no puede haber dos mujeres tan hermosas en el mundo! ¿Cómo le va?

Brigitte y Uno cambiaron una rápida mirada de desconcierto.

—Muy bien, Simón. ¿Y usted?

—¿A mí? Pues…

Se quedó como estupefacto, de pronto. Miró a Brigitte, a Número Uno, de nuevo a Brigitte… En su rostro apareció una mueca de terror tan intenso que hasta Número Uno se sobrecogió, por un instante.

—Simón… —exclamó Brigitte—, ¡Simón, ¿qué le ocurre?! Por el amor de Dios, estese quieto… ¡Uno, ayúdame…!

Angelo Tomasini, alias Número Uno, y no menos alias en lo de Tomasini, se apresuró a ayudar a Brigitte a sujetar al espía yanqui, que se debatía como una fiera que se hubiera vuelto loca, lanzando zarpazos, chillando y llorando a la vez, crispando su cuerpo con tal fuerza, que Número Uno comprendió en seguida que ni siquiera él podría dominarlo… Por eso, y a riesgo de disgustar a Brigitte, recurrió de nuevo a la pistola, golpeando repetidamente a Simón en la cabeza… Fue una lucha corta, pero terrible, espantosa, como la

de tres fieras enloquecidas. Normalmente, Uno habría podido dominar con toda tranquilidad a Simón, pero ni siquiera lo conseguía golpeándole… Brigitte había salido despedida hasta el borde de la piscina de un ferocísimo, brutal manotazo en el pecho, que la dejó sin aliento, transida de dolor… Y Número Uno, como último recurso antes de verse obligado a matar al aullante espía americano, se colocó tras él y lo atrapó en la séptima estrangulación de judo, por detrás, pasándole el brazo derecho por la garganta, cerrando su mano de ese brazo por encima del codo del izquierdo, y colocando la mano izquierda en la nuca de Simón, de modo que, al mismo tiempo que lo estrangulaba, podía romperle el cuello con su presión hacia delante. Al mismo tiempo, sus piernas se cruzaron por delante de Simón, inmovilizándolo casi completamente, recurriendo a toda su fuerza.

Jadeante, demudado el rostro por el tremendo golpe recibido en los senos, Brigitte gateó hasta delante del enloquecido espía.

—Simón… ¡Simón, soy Baby! ¡Por Dios, dígame qué le ocurre, quiero ayudarle…!

—Baby, tengo… tengo que matarla… —jadeó Simón—. Me lo han ordenado…

—¿Quién? ¿Quién, Simón? ¿La CIA?

—No… La CIA, no… ¡Ha sido… AAAAaaa-AAAaaa…!

Gritando horriblemente, como si estuviera sintiendo el mayor dolor del mundo, Simón intentó nuevamente soltarse, para pasar al ataque, pero no pudo romper la llave que efectuaba Número Uno, y su alarido de dolor creció creció creció…

—¡Uno! ¡No le hagas más daño! ¡Ya basta!

—¡No soy yo! —gritó Uno—. ¡No le hago nada, sólo le sujeto!

El grito de dolor de Simón se cortó, de pronto, y el espía quedó jadeante, inerte, blando, como desarticulado…

—Simón —insistió Brigitte, temblorosa la voz—. Muchacho, compañero… No queremos hacerle daño…

—Baby… —jadeó Simón—. Tenga cuidado… Todo… el espionaje debe… ¡AAAAaaAAAAaaaa! En Lis… Lisboa, doctor… doctor Co… doctor Co… ¡AAAAAaaaAAAAA…! ¡En Estoril, «Lúa Vermelha», es un AAAAAAA…!

El grito de Simón se cortó de nuevo, de golpe. Su cabeza quedó tan floja, que Número Uno lo soltó. Se apartó de él, lo examinó

rápidamente, y miró a Brigitte.

—Ha muerto —susurró.

—Uno… Uno, no has debido…

—Te digo que no he sido yo… No le he hecho nada en ningún momento… Si lo hubiese matado yo, tendría el cuello roto, o estaría estrangulado… Examínalo, si quieres.

Brigitte lo examinó, en efecto. Simón había muerto, pero no a manos de Número Uno, eso era evidente. Se quedó mirando unos segundos el rostro del espía que había trabajado con ella en Taormina, meses antes. Estaba completamente descompuesto por el dolor. Un dolor que debió haber sido atrozmente intenso, increíble, inimaginable.

—Dos Simones… Hemos matado a dos Simones, Uno…

—A uno solamente. Este otro no ha muerto por culpa nuestra. Quizá estuviera drogado, o envenenado… Sería conveniente examinarlo bien, hacerle la autopsia. Conozco a un médico, aquí, en Malta, que no dudaría en complacerme…

Mamma María llegaba corriendo desde la casa, brincando sus carnes, desorbitados los ojos.

—*¡Signorina, signore…!*

Cuando, jadeando, llegó junto a los espías, Brigitte y Uno continuaban arrodillados junto al recién fallecido Simón, absortos. La gordísima y blanquísima María comenzó a agitar temblorosamente las manos, mirando al cielo.

—*Santa Madona… Santissima Madona…!*

—Vuelve a la casa, María —musitó Uno.

—*Ma… Dio mio, che cosa…?*

—Vuelve a la casa —repitió secamente Uno—. Eso es todo.

—Sí… Sí *signore*, sí…

No de muy buena gana, María obedeció al *signore* Tomasini, de modo que los espías volvieron a quedar solos, en la misma postura. Por fin, Brigitte suspiró profundamente.

—Mañana salgo para Lisboa y Estoril —dijo.

—Salimos —rectificó Número Uno.

—No. Iré sola.

—No seas terca, Brigitte —refunfuñó Uno—. Tengo un amigo en Estoril, precisamente. Se llama…

—No me importa cómo se llame tu amigo. No iré a verlo. Uno.

¿Quieres comprenderlo? Estos dos hombres que acaban de morir han sido compañeros míos, y venían a matarme a mí. A mí. Querían matarme, y al mismo tiempo, me avisan de que tenga cuidado, y me sonríen… No entiendo nada. ¿Realmente quieres hacer algo por mí?

—Cualquier cosa menos dejarte ir sola. Recuerda que la CIA ya no te respalda.

—Te diré lo que vamos a hacer… Yo partiré mañana, sola, hacia Portugal… ¿Qué ruta me aconsejas? Naturalmente, avión, y la línea que tenga el primer vuelo.

—Emmm… Vuelo trescientos cuarenta y dos, B. E. A., que sale a las nueve de la mañana: La Valetta, Roma, Lisboa.

—Magnífico. Mientras tanto, tú te encargarás de llevar a mis dos Simones a ese médico amigo tuyo que supongo hará las autopsias en secreto, sólo para nosotros… Puedes enviarme noticias a Lisboa o a Estoril dentro de tres días, supongo.

—Sabré el resultado de las autopsias mañana mismo —protestó Uno.

—Pero quiero que descanses por lo menos tres días atendiendo ese par de heridas… ¡Ya sé que no son nada para ti, pero quiero que no hagas nada hasta dentro de tres días! Te estaré esperando en Estoril, si quieres, efectuando unas sencillas investigaciones preliminares antes de entrar en acción final. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —inclinó la cabeza Número Uno—. Para que no haya confusiones, quiero que te alojes en el «Hotel Da Praia», en Estoril. Te gustará. Dentro de tres días, nos veremos allí… Pero quiero recibir mañana mismo un telegrama tuyo diciéndome que has llegado bien. Si no lo recibo, saldré inmediatamente hacia Portugal… ¿Está claro?

—Desde luego —sonrió desganadamente Brigitte.

Se pusieron en pie, y Uno señaló hacia la casa.

—Ve a dormir. Yo me ocuparé de todo… Incluso de mis heridas. Mi amigo me las curará mejor que lo haríamos nosotros. Sólo tengo que llamarlo por teléfono, y vendrá.

—Es agradable tener amigos de toda confianza —musitó la divina espía, dirigiendo una mirada de soslayo a los cadáveres de sus Simones—. Uno, lamento que mi estancia en tu villa termine así, pero esta noche no podría…

—Lo comprendo… —murmuró él, tensa la voz—. Espero que no

tardando mucho… volverás a visitarme. A fin de cuentas, me debes aún dos días de estancia en «Villa Tartaruga».

—Lo tendré en cuenta —ella lo besó en la boca, brevemente—. Iré a preparar mis cosas. ¿Me llevarás mañana al aeropuerto?

—Me gustaría saber quién puede impedírmelo. Y no olvides, al llegar a Lisboa o Estoril, que espero tu telegrama indicándome que todo va bien. De lo contrario…

—Tendrás tu telegrama. Hasta mañana, Uno… Me espera una noche de triste insomnio y remordimientos… Verdaderamente, no creo que fuese una agradable compañera esta vez…

Capítulo II

Para llegar a Lisboa en avión, procedente del Este, es preciso cruzar por encima del gran estuario del río Tajo, o Tejo, que se ensancha formidablemente formando el mar de Phala. Luego, el Tejo vuelve a estrecharse, deslizándose por debajo del magnífico Puente del General Salazar, y recorriendo aún más de diez kilómetros hasta el mar… Hasta esa bellísima parte de la costa portuguesa llamada Costa do Sol, que es justamente llamada la Riviera de Portugal, y donde están las más hermosas residencias, palacios, y, más atrás, haciendas que parecen envueltas, rodeadas, sumergidas en la verde campiña portuguesa.

Lisboa llega hasta la misma orilla del Tejo, y luego, tierra adentro, se va alzando en hermosas colinas donde las casas ofrecen un fantástico espectáculo de colorido y variedad. También se puede contemplar Lisboa al revés… Esto es: mirar hacia el mar de Phala desde los hermosos *miradouros,* con la ciudad entre éstos y el río.

Pero no importa desde dónde se la mire. Cualquiera que sea el punto elegido, Lisboa, con todo su antiguo señorío, es un espectáculo que, una vez visto, ya jamás se olvida. Parece envuelta en el verde de la campiña y en el azul del mar, sobre el cual, los transbordadores dejan sus blancas estelas de espuma; es una ciudad luminosa, blanca y ocre, azul y verde, quizá dorada… Resulta difícil definirla, de momento, vista desde un avión procedente de Roma, por ejemplo. De lo que sí se tiene la absoluta seguridad es de que Lisboa gusta al viajero apenas verla, aunque sea desde el cielo, algo lejos, pero brillando intensamente al sol.

Poco después de ser vista, en el avión aparece el rojo letrero luminoso con la indicación de no fumar, y se aconseja a los señores pasajeros que se abrochen los cinturones. Finalmente, las formidables pistas del Aeropórto Pórtela de Saeavém ponen punto final al viaje aéreo, y el viajero tiene la certidumbre, un tanto

inquieta y emocionada, de que a partir de ese momento sus ojos podrán llenarse, de verdad, con la belleza de la capital portuguesa.

Una modernísima autopista, bien servida por autocares, unen Pórtela de Sacavém con Lisboa. Pero antes, hay que pasar por la aduana, cruzar las magníficas y amplias salas de espera, cumplir los trámites… Esto es cosa fácil en Lisboa, en todo Portugal. Los portugueses son tan amables y corteses que incluso, a veces, llegan a sorprender. Se interesan por el viaje, sonríen, desean una feliz estancia… Y todo ello con una dignidad absoluta.

Agradecen la visita, pero con el convencimiento de que, muy pronto, el viajero agradecerá también que le hayan dejado visitar Portugal.

—Ah, norteamericana… Procedente de Roma… —sonrió el empleado de la *alfandega* a la hermosa mujer—. Roma es una hermosa ciudad…

—*Lisboa será melhor* —sonrió la viajera.

—Ah… *La senhorita fála portugués*?

—*Com afeito.*

—*Seia doupramente bienvenida; tudo está bien.*

—*Obrigada.*

Trámite terminado. No había el menor reparo que oponer al pasaporte de la viajera que tan dulcemente hablaba portugués: Brigitte B. Montfort, norteamericana, periodista, procedente de Roma. Por todo equipaje, una pequeña maleta con un par de vestidos y algunas prendas íntimas, y un simpático maletín rojo con florecillas azules, donde la hermosa y políglota joven llevaba gran cantidad de artículos de tocador y belleza. Cosas éstas que no parecía necesitar, pues su belleza natural le sobraba para destacar inmediatamente.

Lo cual no siempre es conveniente, sobre todo para quien, además de ser periodista, es espía… Dos hombres, sentados en los confortables sillones de la sala de espera para vuelos internacionales, alzaron la cabeza cuando Brigitte Montfort hubo pasado, hacia la salida… Se miraron, se pusieron en pie, y se fueron tras ella, con la mano derecha dentro del bolsillo de la chaqueta.

—Tiene que ser ella… —musitó uno—. Este es el vuelo que nos avisaron, y no cabe duda de que es la más hermosa de todas las mujeres.

—Debieron matarla en Malta. O en Roma… —Gruñó el otro—. Pero aquel maldito individuo no ha debido desampararla ni un instante. Aunque si no partió con ella para Roma, pudieron matarla en Fiumicino.

—Si ella es realmente Baby, no es tan fácil todo… ¿Quién debe ser su amigo de La Valetta?

—No sé. Espero que lo maten ahora que está solo.

—No… Lo dejarán tranquilo. Ella es la que interesa. Aunque me pregunto por qué matarla… Sería mucho más útil en la organización.

—Lo sería si no hubiera sido expulsada de la CIA Pero, ya sin acceso a los altos mandos del espionaje norteamericano, hay que matarla… Se asegura que ella mete sus lindas naricitas en todas partes donde se esté guisando algo importante.

—Quizá sea cierto. De todos modos, no hay que exagerar el… olfato de esa chica.

—¿No? Pues en Túnez consiguió el microfilm que andaban buscando una docena de agentes internacionales. Ya sabes lo que costó dar con ella en Malta… ¡Cuidado! ¡Se ha detenido!

Segundos antes, la perseguida había aceptado los servicios de un mozo del aeropuerto, que se hizo cargo de la maleta, y, con toda seguridad, ofreció un taxi, que fue aceptado. Pero, apenas hubieron dado ambos unos pasos, la damita de los ojos color cielo se había detenido, hablando al mozo. Éste sonrió, asintió con la cabeza y señaló hacia los servicios sanitarios del aeropuerto. Luego, señaló hacia fuera, y los dos hombres también comprendieron esto: mientras ella iba a los lavabos, él la esperaba afuera, ya con el taxi.

—Vaya —masculló uno de los perseguidores—. Ahora va a los lavabos.

—No te impacientes. Vamos a esperarla sentados ahí… Cuando salga, seguimos tras ella. Creo que el momento de matarla será cuando vaya a entrar en el taxi. Caerá muerta dentro, y antes de que nadie sea capaz de salir de la confusión, nosotros estaremos camino de Lisboa.

—Está bien.

La damita acababa de entrar en los lavabos. Los dos hombres se sentaron, y uno de ellos encendió un cigarrillo. El otro desdobló el periódico, por encima del cual no perdió de vista la puerta de los

lavabos para señoras. En menos de cinco minutos salieron y entraron algunas damas, a las que no prestaban la menor atención: dos chicas jóvenes que reían mucho, una dama ya mayor y excesivamente obesa, un grupo de chicas muy jóvenes… Una rubia de grandes lentes de sol y ásperos cabellos rubios, con un horrible vestido rojo, salió, pero no la habían visto entrar. Ya debía estar dentro cuando empezaron a vigilar. Luego, llegó un matrimonio de edad mediana, y el hombre esperó fuera. Cuando salió la mujer, y se alejaron ambos, los dos asesinos comenzaban a impacientarse. El cigarrillo de uno de ellos ya estaba consumido.

El que lo había fumado, buscó con la mirada dónde tirar la colilla; y, entonces, vio acercarse, con paso hombruno, a la rubia de los grandes lentes de sol y cabellos ásperos y mal peinados. Llevaba una bonita boquilla de marfil entre los dientes, y sus labios se estiraban en una extraña sonrisa. A través de los cristales de los lentes, no demasiado oscuros, el asesino vio el brillo de unos grandes ojos.

Abrió mucho los suyos, dejó caer el cigarrillo, y llevó rápidamente la mano al bolsillo de la chaqueta. Lo último que vio en esta vida, fue la súbita hinchazón brevísima en las mejillas de la hombruna rubia… Lo último que sintió, fue el ligerísimo pinchazo en una mejilla.

Luego, ya no vio ni sintió nada. A menos que los muertos tengan esta facultad, cosa que nadie ha podido comprobar todavía… Con un ligero gemido, se desplomó en el sillón, la cabeza caída sobre el pecho, colgantes los brazos.

El otro lo había mirado al oír el leve gemido, y se puso en pie rápidamente, acercándose, sobresaltado. Le puso una mano bajo la barbilla y alzó el rostro de su compañero.

—Bardos… —musitó—. Bardos, ¿qué te pasa?

—Está muerto, señor —dijo una dulce voz femenina a su espalda —. Y usted también, prácticamente.

El otro se había vuelto, respingando. Vio a la rubia ante él, vislumbró los grandes ojos, la dura sonrisa en los labios y la boquilla entre los blanquísimos dientes menudos, perfectos. Las mejillas de la rubia se hincharon entonces, y el hombre notó el pinchazo en un pómulo. Abrió la boca, bajó la mano hacia el bolsillo de la chaqueta… y se desplomó a los pies de la rubia, que

lanzó un grito de espanto, y retrocedió un paso.

Varias personas volvieron la cabeza, y corrieron hacia allí. La rubia tenía entonces un cigarrillo en *sus deditos, y* la boquilla *todavía en la boca.* Comenzó a tartamudear una explicación, en francés, mostrando el cigarrillo y la boquilla… No hacía falta saber francés para comprenderla: se había acercado a aquellos caballeros para pedir fuego, y uno de ellos se había desmayado… En pocos segundos, los dos hombres estuvieron rodeados de curiosos que esperaban, expectantes, a que el hombre que estaba examinando al que estaba en el suelo dijera algo. Le oyeron lanzar una exclamación, y precipitarse hacia el que continuaba en el sillón, como dormido…

—¡Están muertos! —gritó—. ¡Los dos están muertos!

Un policía de uniforme estaba ya allí apartando a los curiosos amablemente, y otro llegaba a toda prisa. Alguien mencionó a la muchacha rubia, francesa, que era la que había estado cerca cuando ocurrió el suceso… Quisieron señalarla, pero la muchacha rubia ya no estaba allí. Otra voz indicó que la habían visto entrar en los servicios para damas…

Y dentro de una de las cabinas, la rubia ya no era rubia, sino morena. Lo que si era rubia era la peluca que estaba guardando en el maletín, debajo de otros objetos; también guardó la boquilla, los grandes lentes de sol… Se quitó el vestido, le dio la vuelta, y en lugar de ser rojo, el vestido fue ahora azul, más bonito y elegante… Tomó el maletín, salió de la cabina de inodoro, cruzó los lavabos y salió a la sala de espera, casi chocando con un policía que llegaba acompañado de varias personas, todas ellas hablando excitadamente. Más allá, el otro policía, ya ayudado por otros dos compañeros de servicio, alejaban a los demás curiosos de la escena de muerte fulminante.

—Perdón —musitó el policía, alargando el cuello hacia el interior del lavabo.

La hermosa morena de ojos azules sonrió, acabó de salir, y, con expresión de curiosidad, se dirigió hacia el grupo en cuyo centro estaban los dos cadáveres. No pudo romper el cerco policial, pero tampoco parecía importarle mucho. Todo lo que hizo fue dirigir una mirada a los dos hombres, exhibir una brevísima… y durísima sonrisa, y dirigirse hacia la salida.

Segundos después, entraba en el taxi, tras obsequiar al mozo del aeropuerto con una magnífica propina. El taxi partió, y la más implacable espía del mundo suspiró, desalentada. Era una lástima haber tenido que matar a aquellos dos hombres… sin haber podido hacerles preguntas, claro.

El taxista le estaba preguntando algo, en pésimo inglés, y ella sonrió, divertida.

—En efecto, quiero un buen hotel —dijo en portugués—. No el mejor, pero algo parecido.

—¿Le parece bien el «Vista do Tejo»?

—Desde luego.

Dedicó su atención a la autopista, que muy pronto, tras una plaza circular, se convertía en la Avenida Almirante Gago Coutinho. Poco después, en otro ensanchamiento, sonrió al ver el nombre de la otra avenida que desembocaba allí: Avenida dos Estados Unidos. Pasaron por encima del tren, por Arreiro, y cruzaron la Alameda D. Alfonso de Enriques. A partir de allí hacia el centro de Lisboa, la avenida llevaba el nombre del Almirante Reis. Cientos de coches y docenas de autocares se habían cruzado con el taxi, pero ninguno de ellos merecía ya la atención de la agente Baby. Solamente Lisboa, con sus acacias, sus arriates de flores, sus exóticas casas de tejados curvos, recordando las pagodas chinas… Portugal fue la primera nación que comerció con China, y…

—¿Le gusta Lisboa? —sonrió el taxista, que la había estado mirando continuamente por el retrovisor.

—Mucho.

—¿Quiere que demos un paseo por la Plaza de Don Pedro Cuarto…? Por O Rossio, como se le llama. Es muy hermosa. Lo más bonito de Cidade Baixa… Pero nada mejor, seguramente, que Rúa Augusta. Podemos…

—Se lo agradezco, pero quisiera llegar pronto al hotel, pues estoy muy cansada. Y espero estar en Lisboa muchos días.

Media hora más tarde, la señorita Montfort se hallaba instalada en una magnífica *suite,* en el sexto piso del formidable hotel «Vista do Tejo». Un nombre justificado, pues desde la pequeña terraza de la *suite* se divisaba, en una vista impresionante, todo mar de Phala, el gran estuario del río Tajo. O Tejo. El hotel estaba en Rúa Alecrim, que precisamente desembocaba en O Rossio, como se llama a la

magnífica plaza de D. Pedro IV.

Lo primero que hizo la divina espía fue ducharse, directamente con agua fría. Lisboa disfruta de uno de los mejores climas que puedan buscarse…, a pesar de la lluvia en su estación correspondiente.

Lo segundo que hizo, ya fresca y solamente envuelta en una gran toalla desde los sobacos para abajo, fue recurrir al listín telefónico de Lisboa, buscando los nombres que empezasen en Co… Había demasiados, y, a pesar de que sabía que aquel hombre llamado Co… era médico, no adelantó nada. Había nombres españoles, ingleses, franceses, que comenzaban así. Dejó los listines, y se dedicó a reflexionar unos minutos, al cabo de los cuales redactó rápidamente un telegrama:

«Me esperaban en Pórtela pero todo bien *Stop* Seguramente te visitarán también a ti *Stop* Espero que los recibas como merecen *Stop* Besos mil

Brigitte»

Anotó la dirección del destinatario: Angelo Tomasini, «Villa Tartaruga», La Valetta, Malta. Luego, pidió un botones por teléfono y mientras lo esperaba, encendió un cigarrillo y de nuevo se dedicó a pensar. No sólo en la horrible muerte de Simón, y en el hecho de que ella personalmente hubiera matado a otro, sino en el detalle de que la hubiesen estado esperando en el aeropuerto lisboeta, que sólo podía significar que tanto ella como Número Uno estaban localizados en todo momento, bien rastreados… Por lo menos, hasta entonces. Ella creía haber escapado de la vigilancia. En cuanto a Uno, quien quisiera atacarlo sólo tendría que atenerse a las consecuencias.

El botones enviado por conserjería se hizo cargo del telegrama poco después, asintiendo con la cabeza bajo las indicaciones que le hizo Brigitte de imponerlo con pago de máxima urgencia especial. Luego, la espía internacional almorzó en el restaurante del hotel, se retiró dispuesta a hacer una siesta, y, dos horas más tarde, sin haberlo conseguido, igual que no había podido dormir la noche anterior, pensando en el Simón que había matado, había tomado ya

su decisión definitiva. Una decisión comprometida, incluso descarada por su parte, y, quizá, peligrosa. Pero no se le ocurría ninguna más.

Sacó la radio de bolsillo de su maletín, colocó las placas en la onda para Lisboa, y apretó el botón de llamada.

Supo en seguida que la llamada había sido admitida, pero no oyó ninguna voz. Nada. Ni el menor sonido.

—Baby llamando a Simón en Lisboa… —musitó—. Acabo de llegar, y solicito ayuda informativa. Aceptaré cualquier condición para entrevista o comunicaciones. Asunto: Simón y Simón quisieron matarme lejos de aquí. Murieron ellos, pero antes mencionaron Lisboa.

—Dentro de una hora esté esperando en la entrada del «Jardim Botánico». Está detrás de la Facultad de Ciencias… ¿Conoce el lugar?

—Lo encontraré. Pero, Simón, antes de que se comprometa conmigo quiero que sepa que la CIA me…

—La expulsó. Lo sabemos muy bien todos los agentes del mundo. Sin embargo, contará usted con mi agradecimiento si acude al lugar que le he indicado. Hacía tiempo que no recibía tan gratas noticias.

—¿A qué noticias se refiere?

—A las de su intervención en esto. No sé qué opinará la CIA, pero personalmente estoy contentísimo. Y le suplico que no me falle, Baby.

—Simón…, ¿qué está ocurriendo?

—Que me maten si lo sé. Pero parece que un montón de espías se han vuelto locos. Se le pondrán los pelos de punta cuando le explique cuál es la actual situación de los servicios secretos en Lisboa. Y no se asombre demasiado por el hecho de que dos compañeros nuestros hayan querido matarla: han ocurrido cosas peores todavía. Menos mal que está usted aquí…

—Son muy halagadoras sus palabras, Simón. ¿Le dirá a la CIA que intervengo en esto?

—Primero, reunámonos en el «Jardim Botánico». Luego tomaremos decisiones, ¿*Okay,* Baby?

—*Okay*, Simón. Hasta dentro de una hora. Para que usted pueda identificarme…

—Hijita, la identificaré en seguida. Antes de desaparecer, uno de nuestros compañeros me estuvo hablando de usted, y describiéndola. Le apuesto un cigarrillo a que, en cuanto la vea, voy directo a usted como una bala.

—Apuesta aceptada —sonrió Brigitte—. Hasta ahora, Simón.

Capítulo III

Hora y cuarto más tarde, completamente desconcertado, el agente de la CIA estaba pensando ya en marcharse cuando aquella chica rubia, de pelo áspero, feo vestido rojo y grandes lentes de cristales oscuros, que también parecía estar esperando a alguien, se acercó a él, sonrió, y dijo:

—¿Sería tan amable de invitarme a un cigarrillo, señor? Me lo he ganado.

Por un instante, Simón quedó estupefacto.

—Baby —exclamó luego—. ¡No es posible!

—¿Va a negarse a pagar la apuesta? —continuó sonriendo ella.

—No… No, claro… Un cigarrillo… ¡Pero hace un cuarto de hora que me tiene aquí hecho un tonto, esperándola, y estaba usted en todo momento cerca de mí…!

—Y quizá de otras personas —musitó ella—. Tiene que entenderlo, Simón: si dos compañeros quisieron matarme…, ¿por qué no usted? ¿Por qué no podía ser una trampa al darme tantas facilidades, aceptar en seguida prestarme ayuda, acudir a una entrevista personal…?

—Tiene razón —admitió Simón—. ¿Está ya tranquila?

—Relativamente. Parece que ha venido solo, pero nunca se puede estar seguro.

—Le sugiero que entremos en mi coche. Allí podremos hablar con toda tranquilidad… Y todavía será mejor si nos vamos a dar un paseo por Monsanto… ¿Conoce Lisboa?

—No demasiado.

—Monsanto es un hermoso parque forestal, por encima del barrio de Belém. Creo que una conversación bajo unos eucaliptos templará nuestros nervios.

—Está bien —aceptó Brigitte.

Fueron al coche de Simón, quien antes de arrancar, ofreció un

cigarrillo a la espía, sonriendo.

—Lo ha ganado, desde luego. Pero supongo que va disfrazada.

—Sólo peluca, lentes, y un astuto arreglo en el vestido… Tengo la pistola al alcance de mi mano, Simón.

—Entiendo… —Parpadeó él—. Puede disparar contra mí si hay algo que no le guste.

—No dude de que lo haré. Con gran dolor para mi corazón ya entristecido, pero lo haré si lo considero necesario.

Simón asintió con la cabeza y se dedicó a conducir el auto en silencio hacia Rúa das Amoreiras, que siguió hasta llegar a la amplia Avenida Engenheiro Duarte Pacheco; salió de ésta al llegar al principio de la autopista, desviándose hacia la derecha, pasó bajo las autopistas, y poco después detenía el coche a un lado del camino, ya en Monsanto. Paró el motor, ofreció otro cigarrillo a Brigitte, que lo rechazó, y encendió uno para él, bajo la atenta mirada de la espía internacional, que, al fin, inquirió:

—Bien… ¿Cuál es la situación?

—En un par de meses han desaparecido catorce agentes nuestros en Europa. Y sabemos que un número parecido ha desaparecido también de las filas rusas, inglesas, alemanas, italianas, francesas… La primera semana se armó un gran alboroto en nuestro mundillo particular de espionaje. Tenemos, generalmente, un espionaje… pacífico, una especie de *entente cordiale* en lo posible, de modo que, por los conductos de agentes dobles y demás convencionales, comenzamos a intercambiar agrios reproches unos contra otros, amenazando incluso con represalias mortales… Sólo durante una semana. Pronto comprendimos que ninguno de los servicios habituales tenía nada que ver con esto.

—¿Con toda seguridad?

—Bueno… Evidentemente, cualquier servicio importante de espionaje podría organizar una… subagencia que estuviese dispuesta a realizar un gran trabajo más sucio de lo corriente que por el momento no podemos imaginar. Los ingleses y los rusos están tan desconcertados como nosotros.

—Está bien. Ya sea un servicio de ramificación de la MVD, por ejemplo, o cualquier otra clase de organización, el hecho cierto es que docenas de espías están desapareciendo… ¿No ha sido encontrado ninguno?

—Hasta la fecha, no. Emmm… Seguramente, la CIA va a cortarme la cabeza por lo que estoy haciendo, pero me he permitido traerle las fotos de nuestros catorce agentes desaparecidos, por si logra identificar a alguno de ellos…

—¿Están locos? —reprochó Brigitte—. ¿Cómo se les ocurre tener las fotografías de tantos de nuestros hombres?

—La CIA está trabajando intensamente en la recuperación de esos agentes. Si los encuentran, serán enviados inmediatamente a Estados Unidos, vía Lisboa. Digamos que Lisboa es el trampolín de donde deben saltar esos agentes hacia la patria. Hasta hace un par de meses y usted debe saberlo, Lisboa era utilizada en ese sentido, pero con más sosiego. Aquí, las cosas se toman con calma, en lo posible. Se podía decir que el agente que llegaba a Lisboa pasaba el «charco» sin dificultades. Una especie de… pacto tácito. Ahora, en cambio, sabemos que no menos de cinco de esos agentes, todos ellos portadores de valiosa información, han desaparecido precisamente en Lisboa.

—¿Y no son los rusos quienes los han detenido? ¿Ni los franceses, ni…?

—No. Ninguno de esos servicios. Estamos ejerciendo todos una especie de control expectante, vigilándonos mutuamente. Ya sabe lo que pasa —sonrió Simón—: llega un momento en que los espías de diversos servicios poco menos que se saludan por la calle. No hace mucho, leí un chiste en una revista inglesa. Era sobre espías… Un espía norteamericano, del brazo de una rubia estupenda, se volvía hacia un espía ruso, y le decía: «Hombre, Boris, no me sigas hoy, que vas a fastidiarme el *flirt*».

—Muy divertido —sonrió secamente Brigitte—. Pero esa actitud de algunos espías es lo que les cuesta a veces la vida. Mientras no sucede nada importante, van bien las bromas. En cuanto ocurre algo, la primera cabeza que rueda por el suelo es la del espía simpático.

—No en Lisboa… hasta ahora.

—Bien… Han desaparecido catorce agentes. ¿Qué tiene eso de horrible? Sigue pareciéndome peor el hecho de que dos Simones quisieran matarme a mí.

—Digamos que a raíz de esas desapariciones, nuestra red en Europa y Sudamérica ha sufrido rudos golpes. Ha habido

demasiadas traiciones.

—¿Creen que los traidores son los agentes desaparecidos?

—No se nos ocurre otra cosa.

—Eso sería terrible —susurró Brigitte—. ¿Les está ocurriendo lo mismo a los demás servicios de espionaje?

—Aproximadamente.

—Es muy extraño todo esto. Desaparecen agentes rusos, ingleses, franceses, norteamericanos… Y, poco después, ocurren las traiciones. Imagino que hay un estado de alarma general.

—Imagínese. La tensión es cada día mayor. Y lo más malo es que nadie se fía de nadie. Lisboa, que era un paraíso, se está convirtiendo en un infierno… Para los espías, se entiende. Tengo la certidumbre de que la Central está pensando en abandonar Lisboa y buscar otro punto en Extremo Occidente europeo como trampolín para nuestros agentes que lleguen de toda Europa. Eso significaría un gasto terrible, un gran desconcierto, y la desarticulación de todo un sistema que hasta ahora ha funcionado maravillosamente. Aparte, cuando nuestros agentes supieran eso, no las tendrían todas consigo, temerían a cada momento ser ellos los traicionados…

—Es un asunto inquietante, en efecto. Déjeme ver esas fotografías de los catorce desaparecidos. Parece que se resiste usted a enseñármelas, Simón.

—No, no… Bueno, la verdad es que sí… Lo cierto es que me estoy jugando el puesto y algo más. No me gustaría que la CIA…

—No sea infantil —refunfuñó Brigitte—. ¿Cree que voy a ir por ahí diciendo que usted me ha dejado ver esas fotografías?

—Pues me temo que soy muy infantil —refunfuñó Simón—. De otro modo no se las enseñaría. Parecemos precisamente dos niños intercambiando secretos…

—Simón, yo he sido expulsada de la CIA, es cierto —dijo secamente Brigitte—. Pero usted ha tenido muy buen sentido en comprender que ello no significa que vaya a traicionarla, y menos a mis compañeros. Si está temiendo ahora que yo haga eso, sólo tenemos que separarnos como buenos amigos. Intentaré arreglármelas sola. ¿En beneficio de quién?

»Escuche, quiero que sepa esto: he matado a un Simón. Puedo hacer cualquier cosa en esta vida, menos eso, sin sentir dolor o remordimientos. ¿No lo comprende? ¡He matado a uno de mis

muchachos, precisamente a uno que estuvo conmigo no hace mucho en una misión…! Era alegre, simpático, divertido… Quiero saber por qué lo maté yo a él. ¿Era un traidor? ¿Consideró él que yo era la traidora a Estados Unidos porque conseguí cierta cosa en Túnez? ¿Estaba loco? Simón: ¿usted quiere que yo siga sin poder dormir durante semanas enteras?

El agente norteamericano se quedó mirando a su compatriota, fijamente, al fondo de los hermosos ojos. Por fin, tragó saliva, sacó un sobre del bolsillo y se lo entregó, en silencio. Brigitte sacó las fotografías, y las pasó rápidamente, separando dos sobre la marcha. Y a pesar de aquella rapidez, igual que una cámara cinematográfica, su cerebro asimiló ya para siempre los restantes doce rostros de agentes de la CIA Alzó las dos fotografías separadas.

—Éstos son los que quisieron matarme y están ellos muertos ahora. ¿Se le ocurre algo que lo explique? ¿Tienen los agentes de Europa o África orden de eliminar a Baby?

—No. Y dudo que ninguno aceptase esa orden.

—Pues hay que buscar una solución a esto.

—Yo… contaba con su ayuda, Baby.

—¿Sin que lo sepa la Central?

—Mi postura es muy delicada aquí. Soy el jefe del Sector de Lisboa. He perdido a varios hombres de mi grupo, y a tres que querían saltar a Estados Unidos… Me pregunto qué pasaría si comunicaba a la Central que, casualmente, había entrado en contacto con usted, y que… aceptaba su ayuda.

—No diga nada.

—Es una situación extraña, ¿verdad? —sonrió Simón.

—Mucho.

—Bien… Quizá valga la pena intentarlo. ¡Qué demonios, no sé por qué vacilo tanto! ¡Tengo a Baby dispuesta a ayudarme y me preocupo por lo extraño de la situación! ¿Qué quiere que hagamos?

—Buena pregunta. No le diré dónde murieron mis dos Simones, pero sí le diré que uno de ellos, antes de morir, mencionó un lugar o una cosa llamada «Lúa Vermelha», en Estoril. ¿Le suena el nombre?

—No… No, lo siento.

—¿Conoce a alguien en Lisboa, entonces, que se llame doctor Co…?

—¿Co?

—Es el principio de un nombre. O de un apellido… No sé. He buscado en el listín, pero… ¿Qué le ocurre?

—¡Collins! ¿Puede ser Collins?

—Naturalmente… —Brigitte entornó los ojos—. ¿Conoce a algún doctor llamado Collins, aquí, en Lisboa?

—¡Claro que lo conozco! ¡Es nuestro médico de remiendos!

—¿De veras? —musitó Brigitte—. Vaya… ¿De manera que hay un médico llamado Collins que se dedica a atender a los agentes que llegan heridos a Lisboa, antes de ser enviados a casa…?

—¡Exactamente!

—¿Podemos encontrarlo?

—Por supuesto. Vive en English Town… Bueno, ya sabe… Se llama English Town a la zona residencial de Lisboa, porque en ese barrio viven muchos ingleses… Naturalmente, Meredith Collins es norteamericano, pero reside ahí, con el núcleo inglés de Lisboa… Tiene su domicilio en la Avenida Infante Santo, cerca de Iglesia da Estrela.

—Me ha dado usted noticias muy desagradables, Simón —musitó la divina espía—. Y ahora que tenemos algo para empezar, pregunto: ¿qué estamos esperando?

Capítulo IV

El doctor Collins vivía en una bonita quinta, muy pequeña, casi delante mismo de la Iglesia da Estrela, y con una formidable vista sobre los jardines del mismo nombre. Como muchísimas de las casas lisboetas, la de Collins tenía un discreto pero bellísimo jardín, cuyas flores y acacias parecían superpuestas a la casa, como si fuese un exótico dibujo; pero la quinta era moderna, perfectamente dentro del estilo moderno de la elegante zona residencial.

Antes de apearse del coche de Simón, Brigitte estuvo un par de minutos contemplándola especulativamente. Era una maravilla al sol dorado-rojizo de la tarde.

Por fin, dirigió la mirada a Simón.

—¿Qué opina del doctor Collins, Simón?

—Pues… No entiendo… —Alzó las cejas el espía—. ¿Qué clase de opinión me está pidiendo? ¿Como médico?

—No. Si la CIA lo tiene aquí como médico de emergencia, para que nuestros compañeros sean… reparados antes del gran salto, es que es un buen médico. Le pregunto si hay alguna posibilidad de que sea un traidor.

Simón se quedó mirando estupefacto a Brigitte.

—¿Está bromeando? —exclamó al fin.

—Mi sentido del humor es muy diferente, Simón.

—¡Oh, vamos…! ¿Le parece factible esa posibilidad? El doctor Collins fue enviado aquí directamente desde Washington, Baby… Es un médico eficiente, y siempre ha cumplido a la perfección, y con la discreción absoluta que requieren sus intervenciones los trabajos que se ha visto obligado a realizar. En una ocasión…

—Simón, ignoro si se ha dado cuenta de una cosa.

—¿Qué cosa?

—La existencia evidente de la traición. No sólo en lo que respecta a la CIA, sino a los demás servicios de espionaje. Siempre

se parte de un punto podrido, de un traidor. De ahí, es fácil relativamente, tener acceso a diversos conocimientos sobre la CIA, sus dispositivos, sus agentes… Sólo es necesario encontrar al primer traidor. Luego, se va tirando del hilo, y se descubren los demás traidores que han sido… contaminados.

—Sí, comprendo eso, claro… Pero no me parece amable hablar así del doctor Collins.

—Pues, según mis cálculos, nadie mejor que él…, o usted, para traicionar a la CIA en un punto tan importante como es Lisboa.

Simón se quedó mirando ahora sonriente a la divina espía.

—Bueno… —bufó cómicamente, al fin—. ¡Lo que faltaba! ¿Me está acusando a mí de estar traicionando a la CIA y a un montón de mis compañeros?

—Cualquiera puede ser el traidor. Incluso yo misma. Sólo que yo sé muy bien que jamás he traicionado a un solo compañero. En cuanto a usted, no quiero ni pensarlo. Pero sigamos con Collins: ¿tiene él conocimiento de la presencia o personalidad de compañeros nuestros?

—Evidentemente. Bastantes de ellos han pasado por sus manos de médico. La mayoría, procedentes del centro de Europa. Demonios… La verdad es que… resultaría la persona más adecuada en Lisboa, después de mí mismo, para ser el traidor perfecto, bien informado… Pero sigo resintiéndome a admitir esa idea, Baby.

—Bien… Quizá el doctor Collins pueda aclarárnosla. Vamos allá.

—¿Se lo va a preguntar a él? —Casi rió Simón—. ¿Va a preguntarle si él es el traidor?

—Podría ser un buen sistema —sonrió secamente la espía.

Salió del coche, y Simón se apresuró a imitarla. Fueron los dos hacia la quinta, y Simón tiró de la cadenita de la pequeña verja de hierro forjado, con flores trepando por entre los barrotes laterales… Un hombre salió de la casa segundos después, y Simón musitó:

—Ese es Joao. Un portugués bastante altivo y de escaso sentido del humor, que centraliza en su persona todo el servicio de que dispone el doctor Collins.

Joao se acercaba lentamente. No tenía prisa alguna, estaba bien claro. Brigitte lo estudió durante aquellos pocos segundos, para llegar a la conclusión de que aquel hombre carecía de la astucia necesaria para engañar a nadie. Alto, delgado, de grandes ojos

negros, boca ancha y firme barbilla, producía la impresión de que jamás sabría decir o hacer nada que no fuese lo que sentía exactamente. Austero, serio, con un orgullo bien medido, seguramente a él mismo se le revolverían las tripas tan sólo con pensar en una mentira. Llevaba su chaleco de un tono azulino como si fuese el más elegante y señorial chaqué.

Abrió la puerta, y se quedó mirando a Simón, que señaló a Brigitte, sonriendo.

—No es una paciente, Joao. ¿Podemos ver al doctor?

—Le anunciaré su visita, señor Clarke. Tenga la bondad de seguirme.

Les precedió hacia la casa, y ya dentro, los acompañó hasta un pequeño saloncito. Les rogó que se sentaran, y se fue. Brigitte miraba a todas partes con el ceño fruncido. Lo único que no podía dudarse respecto al doctor Collins, era que tenía un gusto exquisito para la elección de cuadros, muebles, alfombras… Desde la ventana del saloncito se veía el pequeño jardín y la Avenida Infante Santo, con sus hermosas acacias que daban sombra a grandes coches brillantes, formidables…

No fue Joao quien regresó a por ellos. Un hombre de mediana estatura, como de cuarenta años, elegante, atlético, de mirada directa y sonriente, muy atractivo y viril, de largos cabellos rubios, apareció en el saloncito, y se fue directo hacia Simón, con la mano derecha tendida.

—Clarke… —saludó—, ¿cómo está?

—Muy bien —sonrió el espía; señaló a Brigitte—. Doctor, ella es la agente Baby.

Meredith Collins lanzó un respingo, y sus claros ojos de una intensa tonalidad gris se abrieron más, fijos en Brigitte. Pareció que fuese a quedar inmóvil, incapaz de reaccionar, pero de pronto tendió su mano grande y hermosa a la espía.

—La agente Baby —musitó, en tono francamente admirativo—. ¡Tenía grandes deseos de conocerla!

—Lo mismo digo respecto a usted, doctor Collins —sonrió Brigitte, gratamente impresionada por el atractivo de aquel hombre —. Sólo que no sabía que existiera hace poco menos de veinticuatro horas. Y ni aun así conocía su nombre completo.

Se estrecharon la mano mientras Collins parpadeaba,

evidentemente desconcertado.

—No comprendo… ¿Está tratando de decirme algo?

Brigitte miró a Simón.

—¿Quiere enseñarle al doctor las dos fotografías que aparté, Simón?

Éste sacó el sobre, de él dos fotografías, correspondientes a los compañeros que en «Villa Tartaruga» habían querido matar a Baby, y las entregó al médico, que las miró, y asintió en el acto, con un gesto de cabeza.

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Los conoce?

—Desde luego. Sus nombres…

—No me interesan sus nombres, doctor. No quiero saberlos… Ya sé demasiado ahora respecto a Simón: se apellida Clarke. Espero que no me digan nada más sobre él. Y ahora, volvamos a estos hombres… ¿De qué los conoce?

—¿De qué? —se asombró Collins—. Pues trabajé en ellos, naturalmente. Éste pasó por aquí, herido, no hará ni… dos meses, camino de Washington. El otro iba con él. Lo venía acompañando desde no sé qué punto de Europa, como medida de seguridad, y no se separó de él hasta que el herido estuvo en el avión. Luego, regresó hacia el centro de Europa.

—¿Adónde?

—No tengo ni idea. Curé la herida de éste —alzó de nuevo la foto—, avisé al señor Clarke, y eso fue todo. Entiendo que de lo demás se encargó Clarke, según me contó él mismo más adelante… ¿No fue así, Clarke?

—En efecto —asintió Simón.

—Bien… ¿Por qué viene a preguntarme por estos hombres, señorita? —Frunció el ceño Collins.

—Están muertos ahora.

—Ah… Lo siento. Lo siento de veras. Pero no comprendo…

—Uno de ellos, antes de morir, le mencionó a usted, doctor.

—Bueno… No sé qué decirle. Ya le digo que hace como un par de meses atendí a éste de una pequeña herida de bala, pero no sé nada más.

—Él estaba agonizando, muriendo entre terribles dolores, y le mencionó a usted.

—De verdad que no comprendo. A menos…

—¿Sí? —se interesó Brigitte.

—Bien… Si el muchacho estaba herido, agonizando, quizá me recordó, subconscientemente, como el último médico que le había atendido, y deseaba mi presencia allí para aliviarle… Es la única explicación que se me ocurre.

—Y muy razonable, por cierto —admitió Brigitte, decepcionada de pronto—. Vaya… Me pareció que tenía una buena pista, y ahora me encuentro desorientada.

—Igual que yo —sonrió un tanto adustamente Collins—. Todavía me pregunto qué esperaba conseguir de mí.

—Sólo saber por qué lo mencionó mi compañero antes de morir.

—Pues ya le he dicho lo único que se me ocurre. Estoy recordando, Clarke, que la agente Baby fue expulsada de la…

—Bien, bien… —carraspeó Simón, un poco pálido—. Eso es una cuestión aparte, doctor, de mi exclusiva competencia.

—Dudo mucho eso de la exclusividad, Clarke. Dentro de la CIA nadie puede decir qué es lo que le corresponde en exclusiva. Y si quiere un ejemplo, aquí tiene a la señorita… Entiendo que fue expulsada precisamente por tener exceso de iniciativas, y que…

—No he venido a discutir el caso con usted, doctor Collins —cortó ásperamente Brigitte—. Y por si le interesa, le diré que todo lo que estoy haciendo es interesarme por muchachos que hasta hace poco fueron mis compañeros. Si eso no le gusta, creo que la entrevista está ya en su fin.

Meredith Collins frunció hoscamente el ceño, mirando con fijeza a Brigitte. De pronto, sonrió, y alzó las manos, como pidiendo tregua.

—De acuerdo… Me he dejado dominar por cierto sentimiento de autodefensa. La verdad es que usted parecía sospechar algo de mí, y eso no me ha gustado. En el fondo, usted y yo sentimos algo parecido hacia estos muchachos… Le aseguro que no hay nada que me entristezca más que tener que curarles sus heridas. Siempre pienso que quizá la próxima vez no podré hacer nada.

—Entiendo… Está bien, doctor, no vamos a discutir entre nosotros. Simón ha aceptado mi ayuda, y está dispuesto a facilitarme toda clase de ayuda o información con tal de llegar al fondo del asunto que nos ocupa. ¿Podemos contar también con

usted?

—¿Contar conmigo? Bueno, me temo que como espía sería un completo fracaso, Baby.

—Nunca se sabe. ¿Ha oído hablar de algo llamado «Lúa Vermelha»?

—¿«Lúa Vermelha»…? No… No recuerdo…

—Sea lo que sea esa cosa, está en Estoril.

—En Estoril… Pues no sé… Espere… Un momento… «Lúa Vermelha»… Sí…

—¿Qué es? —Se tensó Brigitte.

—No sé… No recuerdo ahora… Me suena el nombre, se lo aseguro… Estoy convencido de haberlo oído antes de ahora… ¡Y quizá fue precisamente en Estoril, sí!

—Quizá alguna sala de fiestas de allí —sugirió Simón.

—No… No, no… Veamos… Vaya, he estado demasiadas veces en Estoril últimamente, y no consigo situar ahora el momento en que oí ese nombre, ni con quién estaba…

—¿Tiene cigarrillos? —musitó Brigitte.

—Oh, sí…

Le tendió su paquete. Brigitte encendió uno, lo colocó en los labios de Collins y señaló una de las butaquitas, sonriendo.

—Primera lección para convertirlo en un buen espía, doctor Collins: nunca tenga prisa cuando está pensando. La rapidez se reserva para mejores ocasiones. Siéntese y olvídese de nosotros.

Collins se sentó, con el ceño fruncido, el cigarrillo colgando de los labios… Era evidente su concentración, su esfuerzo por recordar. Brigitte encendió otros dos cigarrillos, entregó uno a Simón, y ambos se sentaron también, mirando expectantes al médico.

—Es… es un lugar que me sugiere algo agradable —musitó éste —. Pero no consigo recordar.

—Tome su tiempo.

—Es inútil, no puedo… ¡Lo tengo! ¡Se lo oí mencionar a un colega, en Estoril, exactamente…! ¡Era… era… el doctor Sousa!

—¿Es amigo suyo? —saltó Brigitte.

—¿Amigo? Bueno, sí… Por supuesto. Es un gran médico portugués, que tiene su residencia en Estoril… Vive allá todo el año, pero siempre está viajando, especialmente a Lisboa. Le llaman de todas partes…

—¿Conoce su domicilio aquí, en Lisboa?

—No… No lo tiene. Viene a hacer algunas visitas, o cuando es llamado a consulta de médicos… Se aloja en un hotel, cuando viene a Lisboa. Pero su domicilio en Estoril, desde luego.

—*Okay* —Brigitte se puso en pie—: nos vamos a Estoril, caballeros.

—¿Ahora? —exclamó Simón.

—¿Conoce algún momento mejor? —Frunció el ceño Brigitte.

—Pero… no puedo dejar sola Lisboa…

—¿Qué quiere decir «sola»? ¿No dispone de compañeros que se encarguen de cualquier posible emergencia?

—Buen chiste… —Gruñó Simón—. Le dije antes que he perdido cinco compañeros. Actualmente, estoy solo con otros dos; uno de ellos, se encarga de la emisora central. El otro está de enlace, para realizar pequeños trabajos o acudir al aeropuerto o al muelle a recibir algún agente que puede llegar en cualquier momento con intenciones de saltar a Estados Unidos.

—Bien… No seré yo quien deje sin conexión a esos posibles compañeros que lleguen heridos. Ni podemos abandonar la emisora, desde luego… ¿Cuándo le llegarán relevos desde Estados Unidos?

—¿Cuándo? Quizá nunca. ¿Olvida que se está estudiando la conveniencia de abandonar Lisboa como trampolín? Lo que sí estoy esperando es una orden en ese sentido, precisamente. Puede llegar de un momento a otro.

Brigitte quedó pensativa. Desde luego, no podía estar más claro que Lisboa, o quizá Estoril, con aquella cosa o lugar llamado «Lúa Vermelha», tenía que ser un centro importante relacionado con todo lo que estaba ocurriendo: docenas de agentes desaparecidos de sus respectivos servicios, dos agentes de la CIA que van a Malta a matar a Baby, desarticulación del punto Lisboa… Era una imprudencia innecesaria afrontar todo eso sin contar con ayuda, con respaldo sólido. Podía llamar inmediatamente a Número Uno, desde luego. Entre Número Uno y ella podían hacer poco menos que milagros. Si lo llamaba, él acudiría inmediatamente, en lugar de esperar tres días…

Y, de pronto, Brigitte se quedó mirando, casi asustada, a Simón. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Si los dos Simones de Malta habían querido matarla, como enloquecidos, quizá drogados,

dominados de algún modo por algo desconocido…, ¿por qué no podía intentar Simón lo mismo en cualquier momento? Había quedado bien claro que el pobre Simón que había muerto aullando espantosamente de dolor, en el fondo, no quería matar a Baby. Pero se lo habían ordenado… No importaba en aquel momento quién se lo había ordenado, ni cómo. Pero… ¿acaso no podía ocurrir lo mismo con Simón-Lisboa en cualquier momento? Sí… De pronto, la magnitud de aquel sorprendente asunto dejó aturdida a la espía internacional…

—¿Qué pasa? —Gruñó Simón, inquieto—. ¿Por qué me mira así?

—Por nada… Por nada, Simón. Estaba pensando en lo conveniente que sería recibir ayuda.

—¿Ayuda? ¿De quién?

—De la CIA.

—¿Eso piensa? Ya le he dicho que seguramente retirarán todo el servicio montado en Lisboa. Eso aparte, si pedimos ayuda a la CIA, será inevitable que sepan en la Central que usted está metida en esto. ¿Eso es lo que quiere?

—Puedo pedir ayuda a la CIA sin que sepan nada en la Central respecto a mi intervención.

—¿Cómo conseguiría eso?

—Tengo… un amigo especial que puede tomar cartas en el asunto. Aceptaría mi ayuda sin comunicarlo a la Central, y sólo cuando fuese necesario, en el último momento, enviaría informes a la Central, siempre sin mencionarme.

—Eso es imposible…

—Es completamente posible. Podemos llamar a esa persona. Sé que vendría en el primer avión, o conseguiría un vuelo especial. Estaría aquí mañana al mediodía, lo más tarde. Él escucharía el asunto, le pondríamos al corriente de lo que hubiéramos averiguado sobre «Lúa Vermelha», y él tomaría las decisiones. Le garantizo que si él pide ayuda a la Central, tendremos esa ayuda. Y no me mencionará para nada.

—Parece un personaje importante, entonces.

—Depende. Es solamente el jefe del Sector de Nueva York de la CIA.

Simón se atragantó con el humo del cigarrillo, y comenzó a toser. Por fin, se quedó mirando a Brigitte con los ojos llenos de

lágrimas.

—¡Un jefe del Sector Nacional! —exclamó—. ¿Está loca? ¡Ninguno de ellos aceptaría semejante situación!

—El que yo le digo, sí. Puede proporcionarnos ayuda, reorganizar Lisboa, llamar directamente a la Central a una docena de agentes…

—¡¿Quién es ese hombre?!

—¿Lo llamo? —sonrió Brigitte.

—¡Pero…!

—Sería formidable —musitó Collins—. La verdad es que yo mismo estoy pensando en la conveniencia de levantar el vuelo, Baby… En cualquier momento podrían meterse conmigo. Lisboa está que arde, se lo aseguro… Con un jefe de Sector Nacional, la cosa cambiaría mucho. Sólo que si la Central se entera de que ese jefe de Sector ha venido a Lisboa por su cuenta…

—Puede hacerlo. Le daré un motivo para venir —rió Brigitte.

—¿Qué motivo?

—La compra de un microfilm. Y no es ninguna ficción, se lo aseguro, doctor Collins. Conseguí un microfilm muy interesante, en Túnez, hace unos días. Pensaba venderlo a la CIA por quinientos mil dólares. Exigiré que el… negocio se realice en Lisboa, y pediré a ese jefe de Sector que tiene que venir él personalmente. Y algún compañero, desde luego.

Collins y Simón cambiaron una mirada.

—Es fantástico… —musitó el médico—. No… La fantástica es usted… Increíble. ¿De veras tiene ese microfilm y puede…?

—Vamos a poner ese telegrama urgente. Luego, nos iremos a Estoril. Quiero saber cuanto antes qué es eso de «Lúa Vermelha».

Casi una hora más tarde, en el coche de Simón, los tres partían hacia Estoril, saliendo de Lisboa por Avenida da India, para tomar en seguida la carretera de la Costa do Sol. Un viaje que valía la pena, sobre todo a aquella hora; roja de sol la tarde, como encendido el cielo, las aguas del Tajo, y luego las del mar, se iban ofreciendo a sus ojos en toda su belleza. Belleza que no era adecuadamente admirada por los tres ocupantes del auto.

—Está decidido… —dijo Brigitte—. Me alojaré en el hotel que les he dicho, y allá, esperaré la llegada de ese hombre. Mientras tanto, ustedes van a dedicarse a enterarse, por medio del doctor

Sousa, o como sea, de la situación de ese lugar o cosa llamada «Lúa Vermelha».

—Quizá lo sepamos esta misma noche —dijo Collins—. Si consigo localizar al doctor Sousa en cuanto lleguemos a Estoril, él no tendrá inconveniente en decírmelo.

—Esperemos que sea así. De todos modos, ya les digo que el jefe del Sector llegará mañana, no después del mediodía. Y quizá sería conveniente esperarlo antes de actuar.

—En mi opinión, no deberíamos perder ni un segundo —musitó Simón—. Porque cada segundo que pasa, puede ser peligroso para otro agente nuestro, o para nosotros mismos. Me estremezco cuando pienso en el modo en que usted nos ha explicado que murió el compañero que quiso matarla… Debía sufrir horriblemente…

—Puede que haya más en esas condiciones —admitió Brigitte—. Y quizá tenga razón, Simón. Ya veremos… Ustedes localicen esa «Lúa Vermelha», y tomaremos decisiones entonces.

El camino no era muy largo: Oeiras, Carcavelos… y Estoril. Unos veinticinco kilómetros. Y mientras tanto, el telegrama impuesto por Brigitte era cursado, con destino a cierta floristería de Nueva York, en el 1044 de la Segunda Avenida, Manhattan.

El telegrama decía así:

«Máxima urgencia presencia tío Charlie y primo Simón en Estoril hotel Da Praia *Stop* Importantísimo negocio factible de inmediato *Stop* Terminantemente prohibido comunicar viaje a Central *Stop* Más prohibido todavía mencionar mi intervención en negocio *Stop* Os espera con abrazos

Brigitte»

Capítulo V

Llegar a Estoril de noche puede ser todo un espectáculo de luz, colores, olor a mar y, sobre todo, de gente que pasea su alegría y su felicidad por la hermosa avenida de la playa. Casi en un extremo de ésta, el «Hotel da Praia», con su gran fachada de terrazas que parecen colgadas sobre el mismo mar, todas ellas con grandes tiestos de flores. Delante del hotel, una pequeña explanada con *parking,* arriates de flores y parterres… En el centro de la explanada, un hermoso surtidor, que lanza aguas de color como si tuvieran que llegar al cielo. En lo alto, el nombre del hotel, luminoso, colocado con tal acierto que las personas del exterior quedan cegadas por él, de modo que no pueden ver a las personas que descansan en las terrazas.

Allí, en la puerta de cristales del moderno edificio, la espía se despidió de sus acompañantes, que se alejaron inmediatamente, con la promesa de llamarla o visitarla en cuanto supieran algo concreto. Mientras tanto, el alto conserje de chaqueta azul y blanca abría la puerta a la bella viajera, y el joven botones la seguía con la única maleta, admirando las bellísimas piernas, sin hacer caso al rojo maletín que tan despampanante criatura llevaba en la manita izquierda.

El conserje de recepción tenía una noticia relativamente mala para la viajera: no disponían de habitaciones en el hotel. Pero podía proporcionarle una más modesta en un anexo que habían construido detrás… Y como no era momento de andarse con tonterías, y tanto tío Charlie como Número Uno la buscarían en el hotel da Praia, Brigitte aceptó.

Firmó la tarjeta de registro, dejó su pasaporte, y, cuando se disponía a salir del edificio acompañada por el mismo avispado botones de mirada codiciosa, el conserje llamó su atención.

—Ah… Señorita Montfort… Por favor.

—¿Sí? —Se volvió Brigitte.

—Parece que ha habido un pequeño error: tiene usted una *suite* aquí mismo, en el edificio. Discúlpeme por no haber tenido en cuenta que pudo haber reservado una *suite,* pero como usted no ha dicho nada al respecto…

Brigitte volvió al *comptoir,* y se quedó mirando al hombre.

—¿Yo reservé una *suite*? —murmuró.

—Desde luego. Bien… Al menos, tengo aquí una reserva a su nombre. Fue hecha esta mañana… Y le aseguro que no es fácil conseguir una *suite* pidiéndola el mismo día.

—¿Desde dónde hice esa reserva? —sonrió la espía—. Es que… no recuerdo haberla hecho.

—Ah… —El conserje miró la tarjeta—. Parece que fue hecha personalmente aquí, en el hotel. ¿No la hizo usted?

—Tengo una memoria pésima —volvió a sonreír Brigitte—. Olvidé que le pedí a un amigo que lo hiciera. Estoy tan feliz y contenta en Portugal, que ni sé ni dónde estoy ni qué día es hoy… Ocuparé la *suite,* entonces, si no hay inconveniente.

—Ninguno. Llegó un telegrama para usted, también.

Se lo entregó, tras recogerlo del casillero. Inmediatamente, Brigitte lo abrió. Llegaba de La Valetta, y decía:

> «No hagas nada hasta que yo llegue *Stop* Absolutamente nada *Stop* Por favor *Stop* Besos
>
> *Angelo*»

—Gracias —musitó la espía—. ¿Recuerda usted a qué hora llegó?

—Alrededor de las cinco de la tarde.

—Muchas gracias. Ocuparé mi *suite* ahora.

Subió en el ascensor hasta el cuarto piso, sin sonreír siquiera al botones, cosa que no era normal en ella. Pero estaba muy preocupada. Número Uno, o Angelo Tomasini, no era de los que insistían en los telegramas. Generalmente, no insistía en nada. Si acaso, en pedirle que se quedara para siempre con él. En lo demás, Número Uno jamás repetía las cosas. Su telegrama, entonces,

reflejaba clarísimamente una gran inquietud. Más aún: estaba asustado por ella. Pensar que Número Uno estuviese asustado por algo, tenía gracia. Casi divertido… a menos que se tratase de ella, ciertamente.

Salieron del ascensor, y poco después entraban en la *suite.* Como recompensa por no haberle sonreído siquiera, Brigitte dio al muchacho una propina descomunal, desorbitada, que dejó al portuguesiño viendo visiones, Cuando salió, todavía debía estar bajo los efectos del *shock* de sentirse poco menos que millonario.

Una *suite* reservada para ella por alguien, allí mismo, en Estoril… ¿Quizá el amigo de Número Uno? Vaya, debió aceptar la sugerencia de Uno para ser recibida por su amigo de Estoril, pero eso ya no tenía remedio. Lo que sí podía tener remedio era dejar de aceptar las cosas tal como se las presentaban los demás. Porque si aquella *suite* no había sido reservada por el amigo de Uno, entonces era una trampa… De un modo u otro, era una trampa.

Quince minutos más tarde, había llegado a la conclusión de que no era ninguna trampa: ni bombas, ni micrófonos, ninguna clase de truco… Todo bien. Pero si había sido el amigo de Uno quien se encargó de eso…, ¿por qué no la estaba esperando en el hotel?

Miró su relojito. Si Uno había enviado el telegrama de modo que llegó a Estoril a las cinco de la tarde, quería decir que él había salido de La Valetta hacia las tres, después de poner el telegrama… O sea, que no podía tardar en llegar a Estoril. Debía haber tenido el contratiempo de mala combinación de líneas aéreas…

Volvió vivamente la cabeza hacia la puerta, en la cual había sonado la llamada.

—¿Sí? —respondió.

—Un telegrama, señorita. Urgente.

—Un momento.

Fue al maletín, sacó la pistolita, y se la colocó bajo el sobaco izquierdo, sujetándola con el brazo, lista para ser empuñada con toda facilidad. Se dirigió hacia la puerta, pensando que quizá tomaba demasiadas precauciones, y que debían ser noticias de Uno…

Se quedó mirando al camarero, que llevaba una bandeja con el telegrama en ella.

—Tiene que firmar —dijo el hombre.

—Sí… Un momento, por favor. ¿Tiene usted un bolíg…?

El camarero había ladeado la bandeja, como si fuese a buscar el bolígrafo en el bolsillo de su chaquetilla blanca. Y, de pronto lanzó mano y bandeja contra el rostro de Brigitte. Fue un golpe no sólo inesperado, sino violentísimo, en pleno rostro. Bandeja, telegrama y espía saltaron hacia el interior de la *suite,* rodaron por el suelo… La pistolita escapó del sobaco, y cuando Brigitte, a gatas, llegó rápidamente junto a ella, un pie del camarero cayó sobre su manita, aplastándola salvajemente contra el suelo.

—Quieta, tigresa —masculló—. Ya has matado a demasiados… Y estás demasiado cerca de la verdad, así que vamos a terminar con esto.

Brigitte alzó la cabeza. La puerta de la *suite* había sido cerrada de un taconazo, y el hombre la miraba por encima de su gran automática con silenciador. No le conocía, no le había visto jamás. Pero sí había visto aquella mueca en muchas ocasiones… Incluso ella misma la había hecho cuando estaba decidida apretar el gatillo, a matar. Por un instante, los oscuros ojos del hombre, y los azules de la espía, quedaron fijos unos en otros, antagónicos, feroces, hostiles…

—¿Qué? —susurró el hombre—. ¿Está pensando en el modo de escapar también de ésta? Pues está perdiendo el tiemp…

—¡AaaAAaaa…!

Fue algo sorprendente, impresionante. El hombre lanzó el brevísimo alarido de intenso dolor, soltó la pistola y cayó de rodillas ante Brigitte, que se apresuró a tomar el arma, apuntando inmediatamente al desconocido, que la miraba ahora con expresión desorbitada, como si temiera que de un momento a otro un rayo cayera sobre su cabeza.

—No se mueva —jadeó Brigitte—. No se mueva o…

El hombre saltó otra vez, de pronto, retorciéndose como si fuese una tira de piel sobre fuego, lanzando un nuevo alarido de tan profundo, tan intenso dolor, que de nuevo quedó sobrecogida la espía… Pareció que el dolor terminó también muy pronto aquella vez, y el hombre, de nuevo de rodillas, se quedó mirando con espanto a Brigitte. Todo su rostro estaba cubierto ya de sudor.

—¿Qué le ocurre? —murmuró la espía—. ¿Qué le han hecho a usted?

—Máteme —casi chilló el hombre—. ¡Por favor, máteme, se lo suplico, se lo… AAAaaaAAAaa…!

Brigitte saltó hacia el hombre, le golpeó en la cabeza con la pistola, volvió a repetir el golpe, insistió de nuevo… Los golpes llegaban a su destino, pero el hombre seguía retorciéndose, gritando… Gritando tanto, tan destempladamente, con tal dolor, con tal agonía, que alguien iba a oírlo, forzosamente. Sin vacilar, Baby soltó la pistola, y saltó a la espalda del hombre, pasándole el brazo derecho por la garganta. Si conseguía presionar allí, ahogaría los gritos. Estaba segura de que eso era todo lo que podía hacer. Sólo eso.

El hombre estaba de manos y rodillas en el suelo, estremeciéndose, dando brincos extraños, fortísimos, aullando de dolor intensísimo cuando el bracito de Brigitte pasó por su garganta y apretó. Un «¡aaaggg!» de ahogo sustituyó a los alaridos del hombre, que alzó sus manos, no hacia el brazo de Brigitte, sino hacia su propia cabeza, golpeándola, arañándola, tirándose de los cabellos. Brigitte había caído de lado, y jadeaba ahora bajo el peso y las sacudidas de aquel hombre. Era como tener apresada una gigantesca alimaña invencible, era como buscar la pelea con un tigre a manos limpias contra garras y colmillos…

Y de pronto, el hombre, todavía ahogados en su garganta los alaridos, quedó inmóvil.

Completa, absoluta, definitivamente inmóvil.

Brigitte se lo quitó de encima, y quedó de rodillas junto a él, jadeando, sudorosa… Todavía parecía notar en su rostro el impacto brutal de la bandeja, plana, pero eso no tenía ninguna importancia.

Dio la vuelta al hombre, y se quedó mirando, estremecida de horror, los desorbitados ojos oscuros, expresando un terror sin límites, una agonía tan angustiosa que se estremeció de nuevo al imaginarla.

Arrodillada, se desplazó rápidamente hacia donde tenía el maletín rojo con florecillas azules, sacó la radio de bolsillo y apretó el botón de llamada.

—Simón… ¡Simón! —Casi gritó.

—¡Diga, Baby!

—Tiene que venir aquí… ¡Tiene que venir aquí en seguida, Simón!

—¿Qué le ocurre?

—Simón —casi gimió la divina espía—. Estoy en la *suite* cuarenta y siete del «Hotel da Praia», ya sabe, donde ustedes me dejaron… Quiero que venga en seguida… ¡En seguida, Simón!

—Cálmese… Por favor, pequeña, tranquilícese: estoy ahí en menos de diez minutos.

Simón se alzó junto al cadáver, y se volvió hacia Brigitte, que estaba sentada en uno de los silloncitos, fumando, todavía demudado el rostro.

—Está muerto —murmuró.

—Sé muy bien cuándo está muerta una persona, Simón… ¿Se le ocurre algo más?

—Bien… No sé… No entiendo mucho de estas cosas, pero a juzgar por la expresión de este hombre, su muerte ha sido… algo horrible.

—Debió verlo usted… ¡No le hice nada! ¡Ni siquiera le disparé, Simón! Ni le golpeé… ¡No le hice nada! Y… y cayó a mis pies, gritando, retorciéndose… Todo lo que hice fue sujetarlo con una sencilla presa de judo, por la garganta… Es algo que se aprende cuando se empieza a hacer judo, cuando todavía se es cinturón blanco, un novato… ¡No le hice nada, y murió, en mis manos…! ¡No le hice nada!

—Me pregunto —dijo secamente Simón— si usted es realmente la agente Baby, jovencita.

Brigitte se quedó mirándolo con expresión aturdida. Parpadeó, y, de pronto, sonrió, de un modo raro, crispado.

—Tiene razón… No es normal este comportamiento en mí. He visto morir a muchos hombres… He matado a muchísimos. No debería dejarme dominar por algo así… Pero esto es terrible, Simón… No le hice nada, y él murió en mis brazos, por sí solo… Sé muy bien lo que es la muerte… Pero no puedo comprender cómo ha muerto este hombre. Ha muerto… igual que Simón, en La Valetta…

—¿Dónde?

Brigitte mostró en sus ojos una expresión de alarma.

—No he dicho nada… ¡Nada!

Simón se apartó del cadáver, encendió un cigarrillo, y durante unos segundos estuvo mirando pensativamente por el hermoso

ventanal de la terraza, hacia el mar.

—Está bien. No quiero saber nada de lo que usted quiere guardar en secreto. No me importa La Valetta, ni nada parecido… ¡Sólo quiero que Lisboa vuelva a ser lo que era! ¡Un lugar tranquilo, desde donde nuestros agentes en peligro, o heridos, o portadores de información podían saltar hacia Estados Unidos! ¡Eso es lo único que quiero! ¿Se le ocurre algo?

—Hay… hay que sacar el cadáver de aquí, Simón…

—Puedo encargarme de eso muy bien. Y para ello, contaré con el doctor Collins. Olvide este asunto, al menos en cuanto se refiere al cadáver de este hombre. ¿Algo más?

—¡Usted parece estar acusándome de algo! —protestó Brigitte.

—Es posible.

—¡No tiene derecho a ello! ¡Usted es un Simón, sabe muy bien quién es Baby, lo que ella piensa, lo que quiere…! ¡Me he jugado la vida docenas de veces para ayudar a mis compañeros, no hay nada que yo no haya hecho en beneficio de mis Simones! ¿Qué quiere, qué está pensando, de qué me acusa…?

—Baby: usted ha sido expulsada por la CIA No sé exactamente por qué… No quiero saberlo. Pero voy a decirle qué debe hacer usted para convencerme de que está del lado de la CIA Nada de trucos, ni sonrisas, ni bromas… ¡No quiero nada que pueda parecer una genialidad de la genial agente Baby! ¡¿Está bien claro?!

—¿Qué es lo que quiere exactamente?

—Se lo diré… Hemos localizado «Lúa Vermelha» en este poco tiempo de que hemos dispuesto… El doctor Sousa no tuvo inconveniente en refrescarle la memoria al doctor Collins. Ahora, escuche con toda atención: usted va a dejar este cadáver de mi cuenta, y le aseguro que me las arreglaré bien para sacarlo de aquí sin que nadie se entere de nada. Mientras tanto, usted saldrá del hotel, irá hacia mi coche, donde la está esperando el doctor Collins, y se irá con él, a cierto sitio que ambos hemos convenido. Yo solucionaré este asunto del cadáver, y me reuniré con ustedes para tomar una decisión… definitiva sobre todo el enredo que nos tiene ocupados… ¿Alguna duda?

—Pero yo estoy esperando aquí a…

—¡Nadie llegará hasta mañana! Mientras tanto, usted tiene que dejarme bien demostrado que yo, ni mis pocos compañeros que

quedan vivos, ni la CIA, debemos desconfiar de la agente Baby… ¡Y no tengo la menor intención de discutir sobre esto! De manera que hace todo lo que yo le digo, o termina mi colaboración con usted, llamo a la Central, explico el asunto… y que decidan nuestros superiores. Por supuesto, si llamo a la Central, no dejaré de mencionar la intervención de usted en este maldito *affaire*. ¿Le parece que se puede hablar más claro?

—No —susurró Brigitte.

—¡Entonces salga del hotel, vaya al *parking*, y suba en mi auto! ¡El doctor Collins la está esperando allí! ¡Y nada de armas!

—No llevaré armas… ¿Puedo llevar mi maletín?

—Mmm… Está bien. Pero va a dejarme aquí esa pistolita. Y la de este hombre, Baby, yo… quizá estoy siendo demasiado duro con usted, pero mi posición…

—La entiendo, Simón. ¿Debo despedirme del hotel?

—Claro que no. Sólo se trata de que la señorita recién hospedada en el Hotel da Praia sale a dar una vuelta esta noche. Dentro de una hora me reuniré con ustedes.

—Bien… Hasta luego, entonces.

Cogió el maletín y salió de la *suite*. Poco después, cruzaba el vestíbulo del hotel, hacia la salida. El conserje con el uniforme blanco y azul le abrió la puerta, sonriendo, seguramente porque lo más fácil en la vida era sonreír a una jovencita de semejante belleza… Brigitte ni siquiera lo miró. Bajó los escalones blancos, llegó a la explanada que giraba en torno al surtidor, y se quedó como clavada en el suelo unos segundos, mirando, admirando el surtidor de agua de colores… Era tan hermosa…

Reaccionó bruscamente, continuando su marcha hacia el *parking*. Conocía muy bien el coche de Simón, en el cual le esperaba el doctor Collins. Tenía la sensación escalofriante de los gritos de aquel hombre en sus oídos. Y los de Simón… Los del Simón que había querido matarla en «Villa Tartaruga», junto con otro compañero…

Estaba caminando por entre algunos autos cuando el hombre apareció de pronto ante ella, provocándole un respingo de sobresalto, casi de espanto. Era un hombre joven, de cara amistosa, simpática, con los ojos muy grandes y risueños, vestido deportivamente…

—Señorita, yo soy…

¡Plak!

El golpe de la mano derecha de la espía más mortífera del mundo acertó de lleno en el plexo solar del hombre, que retrocedió un paso, lívido, abierta la boca angustiosamente. Brigitte se acercó más a él, y ahora le golpeó en el hombro, junto a la base del cuello… El hombre lanzó un gemido ahogado, se encogió, llevó la mano derecha al interior de su ligera camisa de colores… Brigitte movió entonces la mano izquierda, y el maletín dio en el rostro del desconocido, tumbándolo de espaldas, con la nariz convertida en un surtidor de sangre… Como una máquina destructiva, Baby cayó sobre su pecho, asió el brazo derecho del hombre, apoyó la mano en su hombro, y presionó, hacia abajo. Se oyó un chasquido, el hombre lanzó un grito… y ese fue el final.

Se puso en pie de un salto, mirando a todos lados, esperando más agresiones. Nada ocurrió. Parecía que todo estaba en calma, en paz… Muy cerca de allí estaba la piscina del «Hotel da Praia», y las risas se oían con toda claridad, así como las zambullidas…

Segundos después, Brigitte entraba en el auto de Simón, a cuyo volante estaba el doctor Collins, tenso, con expresión preocupada.

—¿Qué ocurre? —exclamó—. ¿No ha visto a…?

—¡Vámonos! —Casi gritó Brigitte—. ¡Salgamos inmediatamente de este horrible lugar!

Meredith Collins asintió con la cabeza. Puso en marcha el coche y salieron inmediatamente del *parking.* Brigitte se sentía demasiado aturdida para fijarse en detalles, pero en el acto comprendió que esto no podía sino perjudicarla. Respiró hondo y volvió la cabeza hacia el médico de la CIA en Punto Lisboa.

—Debió ver usted a ese hombre… —murmuró—. Debió verlo como yo le vi, doctor Collins. Quizá habría podido explicar qué era lo que le ocurría, o por qué murió en mis brazos, sin hacerle nada…

—¿Qué hombre?

—¡El que entró en mi *suite!* Le aseguro que no suelo ser descuidada, ni torpe, ni incauta… En realidad, todo parecía estar muy bien pensado, ya que yo esperaba noticias de una persona…

—¿Del jefe del Sector Nacional?

—Pues… Sí… Sí, desde luego…

—Olvídelo. No creo que venga a Portugal.

—Vendrá… —aseguró la espía—. Sé muy bien lo que digo. Hemos tenido algunas diferencias, hemos discutido en mil ocasiones. Pero, doctor Collins, cuando Baby llama a un amigo, ese amigo acude siempre. Siempre.

—Ojalá sea así. ¿Qué me decía del hombre que murió en sus brazos?

—No sé… ¡Ya no sé qué pensar! Algo muy horrible está ocurriendo… Ya son dos los hombres que he visto morir así… Y empiezo a comprender las palabras de Simón respecto a tener cuidado con todos los servicios de espionaje. Sea lo que sea este asunto, debe ser tan importante que escapa a toda nuestra capacidad de teorizar.

—Sigo sin saber qué pasó con ese hombre.

—¡No lo sé! Quería matarme, y de pronto se puso a gritar, cayó a mis pies, lo inmovilicé… y murió. ¡Así ocurrió!

—¿Quiere decir que lo mató?

—¡Le estoy diciendo que no lo maté! ¡Murió!

Meredith Collins volvió ligeramente la cabeza hacia Baby.

—Vamos a salir muy pronto de Estoril, hacia Cascáis… El señor Clarke y yo convinimos un lugar de cita, de modo que le esperaremos ahí, si no le importa. Espero que no me necesite para nada. Quedamos en que si me necesitaba…

—Dijo que podría arreglárselas solo.

—Muy bien. Entonces, todo lo que tendremos que hacer es esperarle.

—Espero que sólo fuesen dos, pues si eran más podrían seguirnos.

—¿Dos? ¿A qué se refiere?

—Aparte del hombre que murió en la *suite,* había otro, esperando fuera.

Collins quedó estupefacto unos segundos.

—¿Y qué ha pasado con él? —se interesó en seguida.

—Creo que le he roto la nariz y un brazo. Si no hay más, podemos viajar tranquilos. De todos modos, será mejor que no perdamos de vista nuestra zaga. Yo me encargaré de eso: usted esté atento al frente.

—De acuerdo. Caramba… —Collins sonrió admirativamente—. De lo que no cabe duda, Baby, es de que usted podría ser definida

como una especie de… terremoto. Hasta ahora, no se ha visto movimiento en Lisboa. Han pasado cosas, pero muy sosegadamente. Y llega usted, y… ¡pum!, todo empieza a vibrar.

Brigitte miró con simpatía al médico.

—Es una lástima que ya tenga mi nombre de guerra, doctor Collins. Si no fuese así, ya tendríamos uno muy apropiado, a juzgar por sus palabras: «Terremoto»… Pero, a decir verdad, prefiero ser Baby. Es más dulce, ¿no cree?

Capítulo VI

Simón se reunió con ellos casi hora y media más tarde, en el cruce de la carretera y un camino más estrecho, pero bien asfaltado, bajo unos altísimos eucaliptos cuyo aroma tenía encantada a Brigitte, ya completamente repuesta del espanto que había sentido ante el modo de morir de aquel hombre.

Antes de entrar en el coche, que casi no se veía a la sombra de los eucaliptos, Simón esperó a que se alejase el coche de alquiler que lo había llevado al cruce. Y cuando entró en el auto, Collins lo miró fijamente.

—Nos tenía inquietos. Dijo una hora, Clarke.

—No es fácil sacar un cadáver de un hotel… —Gruñó Simón—. La gente cree que por el hecho de ser espía todo puede hacerse con facilidad. Las películas de espionaje son un asco.

—¿Lo arregló todo? —musitó Brigitte.

—Bastante bien. Tengo el cadáver en «conserva», en sitio seguro. Me ocuparé de él más adelante. ¿Quién era el otro hombre?

—¿Se refiere al del *parking*?

—No sé. Lo único que sé es que hubo un gran revuelo en el hotel. Tuvieron que llamar una ambulancia, y recogieron a un hombre en pésimo estado… Tenía un brazo roto, según entendí. Y pensé que podía ser muy bien cosa de la peligrosa jovencita llamada Baby.

—Fue cosa mía, en efecto… —sonrió Brigitte—. ¿Se enteró del lugar adonde llevaron a ese hombre?

—No…

—Pues debió hacerlo. ¿Qué tal si más adelante le hiciésemos una visita para preguntarle algunas cosas? Aunque sería mejor que yo no apareciese por allí.

—No está mal pensado… Me ocuparé de ello más adelante, igual que del cadáver. Ahora, si le parece, iremos a «Lúa Vermelha».

—No sé… Quizá sería mejor esperar la llegada de mi amigo.

—Quizá… —admitió Simón, un tanto reticente—. Sin embargo, no creo que perdamos gran cosa echando un vistazo a esa villa.

—¿Es una villa?

—¿Qué esperaba? ¿Un acorazado?

—He conocido las más extrañas cosas del mundo, Simón, que tenían nombres tan bonitos y exóticos como esa villa… Y no eran villas.

—Pues «Lúa Vermelha» es una villa… —dijo Collins—. Estuve allí una vez.

—¿Y no lo recordaba? —se sorprendió Brigitte.

—Bueno… —sonrió el médico—. Ya sabe lo que pasa con algunas pequeñas juergas nocturnas: empiezan en un sitio, se pasa por muchos lugares siempre divirtiéndose, y al día siguiente uno ni se acuerda de dónde estuvo exactamente.

—Sí, entiendo… ¿Conoce al propietario?

—No… No me interesé por él. Podía ser cualquiera de los que estaban allí divirtiéndose.

—Pero si ha hablado con el doctor Sousa, él le habrá dicho el nombre que esa persona.

—Ah, eso sí, desde luego. Pertenece a un hombre llamado Franz Molinari.

—¿Franz Molinari? Qué extraño nombre… ¿Le suena, Simón?

—En absoluto. Y yo creo que estamos perdiendo el tiempo… ¿Qué tal si vamos hacia «Lúa Vermelha» a echar ese vistazo?

—De acuerdo. Pero sólo un vistazo, por el momento. En marcha, doctor.

—Una de dos… —refunfuñó Collins—. O me llama usted Simón, ya que se puede decir que he entrado a formar parte de su… banda, o me llama Meredith a secas. *¿Okay?*

Brigitte se quedó mirándolo, sonriente.

—*Okay*…— musitó al fin—. Adelante, Meredith.

Era una hermosa villa. En cuanto al nombre, no cabía duda de que lo merecía. Arriba, en el negro cielo estrellado, la luna llena parecía roja, con un suave tono anaranjado, que daba color a la casa… Era sorprendente. Los árboles, las flores, la casa, la tierra, todo tomaba aquel hermoso tono lunar, tan extraño… Llamar «Lúa Vermelha» a

una villa que en las noches de luna llena parecía tener aquel color, no era precisamente un disparate.

—Fantástico —musitó Brigitte.

—Es un hermoso lugar, en efecto —admitió Collins, en un susurro.

—¿Recuerda su distribución?

—La verdad, no. Tengo una ligera idea… No sé. He estado en varios sitios como éste, y los confundo. Aunque me pregunto cómo puedo confundir este lugar con ningún otro.

—Es de suponer que la luna no envía su luz en exclusiva a esta villa… —opinó Simón—. En noches como ésta, todas las villas de estos lugares deben verse igual. Sólo que ese Franz Molinari fue el que tuvo más acierto e imaginación al poner nombre a la suya. ¿Nos acercamos más?

Brigitte no contestó, de momento. Y al quedar todos silenciosos, se oyó el canto de los grillos, como único sonido en la noche. Por entre las mimosas, veían la casa, grande, chata, con enormes cristaleras, rodeada de flores. Se veía el trampolín de una piscina y, más allá, la fina reja de alambre que circundaba un par de pistas de tenis. Junto a la casa había otra construcción, más pequeña, que debía ser el garaje; delante de esta construcción, un soberbio automóvil, que llevaba un remolque sobre el cual se veía la inconfundible silueta de una lancha motora. Había luz en dos de las grandes puerta-ventanas que daban al jardín.

—No… —susurró Brigitte, al fin—. Si esto fuese una misión exclusivamente mía y con riesgos sólo para mí, ya estaría dentro de esa villa, Simón. Pero tal como están las cosas, con una docena de compañeros nuestros desaparecidos, creo que debemos actuar con más cautela.

—Sin embargo —dijo Collins—, debemos ir a la casa.

—¿Debemos? —Lo miró Brigitte sorprendida—. No comprendo.

—Sencillamente: Franz Molinari nos está esperando.

—¿Qué? ¿Dice usted que…? ¡Ay!

Fue apenas un quejido de sorpresa, más que de dolor. Realmente, aquel ligero pinchazo en un brazo no era suficiente para obligar a gritar a la divina espía, cuyo bellísimo y aparentemente delicado cuerpo había soportado torturas brutales… Y tras el gritito de dolor, mientras miraba a Collins primero, a Simón después, y de

nuevo a Collins, Baby notó, bruscamente, aquella pesadez en la cabeza… Sabía lo que era, lo que iba a ocurrir: iba a quedar dormida. Todavía pudo ver el brillo de una aguja en la mano de Collins, la sonrisa de éste, la extraña mueca casi angustiada de Simón… Y mientras veía esto, y recordaba que Simón tenía su pistola, y que ella no tenía tiempo de recurrir a ningún truco de su maletín, todo ello en un segundo, la divina, peligrosa sensacional y astuta agente Baby tuvo la sensación de que, de pronto, se hundía en un profundo negrísimo pozo.

Eso fue todo.

Capítulo VII

Abrió los ojos, los cerró en seguida, y permaneció así quizá un par de minutos, durante los cuales se esforzó en coordinar sus ideas, sus pensamientos… No tenía necesidad de abrir los ojos para ello y, además, sabía que tendría que ir abriéndolos poco a poco, a fin de acostumbrarse a la luz… Cuando los abriera, quería estar ya en situación de ver todo cuanto le rodeaba. Lo más notable de todo ello era el silencio. Un silencio completo, denso, total. No se oía absolutamente nada, hasta el punto de que su propia respiración le parecía excesivamente fuerte, ruidosa, casi escandalosa.

Meredith Collins y Simón… Eso era. Había llegado con los dos a «Lúa Vermelha», la hermosa quinta que parecía tener el tono rojo anaranjado de la luna tropical. Curioso, porque Lisboa no está en el Trópico… Y el pinchazo. Collins la había pinchado con algo; seguramente una aguja simple, impregnada de narcótico. La debía llevar preparada… Una vez más, el cerebro de la espía internacional tenía que recurrir a las matemáticas. Dos y dos, cuatro: Meredith Collins era un traidor a la CIA Y Simón. Sí…, también Simón. Aunque había visto en el rostro de éste una extraña expresión tensa, angustiada.

Abrió los ojos, por fin. Como siempre, lo primero que vio fue un techo. Paredes, muebles… Parecía un dormitorio confortable, limpio, casi elegante.

—Está despertando —dijo una voz.

Volvió la cabeza y vio al hombre junto a la cama. Más allá, cerca de la puerta del dormitorio desconocido, había otro hombre. Los conocía a ambos, por fotografías: formaban parte del grupo de agentes de la CIA que habían desaparecido. Nunca los había tratado personalmente, pero recordaba muy bien sus rostros. No podía haber error.

—¿Simón? —musitó Brigitte.

—¿A cuál de nosotros se refiere? —susurró el más cercano a ella.

—A los dos… ¿Me conocen?

—Sabemos quién es usted. Algunos de nuestros compañeros la mencionaron en varias ocasiones… Una vez se la conoce, o se ha obtenido su descripción, es usted inconfundible.

Brigitte se sentó en la cama, puso los pies en el suelo y se llevó las manos a la cabeza.

—Todavía estoy aturdida… ¿Qué está pasando? ¿Los tres nos hallamos prisioneros?

—Más o menos.

Ella miró de uno a otro. Luego, hacia la puerta.

—¿Adónde da esa puerta?

—A un pasillo. Estamos en un gran sótano.

—¿Hay guardias, hay vigilancia?

—¿Afuera? No… ¿Para qué?

La divina espía parpadeó.

—Pues la vigilancia siempre sirve para algo, según entiendo. Pero ya que no nos han colocado guardias, vamos a ver si podemos salir de aquí cuanto antes. Hay muchas cosas que aclarar en este… ¿Qué están haciendo?

Su mirada fue de uno a otro hombre. Es decir, de una a otra pistola, que ambos empuñaban con mano firme, apuntándola a ella.

—La vigilancia no está afuera, Baby, sino adentro. Nosotros somos sus vigilantes.

—Bien… —Brigitte se pasó la lengua por los labios—. Supongo que no debo sorprenderme demasiado. Está claro que hay muchos traidores en este asunto. Es fácil comprender que ustedes no fueron capturados, sino que desertaron, convirtiéndose en traidores…

—Es usted muy lista… —sonrió sarcásticamente uno de los agentes—. Muy, muy lista, Baby. Tan lista que no tiene ni la menor idea de lo que está ocurriendo.

—Sabemos que agentes de la CIA, y varias docenas de otros servicios secretos, se han vendido, eso es todo. No sé para qué ni a favor de quién, pero lo averiguaré… y los destruiré a todos.

—Su fe en sí misma es conmovedora…, incluso alentadora. Pero insisto en que no sabe nada de nada. Vamos a salir de aquí: Franz Molinari la está esperando. Camine hacia la puerta.

Brigitte obedeció. Cuando estaba ante la puerta, se volvió, clavando su mirada en uno y otro Simón.

—No han debido hacerlo, Simón… —susurró—. ¿Qué están ganando con ello? ¿Dinero? ¿De qué va a servirles? Saben muy bien que la CIA los cazará, tarde o temprano. Igual ocurrirá con los agentes de los demás servicios internacionales… ¿Están locos, Simón? ¿Qué esperan conseguir con esto, qué es lo que quieren exactamente?

—Salga al pasillo… —dijo roncamente Simón—. Y camine hacia su derecha, hasta la puerta que hay al fondo del pasillo.

—Está bien…

Brigitte abrió la puerta, salió al pasillo y caminó hacia la puerta que se veía al fondo. Tras ella iban los dos agentes de la CIA, pistola en mano, sin perderla de vista ni un instante.

La puerta se abrió cuando Baby estaba a menos de un par de yardas de ella, y la espía miró con fría ironía la célula fotoeléctrica que había en lo alto del marco. Cruzó el umbral y, en seguida, quedó completamente cegada por el foco de intensa luz que dio de lleno en su rostro.

—Buenas noches, señorita Montfort, o agente Baby… Es un placer y un grandísimo honor poder saludarla personalmente. Reciba, desde el primer momento, mi más sincera admiración. Hace años que soy un gran entusiasta de la mujer que lleva en jaque a todos los servicios secretos del mundo.

Era una voz grave, seria, culta. Hablaba en inglés de las Islas Británicas, sin la gangosidad de los norteamericanos. En seguida, la espía comprendió que aquél no era el idioma natural de quien hablaba, sino que lo había aprendido. Y muy bien, por cierto. Su tono, sus palabras, su acento, eran impecables.

—Muy agradecida a sus palabras, Franz Molinari.

—Son las adecuadas, pura justicia, señorita Montfort. Por favor, apaguen ese foco.

Por fin, Baby pudo dejar de protegerse los ojos con las manos. Todavía estuvo deslumbrada unos segundos. Luego comenzó a ver lo que la rodeaba: un gran salón, regiamente amueblado, cuadros enormes en las paredes, lámparas de pie, alfombras, librería, bar… Había varias personas allí, incluyendo a Collins y a Simón-Lisboa. Pero quien atrajo en el acto la atención de Brigitte fue el hombre

que ocupaba el eran sillón sobre una tarima de mármol. Un sillón de seda roja, sostenido por una sola columna metálica, que debía ser un soporte giratorio.

El hombre era en verdad notable. Quizá tendría cincuenta años, era rollizo, fuerte, sin llegar a obeso. Llevaba una casaca de color verdoso y cuello alzado, que parecía inmovilizar su grueso cuello. Sus cabellos eran muy cortos, peinados con raya en medio, brillantes como un espejo. Pero menos brillantes que el monóculo que se veía en su ojo derecho. Frente despejada, mandíbula recia, orejas grandes, boca menuda, cruel, hostil. Una sonrisa rezumante de ironía estiraba aquellos labios pequeños, sonrosados, repulsivos.

—¿Qué opinión le merezco? —preguntó.

—Ninguna… —replicó indiferente Brigitte—. Su personalidad no es suficiente para que Baby forme una opinión.

—Ah… —Franz Molinari se echó a reír—. Es usted orgullosa, muy altiva, ¿no es cierto? Y muy segura de sí misma, sí… Pero pronto saldrá de su error con respecto a mí.

—Lo dudo. Usted es sólo fachada. Un gordito de procedencia germana que debe estar algo loco.

—¿Loco? ¿Por qué?

—Desafiar a la MVD, a la CIA, al Deuxiéme Bureau, al MI5, y a otros servicios de espionaje mundial, es de locos, señor Molinari.

—Usted los ha desafiado a todos y no parece loca.

—Yo soy Baby, señor —sonrió la divina espía.

—Entiendo… Y mi admiración por usted está aumentando. Lo cierto es que me alegro de que los dos hombres de Malta no consiguieran matarla. Oh, quería hacerle una pregunta, Baby… ¿Quién es su amigo?

—¿Mi amigo?

—El hombre que vive en «Villa Tartaruga».

—Pronto lo sabrá… —rió despectivamente Brigitte—. Él vendrá aquí. Y no dejará en pie ni siquiera sus rosales, señor Molinari.

—Hum… Casi me inclino a creer que sea posible. ¿Sabe que le tendimos una trampa en La Valetta? Me refiero a otra trampa, no a la que compartieron ustedes matando a los dos hombres de la CIA.

—No comprendo —palideció Brigitte.

—Sí, comprende, sí… Pero alegre su espíritu: ese hombre salió de la trampa. Verá usted… Nosotros tenemos por norma recuperar

los cadáveres de los hombres que enviamos a hacer algún trabajo. Así, los del aeropuerto, los que la esperaban a usted, fueron recuperados a tiempo. También el del Hotel da Praia. Pero no pudimos recuperar a los dos que enviamos a «Villa Tartaruga». Lo intentamos, por la mañana, después que usted salió en avión hacia Roma. Fuimos al domicilio de un tal doctor Cassim, en La Valetta, puesto que sabíamos que su amigo los había llevado allí, en un coche, mientras, suponemos, usted dormía. Pero el tal doctor Cassim nos sorprendió realmente: su casa quedó cerrada herméticamente, con planchas de acero, según parece. Y, evidentemente, tenía un sistema de comunicación con su amigo, pues éste llegó muy poco después, en un hermoso coche deportivo, rojo… Un «Alfa Romeo», me parece. Y cuando lo vieron llegar y saltar del coche, los dos hombres que querían recuperar los cadáveres de manos de ese doctor Cassim, sólo supieron huir. Así, su amigo sabe ahora mucho más que usted sobre este asunto, ya que el doctor Cassim debió encontrar… el truco en los cadáveres.

—¿Qué truco?

—De eso hablaremos luego. En cuanto a la noticia de que su amigo, ese… magnífico ejemplar masculino va a llegar a Estoril, me parece formidable. Le haremos un recibimiento digno de él… ¿No quiere decirme quién es?

—Dígame primero cómo me localizaron ustedes en su villa, señor Molinari.

—No hay inconveniente. Algunos de mis hombres andaban tras cierto microfilm, en Túnez. Lo último que supieron de él fue que estaba en un helicóptero, en manos de una dama de grandes recursos que había derrotado y matado nada menos que al internacional Omar Jarfa, y provocado un extraño incendio en la costa… Se hicieron una serie de cálculos, se pasaron diversos avisos a otros agentes míos, y comenzó la búsqueda inmediatamente. Tras una serie de cábalas e hipótesis, y dado que ningún helicóptero había sido visto en nuestros puntos de vigilancia, se llegó a la conclusión de que la dama en cuestión no había llegado a Europa, que no había volado demasiado lejos… Cuatro días más tarde, fue localizada en La Valetta. Y al quinto día se intentó eliminarla, para obtener el microfilm. Seguramente, mi error fue ordenar que enviasen a dos de los agentes de la CIA Pero había que hacer la

prueba.

—¿Qué prueba?

—También de eso hablaremos más adelante. Le aseguro que en principio quería eliminarla a usted, señorita Montfort.

—¿Ya no?

—No, no… ¡De ninguna manera!

—¿A qué se debe ese cambio de decisión sobre mi vida o mi muerte?

—Pues…, en principio, todos los que nos dedicamos de un modo u otro al espionaje, sabemos lo poco conveniente que es tener un posible choque con la agente Baby. Así que quise hacer dos cosas a la vez: conseguir el microfilm de Omar Jarfa, y eliminarla a usted. Era un peso que me quitaba de encima, porque, según malas lenguas, usted se… mete en todo, señorita Montfort.

—Cuestión de carácter.

—Sin duda… —rió Franz Molinari—. Pero todavía tenía yo otro poderoso motivo para querer eliminarla: usted fue expulsada de la CIA. Por tanto, no podía servirme para mis planes. Y puesto que no podía servir…, ¿por qué mantenerla viva?

—Entiendo. ¿Y ahora sí resulto útil a sus planes?

—En efecto. No por usted misma, ya que continúa siendo una persona no grata a la CIA, sino por su… facilidad de relacionarse con personas importantes de ese organismo norteamericano de espionaje. ¿Es cierto que mañana llegará un amigo suyo que es jefe de Sector Nacional de la CIA?

—Lo he llamado. No sé si vendrá.

—Yo creo que sí vendrá. Y ahí es donde usted va a resultarme útil, motivo por el cual he decidido últimamente no matarla. Ya pudo comprobar con qué interés conservé su vida. De no haber sido por mí, el hombre del hotel la habría matado. Él la estuvo siguiendo, esperando un momento oportuno para matarla. Tenía esa orden en su… minicerebro…

—¿Cómo dice? —exclamó Brigitte.

—Digo que ese hombre tenía la orden de matarla. No le importaba lo más mínimo su relación con el señor Clarke o con el doctor Collins. Sólo quería matarla… Así que la estuvo siguiendo, los vigiló a los tres… Estuvo siempre al acecho, hasta que usted quedó sola. Afortunadamente para usted, entonces Collins ya me

había avisado de que usted esperaba la llegada de un personaje importante de la CIA, de modo que comprendí que no debía matarla. Y, por tanto, maté a mi enviado.

—¿Usted lo mató? ¿A distancia?

—En efecto.

—¿Cómo? ¿Cómo lo hizo?

—Pregunta usted demasiadas cosas… y todavía no es momento de contestarlas. Lo importante, ahora, es que usted esté viva para recibir a su amigo de Estados Unidos, a ese jefe importante… Lo quiero vivo y a mi disposición.

—¿A su disposición? ¿En qué sentido?

—En todos. Usted sólo tendrá que acudir a la cita, y traérmelo aquí. Lo demás es cuenta mía. Evidentemente, podría obligarla a decirme quién y cómo es ese hombre, pero me parece más cauto dejar que sea usted quien lo traiga aquí, engañado, para ponerlo a mi merced…

—¿Está loco? —rió ásperamente Brigitte—. ¿De verdad espera conseguir que yo haga eso, que traicione a un amigo, que se lo traiga aquí, a una encerrona…?

—Usted lo hará.

—Bien… Es inútil discutir sobre eso. Ya veremos… Dígame: ¿qué es eso del *minicerebro*?

—Su cupo de preguntas está cubierto ya, señorita Montfort. Yo preguntaré ahora, insistiendo en lo de antes: ¿quién es el asombroso amigo suyo que reside en «Villa Tartaruga»?

—Pregúnteselo a él cuando venga a preguntarle por mí, señor Molinari.

—¿Realmente vendrá?

—Nada ni nadie podrá impedirlo.

—¿Se alojará en el Hotel da Praia?

—Es posible —sonrió Brigitte.

Franz Molinari permaneció inmóvil unos segundos, mirando fijamente a la espía. Por fin, suspiró, como desalentado.

—No insistiré sobre eso, ya que no quiero lastimarla… No me interesa en modo alguno que se noten señales de golpes o algo parecido en su rostro o cuerpo. La quiero entera, viva y decidida como siempre. Me gusta que mis *minicerebros* den vida a cuerpos sanos y útiles, señorita Montfort.

—Sigo sin entender… ¿Me está diciendo que yo soy… un *minicerebro* de usted? ¿Algo así como… una célula de su cerebro?

—¡Algo así! —rió de nuevo Molinari—. Parece que lee usted novelas de anticipación científica, señorita Montfort.

—Yo leo de todo. Incluso *comics,* señor Molinari. Un buen cerebro es aquél capaz de asimilarlo todo sin dejarse influir por nada: ni por *comics,* ni por teorías filosóficas, teológicas o sociales… Mi cerebro es de primera calidad absolutamente… Jamás será… una célula del de usted. Es más: creo que está loco.

—Le demostraré lo contrario. Durante el día de mañana, dejaremos que sus amigos la busquen en vano. Pasado mañana, usted obedecerá absolutamente todas mis órdenes.

—Será digno de verse… —sonrió fríamente la divina—. Ya me quisieron hipnotizar una vez, me han hecho objeto de trucos de magia negra, me han…

—Tonterías, tonterías, señorita Montfort… Ya lo verá.

—Por curiosidad: ¿qué órdenes suyas tendré que obedecer?

—Eso sí voy a decírselo, para que su subconsciente vaya preparándose. Una orden: matará a su amigo de «Villa Tartaruga». Otra orden: traerá aquí, en perfecto estado, a ese jefe de Sector Nacional de la CIA, y no le mataré, ya que lo quiero vivo, para utilizarlo en mis planes.

—¿Qué planes? —se interesó sarcásticamente Baby.

Franz Molinari se quedó de nuevo mirándola fijamente, durante casi un minuto. Por fin, se quitó el monóculo, le echó el aliento, lo limpió en su batín y señaló hacia la puerta del salón.

—Llévensela —dijo secamente—: y que esté preparada para ser programada dentro de media hora. Mientras tanto, yo seguiré pensando en el modo de sacar el máximo provecho de tan audaz y descarada señorita… Su minicerebro valdrá su peso en oro, estoy seguro… O en uranio, que es más valioso. Procedan.

Capítulo VIII

Los dos agentes de la CIA que la habían llevado hasta allí se acercaron a ella y uno de ellos le tocó en un brazo. Brigitte lo miró, frunció el ceño y dio media vuelta, dirigiéndose hacia la puerta.

—Iré a prepararlo todo —oyó decir a Collins.

Volvió ligeramente la cabeza, hacia el médico. Al mismo tiempo, vio a dos hombres más, desconocidos para ella, que seguían a sus compañeros traidores a la CIA, dispuestos a doblar la guardia sobre su persona. Con esto era suficiente para desanimar a cualquiera que, como ella, estuviese desarmada.

Salieron al pasillo. Dos hombres se colocaron delante y los otros dos la siguieron. Las pisadas resonaban en el pasillo, de un modo seco, amenazador. El silencio podía ser el de una madrugada que va a contemplar una ejecución en el patio de un penal…

Uno de los agentes de la CIA que iba delante abrió una de las puertas y se apartó, dejando entrar a su compañero. Luego entró él, haciendo señas a Brigitte para que le siguiera, mientras los dos hombres de atrás la miraban fijamente, siempre vigilantes, atentos. La espía cruzó el umbral, mirando rápidamente a todos lados. Era una simple sala vacía; absolutamente vacía, blanca y limpia como una dependencia de clínica o de hospital. Al fondo había otra puerta, delante de la que ella acababa de utilizar. Por detrás, las pisadas de los dos hombres desconocidos que completaban su guardia de cuatro…

De pronto, Baby golpeó la puerta con un pie, cerrándola a su espalda. Y acto seguido, en una fracción de segundo, utilizando el mismo pie, girando como en una magnífica pirueta de *ballet,* golpeó a un agente de la CIA en plena barbilla, en una acrobacia increíble, como si su cuerpo fuese de goma.

El hombre lanzó un grito y cayó de espaldas, de cabeza. Fue como si, de pronto, hubiesen tirado hacia arriba de una cuerda que

tuviera sujetos sus pies; se oyó el fuerte ¡cloc! de su cabeza contra el suelo, y quedó inmóvil… El otro, todavía sin salir de su sorpresa ante aquella maravillosa ejecución del golpe de *capoeira,* movió la pistola, gritando una advertencia… Era todo cuestión de fracciones de segundo. En una de esas pequeñísimas fracciones, el hombre comprendió que su advertencia, aún no terminada, no iba a ser escuchada, no iba a ser atendida en lo más mínimo…

Plop.

Su disparo salió alto y muy desviado, porque cuando apretó el gatillo, Baby ya se había lanzado hacia delante, apoyando ambas manitas en el suelo, una más adelantada que la otra. Sobre ellas, como si estuviese haciendo la «rueda» de gimnasia deportiva, hizo girar el cuerpo, con las piernas hacia arriba… Y, efectivamente, consiguió el impacto: el agente traidor recibió un taconazo tremendo en la garganta, que lo empujó hacia atrás, tambaleándose, lívido… En realidad, había tenido suerte… por el momento, ya que aquel golpe de *capoeira* era mortal en el sesenta por ciento de las ocasiones.

Su suerte acabó muy pronto, sin embargo. Aún estaba retrocediendo, completamente olvidado de que tenía una pistola en la mano, cuando la «dulce jovencita», ya en pie, se lanzaba hacia él con la furia y la velocidad de una pantera, alzando su mano derecha.

¡Crash!

El escalofriante golpe de karate acertó al hombre en la frente, empujándolo con terrible fuerza aún más atrás, hasta que dio contra la pared con la parte posterior de la cabeza. De allí, tras un instante de pasmosa inmovilidad, como si hubiera quedado petrificado, cayó hacia delante, con los ojos en blanco.

Y aún no había llegado al suelo, cuando Baby le había arrebatado la pistola, volviéndose hacia la puerta, que temblaba bajo los fortísimos golpes… A sus oídos llegaba ahora una especie de silbido agudísimo y lejano, que daba la sensación de llenarlo todo. Evidentemente, era una alarma.

La puerta saltó de pronto, y un hombre entró en aquella sala vacía, dando trompicones, esforzándose en mantener el equilibrio. En su mano diestra, una pistola… Pero estaba en muy mala postura para utilizarla y, en cambio, podía ver muy bien a la mujer que

habían colocado bajo su custodia. De pie ante él, encogida, pálida, tensas las facciones y relucientes como trozos de hielo los azules ojos, le pareció que no era la misma dama que había estado conversando con Franz Molinari, sino un nuevo personaje frío, cruel, despiadado… Pero no iba a dispararle, no…

Plop.

El nombre se tambaleó. Ya muerto, aún dio unos cuantos pasos, directo hacia el suelo, en un trágico, espeluznante desplazamiento final… El otro se asomaba entonces por la puerta, y la manita de Baby sólo tuvo que moverse una pulgada para enfilar con el arma aquel enemigo.

Plop.

El hombre lanzó un chillido y desapareció de la línea visual de la espía, acompañado de las astillas que la bala había arrancado en el marco de la puerta.

Ahora se oían gritos y pasos precipitados en el pasillo, y aquel maldito silbido que parecía capaz de reventar los tímpanos continuaba oyéndose. Sin vacilar, Baby fue hacia la puerta del fondo de aquella sala, la abrió y se encontró en otro pasillo, más amplio, más largo, con muchas puertas a los lados, casi todas ellas abiertas, dejando paso a quince o veinte hombres. Inmediatamente, se dio cuenta de que no llevaban arma alguna en las manos… Y, al mismo tiempo, que algunos de ellos llevaban la cabeza completamente vendada, desde las cejas para arriba.

Cerró también aquella puerta a su espalda, huyendo de los hombres que sí debían llegar armados, y amenazando a los quince o veinte desarmados que salían de las habitaciones de aquel pasillo. Parecían atontados, desconcertados… No sabían qué hacer.

—¡Adentro! —ordenó crispadamente la espía—. ¡Vuelvan a sus cuartos! ¡Fuera todos!

Incluso parecían dispuestos a obedecer, pero, de pronto, uno de los que tenían vendada la cabeza dio un paso hacia el centro del pasillo y cayó de rodillas, gritando de aquel modo tan espantoso que ya conocía Brigitte…

—¡AAAaaaaaaAAAAaaAAAA…!

Su alarido llenó por completo la capacidad auditiva de Baby, estremeciéndola, casi haciéndole perder el equilibrio, demostrando así que, efectivamente, un sonido poderoso puede afectar tanto el

oído que trastorna el sentido del equilibrio. Algunos luchadores, en especial, de karate, suelen gritar cuando se lanzan al ataque, descentrando así en buena parte la resistencia, el sentido del equilibrio de su enemigo.

—¡Fuera! —aulló Brigitte, con toda su fuerza—. ¡Fuera todos de aquí, o dispararé…!

Pero, todos a una, los demás hombres que había en el pasillo se lanzaron contra la espía, sin vacilar, directos como balas. Sin trucos de lucha, sin instinto de protección, sin astucia, sin cautela: simplemente, se lanzaron al ataque a la vez, con las manos por delante.

Plop… Plop…

Uno de los hombres dio una vuelta en el aire, gritando, y otro cayó de rodillas, de lado, al recibir el impacto en un muslo… Los demás, como una marea incontenible, cayeron sobre Brigitte, sepultándola, aplastándola contra el suelo brutalmente, con una presión tremenda, que hizo crujir los huesos de Baby. Perdió la pistola, se encontró al borde del sofoco, sus ropas fueron desgarradas, la asieron de brazos, piernas, cintura, pecho, por los cabellos, por las manos…

En pocos segundos, se encontró libre de todo peso, casi desvanecida, como clavada al suelo por los hombres que la rodeaban, sujetándola por todas partes, inmovilizándola completamente. Eran rostros llenos de angustia, de terror, los de aquellos hombres. Rostros tensos, sudorosos, desencajados…

Oyó las pisadas rápidas, y poco después, más hombres aparecían en el pasillo, pistola en mano. Los veía desde abajo, con la cabeza como clavada en el suelo, igual que todo su cuerpo. No podía mover ni siquiera un dedo.

—¡Apártense! —Oyó la voz de Meredith Collins—. ¡Apártense los que no la sujetan!

Lo vio por encima de ella, de pronto. Collins la miraba con expresión desorbitada. Parecía incluso más asustado que ella. De un bolsillo interior sacó una aguja finísima, que Brigitte tuvo que recordar.

—Está loca… —jadeó Collins—. ¡Está loca, nadie puede escapar de esto, Baby! ¡Que no se mueva!

Se arrodilló junto a ella, dispuesto a clavar la aguja. Brigitte dio

un tirón fortísimo. Sus músculos eran finísimos, no de esos que se notan en algunas mujeres, sólo para afear su aspecto. Los de la agente Baby no se veían, era redondita, suave, tersa y delicada como una muñeca…, pero tan fuertes como si fuesen realmente de acero.

Sin embargo, ni siquiera consiguió moverse.

Y Meredith Collins, llena su frente de sudor, alzó la aguja. Bajó la mano, la aguja se hundió… y Brigitte Montfort, alias Baby, volvió al negro pozo sin fondo.

Cuando regresó del pozo, se encontró en el dormitorio que ya conocía. Si no era aquél, debía ser otro idéntico. La iluminación no era tan intensa como la otra vez, sino suave, bien tamizada. Pudo abrir los ojos muy pronto, sin la menor molestia por deslumbramiento. Estuvo unos segundos mirando al techo. Luego miró a su alrededor, en busca de los vigilantes que, sin duda, le habían puesto en el dormitorio.

No había ninguno.

Estaba sola.

Se sentó en la cama, lentamente, un tanto incrédula. Pero pronto comprendió que precisamente el hecho de no colocarle vigilancia directa quería decir que la consideraban muy bien atrapada, que no conseguiría escapar.

Fue a la puerta, sin reparar siquiera en que sólo llevaba los sujetadores y los pantaloncitos. Asió el pomo, quiso moverlo y tirar de él, pero no se movió. Y mucho menos la puerta. Estaba bien encerrada, desde luego. Y no había ventana… Ni siquiera parecía haber un respiradero.

Pero, pocos segundos después, descubría, en un ángulo del techo, fuera de su alcance, el pequeño objetivo de una cámara que debía ser de televisión. La estaban viendo, contemplando, vigilando, estudiando… Apartó la hosca mirada de allí, mirando a todos lados… Aunque no había nada que mirar, ciertamente. Un dormitorio cualquiera, muy bonito, pero corriente, normal.

—¿Se encuentra bien? —Oyó de pronto.

Se quedó inmóvil, entre sorprendida y aterrada. Aquella voz no había sonado fuera, sino DENTRO de su cabeza, como si el sonido se hubiera manifestado directamente en su oído… Se llevó las manos a la cabeza, en un gesto de abatimiento, de postración… Y

sus manos no tocaron los suaves cabellos negros, sino… algo más áspero, blando, esponjoso. Con rápidos gestos de alarma, las manitas de Baby fueron de un lado a otro de su cabeza, palpándola. Y siempre encontraba el mismo tacto blando y esponjoso. No notaba sus manos en el cuero cabelludo, ni notaba el suave tacto de los cabellos.

Vio el espejo y se acercó rápidamente a él.

Se quedó inmóvil, atónita, angustiada en seguida… Sabía ahora lo que habían tocado sus manos: vendas de hilo. Vendas normales y corrientes, que cubrían por completo su cabeza, desde las cejas para arriba. Era como si llevase un turbante hecho con vendas. Un turbante grueso, blanquísimo… ¡Igual que el de algunos de aquellos hombres, que había visto en aquel pasillo!

—Por Dios… —Tembló su voz—. ¿Qué es esto…? ¿Qué me han hecho?

—No se preocupe… —dijo la voz, DENTRO de su cabeza—. No es nada mortal, a menos que lo considere necesario.

Brigitte alzó de pronto la cabeza hacia el objetivo de la cámara de televisión, brillantes de furia sus ojos.

—¡¿Qué me han hecho?! —gritó—. ¡Quiero saber qué me han hecho…!

La voz volvió a oírse dentro de su cabeza, directamente en su oído:

—Tranquilícese. Todo va bien.

Brigitte tragó saliva y miró a su alrededor, como acorralada. Echó a correr de pronto hacia la puerta y comenzó a golpearla, chillando, aullando… Se volvió, cogió uno de los silloncitos, lo alzó con la fuerza descomunal de la furia y golpeó la puerta, que vibró sonoramente, crujió…

—Sea sensata —dijo la voz—: todo va bien.

Brigitte continuó golpeando la puerta… Dos, tres, cuatro veces… La madera parecía a punto de romperse, tal era la fuerza aumentada en sus músculos por la rabia, la furia…

Y de pronto, cuando parecía que iba a conseguir romper la puerta, Brigitte lanzó un alarido, dejó caer el silloncito, y se postró de rodillas, llevando las manos a su vendada cabeza.

—No. —Gimió—. No… ¡NOOOO…! ¡No me…! ¡AAAAaaaaAAAAAaaaAAAAA…!

FIN del primer volumen

Minicerebros, parte 2

Capítulo primero

De rodillas ante la astillada puerta de su dormitorio, la divina espía internacional estuvo todavía chillando durante tres o cuatro segundos. Postrada, vencida, derrotada, con las manos en la cabeza, que parecía arder, como a punto de estallar bajo aquel intensísimo dolor insoportable, era imposible conservar la lucidez, el valor, los sentidos normales…

—¡AAAaaaaaAAAAAaaAAAAA…!

Era como si el más sensible órgano o punto de su ser estuviese siendo prensado, machacado, golpeado, estirado… No podía compararse a nada. Absolutamente a nada. Ni el más horrible dolor de cabeza, ni el más brutal dolor de muelas, ni el más atroz sufrimiento conocido tenía comparación con aquella especie de presión, de estrujamiento, de aquella sensación de que el cerebro iba a reventar bajo los efectos de aquel dolor negro, horrendo, demoníaco, jamás sentido antes…

Y, de pronto, cesó.

Tan bruscamente como había comenzado a sentirlo, dejó de hacerlo. Ya no le dolía nada. Ni una pizca. Ya no sentía absolutamente nada en su cabeza. Todo normal, todo bien, todo perfecto…, todo maravilloso.

Baby permaneció todavía de rodillas, postrada hacia delante, todavía unos segundos, jadeante… Unas gotitas de sudor resbalaban por sus mejillas, por su cuello, por entre los senos… Las notaba cómo un escalofriante contacto que cosquilleaba su piel. Pero eso era todo. Eso, y el recuerdo estremecedor de aquel dolor jamás sentido antes, jamás imaginado… Pero ahora sí podía imaginarlo. Y sólo al hacerlo, se horrorizó.

—Por Dios… —gimió—. Por Dios, ¿qué me han hecho? ¿Qué es lo que han hecho en mi cabeza?

De nuevo sonó aquella voz dentro de su oído:

—Cálmese… Debe estar tranquila. Será el único medio para que ese dolor no vuelva a producirse en su cabeza. Por lo demás, está usted completamente normal.

Brigitte volvió la cabeza, para mirar, al objetivo de la cámara de televisión que había en un rincón del techo de su dormitorio, y luego se puso en pie, lentamente. Volvió ante el espejo, y estuvo unos segundos contemplando su cabeza vendada completamente, de cejas para arriba. Sí… Parecía un turbante. Un gran turbante blanco, muy tupido. Pero, realmente, sólo podía ser el vendaje que se realiza en personas cuya cabeza ha sido intervenida quirúrgicamente. Recordaba vendajes como aquél en personas que habían sufrido una trepanación, o, simplemente, la cura de un golpe que había roto o astillado algún hueso… El gran vendaje protegía los puntos de sutura… Pero… ¿habían afeitado su cabeza?

Suspiró profundamente, reparando entonces conscientemente por primera vez que estaba en prendas menores: sólo en sujetadores y pantaloncitos. Tenía que calmarse, tenía que serenarse a toda costa.

—¿Y mis ropas? —musitó.

—Sin duda recuerda usted que quedaron destrozadas en su pelea con los minicerebros —dijo la voz, siempre dentro de su cabeza—. Pero nos hemos ocupado de eso. Dentro de unos minutos tendrá ropas nuevas, que le hemos comprado en Lisboa.

—¿Sigo estando en Estoril? ¿Sigo estando en «Lúa Vermelha»?

—Desde luego. Sin embargo, pronto saldrá de aquí.

—¿En qué condiciones?

—En perfectas condiciones, desde luego. Consideramos que su minicerebro puede sernos de gran utilidad. Y sepa desde este momento que usted tiene que elegir: o ser un minicerebro, o morir.

—¿Como el agente de la CIA de Malta? ¿Como el hombre del «Hotel da Praia»?

—Exactamente. Esa elección entre vida o muerte es la única decisión realmente personal que podrá usted tomar de aquí en adelante.

—¿Está diciéndome… que soy… un robot?

—Algo parecido. Sólo que, evidentemente, mucho más perfecto. Sea bien venida a la organización.

Brigitte volvió a suspirar. Fue a la cama y se sentó en el borde,

pensativa. Podía razonar perfectamente, desde luego. Conservaba la lucidez de un modo completo, y podía recordarlo todo. En realidad, a no ser por aquel dolor atroz, parecía que nada había cambiado. Lo recordaba todo muy bien: su intento de asesinato en «Villa Tartaruga», en Malta, por medio de los agentes de la CIA traidores a este organismo. ¿Traidores? ¿En verdad eran… o habían sido traidores? Ella había matado a uno, y otro había muerto en brazos de Número Uno, aullando bajo aquel espantoso dolor. Pero antes de morir había mencionado al doctor Collins, en Lisboa, y a la villa «Lúa Vermelha», en Estoril… Estaba claro que en todo momento se conservaba la lucidez… Luego, el viaje a Lisboa, el hombre que había querido matarla en el «Hotel da Praia», y que había muerto ante ella, aullando espantosamente, justo cuando se disponía a matarla… La llegada a «Lúa Vermelha» con Simón-Lisboa y con el doctor Meredith Collins, la traición de ellos dos, la entrevista con el hombre del monóculo que se sentaba en un rojo sillón de seda, giratorio, colocado sobre un pedestal… Franz Molinari, el hombre del monóculo…

Sí. Razonaba perfectamente, lo recordaba todo perfectamente.

La puerta se abrió en aquel momento, y el doctor Collins entró en el dormitorio, mirando fijamente a la espía internacional. Ella también lo miró fijamente, pero no hizo el menor comentario.

—¿Cómo se siente? —murmuró Collins.

—Bien.

—Le traigo algunas ropas. Usted elija —dejó un gran paquete sobre la cama—. Dentro de quince minutos, Franz Molinari quiere hablar con usted.

—Está bien. ¿Dónde me espera?

—En el mismo sitio que ayer.

—¿Ayer?

—Hace solamente veinte horas que fue operada.

—Ah… Entonces, mi amigo de Estados Unidos, el Jefe de Sector Nacional de la CIA ya debe haber llegado a Estoril.

—Probablemente. Son las ocho de la tarde, y usted dijo que no llegaría más tarde del mediodía de hoy.

—¿Lo han localizado?

—No le conocemos, de modo que difícilmente se le iba a poder localizar. Voy a quitarle el vendaje.

Brigitte asintió con la cabeza y permaneció inmóvil mientras Meredith Collins cortaba el blanco turbante con unas pequeñas tijeras… Pocos segundos después, Brigitte lanzaba un profundo suspiro de alivio al ver intacta su hermosa cabellera negra: no le habían afeitado la cabeza.

—¿Qué es lo que me han hecho exactamente, doctor Collins?

Éste sonrió tristemente.

—Creí que habíamos quedado en que me llamaría Meredith.

—Eso fue antes de su traición… ¿Qué me han hecho? —Brigitte se palpaba cuidadosamente la cabeza, pero no notaba nada especial, nada extraño, nada nuevo—. ¿Por qué oigo la voz dentro de mi cabeza?

—Como todos. Ya se lo explicarán, si lo juzgan conveniente. No olvide que Franz Molinari la espera dentro de doce minutos. No le gusta que le hagan esperar…, y le aconsejo a usted que no lo irrite.

—Lo tendré en cuenta. Noto… como un ligero borde en mi cuero cabelludo, aquí, detrás de la oreja derecha…

—Es mejor que no toque nada. La herida está fresca aún, a pesar de los magníficos procedimientos cicatrizantes.

—¿Abrieron mi cabeza?

—Tengo que irme. Ya nos veremos.

Collins recogió las vendas y salió del dormitorio. Brigitte se dedicó a vestirse, lentamente. Las ropas que le habían proporcionado eran de su talla, ciertamente; y de excelente calidad, elegantes… De tan buen gusto como si las hubiera comprado ella misma. Se miró al espejo una vez vestida: faldita color salmón y zapatos y jersey sin mangas y muy escotado de color azul pálido. Hum… Quizá no era tan elegante y discreto como había pensado al principio.

Salió del dormitorio, al gran pasillo. Comprendió en seguida que aquél no era el dormitorio donde había despertado la primera vez en «Lúa Vermelha», sino uno de los que había en el pasillo donde había sido aplastada bajo el peso de quince o veinte hombres. Es decir, que la habían aposentado en la gran sala de los… minicerebros.

Todas las puertas que daban al pasillo estaban cerradas. Recorrió el pasillo, abrió una puerta, cruzo la sala blanca, pasó por otra puerta, y llegó a otro pasillo, que también recordaba. Al fondo

estaba la puerta que llevaba al salón donde había visto por primera vez a Franz Molinari.

Una puerta de ese pasillo se abrió, y dos hombres aparecieron. La miraron con muy relativo interés, sin hacer el menor comentario o reaccionar por verla libre. Llevaban pistolas en sus sobacos, era fácil para ella notar el ligero bulto que tan bien conocía. Ni siquiera se molestaron en cerrar la puerta por la que habían salido, y Brigitte, calculando que aún disponía de unos minutos, decidió echar un vistazo: siempre es conveniente saber dónde se está.

Otra sala, más pequeña. Una puerta al fondo. La abrió. Otro pasillo… Inmediatamente comprendió que aquel lugar estaba construido en forma de H, con un pasillo central y dos más amplios a los lados, en cada uno de los cuales había habitaciones o dependencias… Una puerta de cristal traslúcido. La abrió… y se quedó mirando hoscamente el quirófano, magníficamente instalado. Meredith Collins estaba allí, hablando con dos hombres que parecían enfermeros. La miraron los tres, pero nadie dijo nada. Entró, recorrió rápidamente el quirófano, y salió, sin que le hubieran concedido posterior atención. Salió al pasillo de nuevo. Empujó otra puerta y vio el quirófano más pequeño. Ni siquiera se molestó en examinarlo… ¿Para qué?

Estuvo abriendo puertas mientras algunos hombres iban y venían por el pasillo, sin hacerle el menor caso en ningún momento. Todo lo más, alguna mirada naturalmente admirativa. Eso fue todo.

Por fin, llegó a la puerta del fondo de aquel pasillo, igual que la puerta del salón de Franz Molinari. La empujó, pero no cedió. Frunció el ceño. Golpeó cuidadosamente con los nudillos. Sonrió secamente al notar la solidez de aquella puerta. Debía estar forrada de chapa de acero, seguramente.

Insistió en mover el pomo del pestillo automático, pero la voz sonó dentro de su cabeza:

—Suficiente. Aquí no debe entrar.

Brigitte insistió en mover el pomo, tercamente, obstinada. Y al instante, aquel dolor atroz vibró una fracción de segundo dentro de su cabeza. Saltó hacia atrás como si hubiera recibido una descarga eléctrica, lanzando un alarido…

—¡AAaaAAA…!

Estuvo a punto de caer, pero, afortunadamente, el dolor cesó en

seguida. Se quedó tambaleante, mirando con ojos desorbitados aquella puerta.

—¿Todavía no ha comprendido? —dijo la voz en su cabeza—. Ese dolor, sostenido durante cuatro o cinco segundos es suficiente para matarla. ¿Es eso lo que quiere?

—No —musitó Brigitte, casi temblando.

—Entonces, aléjese de aquí. Franz Molinari la está esperando.

Un poco pálida, Brigitte salió de aquel pasillo. Poco después empujaba la puerta del salón de Franz Molinari, y entraba. La iluminación era suave, sedante, muy adecuada… Se quedó mirando atónita a su alrededor… No parecía el mismo salón. Y habría creído que se había equivocado de puerta si no hubiese visto el pedestal, del cual brotaba en aquel momento el sillón de seda roja, giratoria, con Franz Molinari sentado en él.

—Es usted puntual —dijo Molinari—. Así ha de ser. ¿Está sorprendida por algo?

—Relativamente. Antes había cuadros en éstas paredes… Y ahora sólo veo mapas.

En efecto: grandes mapas luminosos de todo el mundo. En algunos puntos se veía encendida una lucecita roja, y había también dos verdes. Éstas correspondían a las capitales de dos de los nuevos Estados africanos. Las luces rojas estaban encendidas en Nueva York, Berlín, Londres, Shangai, Tokio, Roma, Madrid, París, Buenos Aires… Ciudades grandes. Había no menos de veinte de éstas señaladas con las luces rojas. Luego, estaban señaladas también ciudades más pequeñas. El conjunto de luces, formaba una tupida red que abarcaba todos y cada uno de los cinco continentes.

—A su debido tiempo, sabrá la utilidad de estos mapas —dijo Molinari— y lo que significan las luces rojas y verdes.

—¿Por qué no ahora?

—Porque yo he dicho que a su debido tiempo. Debe acostumbrarse a obedecer, señorita Montfort.

—Lo intentaré —sonrió fríamente ella—. Aunque debo decirle que no estoy acostumbrada.

—Lo sé bien. Pero esto no es la CIA, entiéndalo de una vez. Aquí no se admitirán sus… genialidades. Vamos a sacar partido de ellas, eso sí, pero en beneficio nuestro, no por complacerla a usted. Si algo va mal, no nos limitaremos a expulsarla. ¿Lo entiende?

—Desde luego. ¿Mi cabeza…?

—También eso lo sabrá a su debido tiempo. Ahora, señorita Montfort, quiero el microfilm que usted le quitó a Omar Jarfa en Túnez.

—¿Tiene algo que ver con usted, acaso?

—No, no… Ni Omar Jarfa ni el microfilm tienen nada que ver conmigo. No directamente, al menos. Pero creo que ya le dije que, como otros agentes secretos, mis hombres iban detrás de ese microfilm, y precisamente debido a que usted lo consiguió, y se fue con el helicóptero, pudo ser localizada posteriormente en «Villa Tartaruga».

—Recuerdo muy bien eso. ¿Para qué quiere el microfilm?

—Para negociar con él, evidentemente.

Brigitte parpadeó. Se quedó mirando en silencio a Franz Molinari durante unos segundos. Con sus cincuenta años, rollizo, fuerte, sus grandes orejas, su mandíbula recia en la cual asombraba aquella pequeña y repulsiva boca cruel, resultaba un tipo notable de aspecto, pero no parecía ser un personaje importante. Ni siquiera su casaca verdosa de cuello alzado, y el monóculo que brillaba más que sus cortos cabellos tan bien planchados y peinados con raya en medio, conseguía dar a Franz Molinari un aspecto en verdad importante. Fachada… Ya lo había dicho Brigitte el día anterior: pura fachada.

—No me diga —musitó al fin— que se dedica usted al espionaje privado, Molinari.

—¿Por qué no?

—Usted no tiene la suficiente talla para eso.

—Es cierto… —rió Molinari—. ¡Es cierto! Yo me dedico a algo mucho más importante, agente Baby… ¡Muchísimo más importante! Pero no suelo desaprovechar la ocasión de vender informes a personas que puedan sentirse interesadas. Es un modo muy cómodo de ganar buenas cantidades de dinero. La mayoría de los espías a los que he… interceptado estaban en posesión de datos muy interesantes, que yo he sabido aprovechar. ¿Entiendo que usted pensaba pedir quinientos mil dólares a la CIA por el microfilm de Omar Jarfa?

—Sí.

—¡Bien! Yo pediré un millón. Siempre se está a tiempo de

rebajar el precio. ¿Dónde lo tiene?

—No pienso entregárselo.

—Vamos, vamos —rió Molinari—. ¿Está bromeando, Baby? ¿De veras piensa resistirse a cualquier cosa que yo le pida?

—Con todas mis fuerzas.

—Bien… Usted lo ha querido. Espero que después de esto comprenda de una vez por todas que usted es sólo uno de mis minicerebros. ¿Preparada?

Brigitte no tuvo tiempo ni siquiera de abrir la boca. No para hablar, al menos. Pero sí la abrió para lanzar un aullido de dolor cuando aquella sensación nació de pronto en su cabeza, con tal intensidad que cayó de rodillas, como si todos sus músculos hubieran dejado de funcionar instantáneamente. Estaba aullando con todas sus fuerzas cuando el dolor cesó, de pronto… Se encontró tendida de bruces en el suelo, jadeando… Oía su agitada respiración, y de nuevo notaba el sudor en su frente.

Alzó la cabeza y miró a Franz Molinari con expresión, aterrada absolutamente.

—Se lo daré… —jadeó—. ¡Se lo daré!

—Por supuesto, querida señorita. ¿Lo tiene aquí, o quizá lo dejó en el «Hotel da Praia»?

—Lo tengo… aquí, en mi… maletín…

—Ah… ¿El curioso maletín rojo con flores azules?

—Sí…

—Bien. Lo tendrá en sus manos dentro de un minuto. Mientras tanto, repóngase.

Quedaron los dos silenciosos. Molinari no había dado orden alguna, pero casi un minuto más tarde un hombre entró en el salón, con el maletín de la espía, a la cual se lo entregó, obedeciendo una seña de Franz Molinari. El hombre se retiró, y Molinari dijo, sonriendo:

—Es un interesante maletín, que ha sido examinado concienzudamente, señorita Montfort. No ha sido alterado, de modo que sigue conteniendo los trucos que hemos podido descubrir en él. Pero, si quiere seguir así de tranquila, será mejor que se limite a sacar el microfilm.

—Sí… Sí…

Abrió el maletín, pensando en recurrir a alguno de los trucos

que contenía. Sabía muy bien que Molinari o sus hombres no habían podido descubrirlos todos. Podía matar a Molinari en menos de un segundo. Pero… ¿y después? Estaba ya convencida de que, cualquiera que fuese la causa de aquel atroz dolor en su cabeza, no era Molinari quien ejercía el control. No en aquel momento, al menos. Por tanto, la muerte de Franz Molinari no la libraría de morir a continuación, bajo el insufrible, brutal dolor al que estaba tomando un pánico total.

De modo que se limitó a sacar el microfilm del doble fondo roscado de su estuche de carmín, ante la sonriente y, en cierto modo, admirativa mirada de Molinari, que tendió una manó hacia ella.

—Espero que sea el auténtico —sugirió.

—Tengo… un visor aquí mismo… Si quiere examinarlo…

—No, no… Tengo personal adecuado para eso, y se ocupará del asunto mientras usted está fuera de «Lúa Vermelha».

—¿Voy a salir de aquí?

—En efecto —rió Molinari—. No sólo de este sótano, sino de la villa. Tiene que ir a buscar a su amigo, el jefe de Sector de la CIA, y traerlo aquí…, naturalmente, sin decirle nada sobre esto. Lo va a traicionar. Eso es todo. ¿Comprende?

—Sí.

—¿Tiene algo que oponer?

Brigitte se pasó la lengua por los labios. Pensó en aquel dolor que ya había experimentado varías veces, y movió la cabeza.

—No… —musitó roncamente—. No tengo nada que oponer.

—Magnífico. Por cierto: ¿quién es ese hombre, y de qué Sector es jefe?

—Se llama… Charles Pitzer. Jefe del Sector de Nueva York.

—¡Nada menos que de Nueva York! ¡Espléndido! Eso facilitará mucho las cosas en relación a nuestros servicios en Canadá… Entiendo que es jefe del Estado de Nueva York, no de la ciudad solamente.

—El Sector abarca aún más que el Estado de Nueva York. Las divisiones de Sector realizadas por la CIA no corresponden a las fronteras estatales.

—Claro… Bien, su amigo de Lisboa, ése al que usted llama Simón, la está esperando fuera, en un coche. La llevará a Estoril,

donde recogerán al señor Pitzer. Y ahora, hablemos de su amigo de «Villa Tartaruga». Como ya le dije, quiero que lo mate…

—¡No! —gimió Brigitte.

—Debe matarlo. —Frunció el ceño Molinari—. Usted dijo que él la encontraría, de modo que déjese encontrar y mátelo. Es un hombre demasiado peligroso para dejarlo rondando por aquí. ¿Está claro? ¿Qué le ocurre a usted?

—Nada —murmuró Brigitte, muy brillantes los ojos.

—¿Obedecerá?

La espía internacional asintió con la cabeza, cerrando los ojos… Y al juntarse los párpados, dos gruesas y transparentes lágrimas se deslizaron por sus mejillas, recogiendo la tenue luz del salón.

—Asombroso —susurró Molinari—. ¿Está usted llorando?

—Sí.

—Pero… ¿quién es ese hombre? ¿Qué ocurre con él? ¿Entiendo que realmente lo… ama?

—Sí.

—Es fantástico… Dígame de una vez: ¿quién es él?

—Número Uno. Y si no sabe quién es Núm…

—¡Claro que sé quién es! —chilló Molinari—. ¡Número Uno nos ha… adelantado a nosotros muchas veces en negocios de espionaje, nos ha matado algunos hombres, nos ha burlado llevándose documentos y microfilms que nosotros pensábamos conseguir para venderlos…! Es un espía que trabajó para la CIA, según se dice, y que la mayoría de la gente considera muerto. Pero nosotros hemos tenido tropiezos con hombres que le sirven, y conseguimos que mencionaran su nombre antes de matarlos… ¿Está segura de que es él?

—Completamente segura. Y puesto que usted sabe cuánto vale él en verdad, Molinari, quizá preferiría conservarlo vivo, convertirlo en uno de sus… minicerebros…

—Usted está buscando que de un modo u otro lo deje vivo… ¡No! ¡Mátelo!

—Es el mejor espía del mundo. En la organización de usted le proporcionaría muchos éxitos que ningún otro agente podría conseguir.

—La tengo a usted —sonrió Molinari—. Nada menos que a la agente Baby. Es suficiente.

—Yo no soy nada… Nada. Comparada con Uno, yo no soy nada, Molinari. No hay en el mundo nadie como él…

—¡Es demasiado personaje, para tenerlo bajo control! Usted es muy peligrosa, ciertamente, y lo ha demostrado matando a varios de mis hombres, pero… es controlable. Hay cosas que usted misma parece ignorar de Número Uno, cosas que ha hecho y que nadie podría creer…

—Él es demasiado modesto para contarme todo lo que hace, o, al menos, cómo lo hace. Nunca se da importancia cuando está conmigo. Pero sé que es importante… Molinari, piénselo: no encontrará ningún hombre como Uno en todo el mundo. Él podría…

—¡Quiero que lo mate! ¡Y no hay más que hablar, señorita Montfort! Puede retirarse.

—Es usted un necio… Podría matarme a mí y quedarse con él… Saldría ganando.

—¿Está sugiriéndome que usted es capaz de dar su vida por Número Uno? En tal caso, quizá prefiera morir a matarlo… ¿Va a hacer eso? ¿Va a preferir morir del modo que usted sabe antes que matar a ese hombre?

Brigitte se estremeció.

—No… No sé… No lo creo. Si fuese de otro modo…

—Pues si no lo mata, ya sabe cómo morirá usted. Y le aseguro que puedo prolongar ese dolor incluso durante un minuto antes de matarla. Piénselo bien. Y sepa que en todo momento estará bajo control en todos los sentidos. Y otra cosa: si se le ocurriese la buena idea de querer… investigar lo que hay en su cabeza, dese por muerta. Ahora, vaya a cumplir mis órdenes.

Una puerta que hasta entonces no había visto Brigitte se abrió, a la derecha de Franz Molinari, entre dos grandes mapas. Brigitte fue hacia allí, vio el tramo de escalones, y emprendió la ascensión, lentamente.

Unas cinco yardas más arriba estaba la trampilla; la alzó y salió al garaje, donde un par de hombres la miraron con indiferencia. Afuera se veía el coche con el remolque que llevaba la lancha motora. Un poco más allá, otro coche, ante cuyo volante distinguió a Simón. Más allá, la casa, con un par de ventanales iluminados. Uno de los hombres señaló hacia el coche de Simón, y eso fue todo.

Brigitte fue allá, entró en el coche, sentándose junto a Simón-Lisboa, y tomó la pistolita que éste le entregó: la suya propia, la de cachas de madreperla.

—Sea bien venida al grupo de los traidores, Baby —musitó sombríamente Simón.

Ella lo miró. Sabía ahora que Simón no era un traidor, sino un minicerebro, como ella misma. Y seguramente ocurría lo mismo con Meredith Collins. Y había ocurrido lo mismo con los Simones que quisieron matarla en «Villa Tartaruga»… Si ella estaba dispuesta a matar a Número Uno…, ¿qué no estarían dispuestas a hacer otras personas?

—¿No se puede… hacer nada, Simón? —Tembló su voz.

—Nada.

—Bien… Entonces, llévame a cumplir mi parte de traición.

Capítulo II

—Nos sigue un coche, me parece —dijo Brigitte.

—Lo sé. Siempre nos sigue un coche, cuando vamos a hacer algo… Son los supervisores. Los encargados de asegurarse de que las órdenes son cumplidas. Además, cuando la distancia es demasiada entre el lugar de la misión y «Lúa Vermelha», ellos llevan el control.

—¿En qué consiste el control?

—Es un aparato que… ¿No se lo han explicado?

—No.

—Entonces, ya lo harán.

—Pero usted puede ahora decirme…

—No… Se lo ruego, Baby. Si ellos no le han dicho nada sobre esto, es que aún no quieren que lo sepa. Y no seré yo quien se arriesgue otra vez a… a eso que usted sabe.

—Entiendo… —Se estremeció Brigitte—. ¿Nos están oyendo en este momento?

—Desde luego. Vayamos adonde vayamos, ellos siempre nos oyen, si tienen cerca uno de esos aparatos. Y al mismo tiempo, les sirve para darnos las órdenes.

—¿Pero qué proceso…?

—¡Por favor, no me pregunte nada! —gritó Simón—. ¡Ya se lo dirán cuando lo consideren oportuno!

—Está bien… No quiero perjudicarlo, Simón.

Llegaron al cruce, y Simón condujo hacia Estoril. Pronto vieron su alegre iluminación… En el mar se veían las luces de varias embarcaciones. El ambiente era alegre, agradable. En la reciente noche, el perfume del mar parecía tomar más intensidad, más fuerza, como si pudiera extenderse mejor. A la derecha de ellos se veía un buen trozo rocoso de costa, con algunos pinos que crecían inverosímilmente altos, clavadas sus raíces en la pura roca… La

luna llena, de aquel color rojizo, convertía el mar en un grandioso espejo que parecía de cobre. En determinado momento, el aire marino llevó una canción, acompañada con música de guitarra hasta el auto que se deslizaba velozmente por la carretera de la Costa do Sol…

—¿Es un fado? —musitó Brigitte.

—No… Una saudade.

—Es… muy triste. ¿Por qué los portugueses aman las canciones tristes?

—No lo sé.

—Quizá no amen la tristeza en sí… —musitó Brigitte—, sino el contraste entre su alegría y el romanticismo de una tristeza de amor… Supongo que no está usted casado, Simón.

—No.

—¿Pero ama a alguien?

—No.

—Entonces…, no sé si compadecerle… o envidiarle. Todo es más fácil cuando no se ama. Se está un poco como… como muerto, pero es más fácil. ¿Cómo ha dicho…, saudade?

—Sí.

—No tiene ganas de hablar, ¿verdad?

—No.

Brigitte quedó silenciosa. Volvió a mirar hacia atrás, y vio un par de coches: es decir, sólo vio las luces. Uno de ellos iba ocupado por hombres de Franz Molinari, pero sabía que no podría hacer nada. Quizá matarlos, desde luego. Pero no ganaría nada con ello. Moriría igual. Aunque…, ¿no sería mejor eso que matar a Número Uno?

Se estremeció con tal fuerza al pensar esto, que Simón volvió la cabeza hacia ella. La miró, vaciló, se mordió los labios, y regresó toda su atención al volante.

«Ojalá Uno no haya venido —pensó Brigitte—. ¡Ojalá no haya venido a Estoril!».

Pero Número Uno estaba en Estoril. Era inevitable, y ella lo había sabido en todo momento. Número Uno estaría siempre, siempre, allá donde la agente Baby pudiera necesitarlo. Sólo que en aquella ocasión, su fidelidad, su entrega total, su amor por la espía, iba a recibir un pago injusto…

Apenas se había detenido el coche en el *parking* del «Hotel da Praia» cuando una de las portezuelas de atrás se abrió, y el hombre vestido de negro se coló en el interior. Simón no tuvo ni tiempo de respingar: la punta de una pistola tocó un instante su nuca, y luego, aquella voz calmosa, fría y muy clara, ordenó:

—Las manos en la nuca inmediatamente. Si intenta salir del auto, lo mato.

Simón obedeció, mientras Brigitte se volvía en el asiento.

—Uno —susurró.

—¿Estás bien? —preguntó Número Uno, con voz tensa.

—Claro… Yo siempre estoy bien, querido. Oh, él es uno de mis Simones. No hay cuidado, Uno.

—Lo pensé; pero no podía estar seguro. Usted, Simón, puede respirar tranquilo. Si es amigo de Baby, es amigo mío.

—Gracias… —suspiró Simón-Lisboa—. ¿Puedo bajar las manos a su posición normal?

—Desde luego. ¿De dónde venís? —preguntó Uno a Brigitte.

—Es largo de contar… Y éste no me parece el lugar más adecuado. Será mejor que nos alejemos. En realidad Uno, he venido a recogerte. Tengo muchas cosas que decirte, y, en especial, una que va a gustarte…, espero.

—¿Qué cosa?

—Respecto a tu oferta de matrimonio, yo… he recapacitado, y… acepto. Es una tontería negar que nos amamos. Entonces…, ¿por qué no casarnos y vivir juntos siempre?

—Querida… ¡No sabes la alegría que siento en este momento! Para mí, eso es lo más importante del mundo. Podemos dejar las cosas tal como están, y marcharnos… ¿Qué nos importa todo lo demás? ¡Que se las arregle cada cual con sus problemas! Tengo un coche alquilado en…

—No puedo dejar esto así, mi amor. Tenemos que hablar… Y tendrás que ayudarme, como otras veces. Sólo quiero acabar este trabajo que puede perjudicar mucho a la CIA. Luego, nos iremos.

—Está bien… Pero no creo que la CIA vaya a agradecer tu esfuerzo. Y hablando de la CIA: ¿sabes que tienes aquí, en el hotel, a tu jefe del Sector de Nueva York?

—¿Lo has visto?

—¡Por supuesto! —rió secamente Uno—. Va acompañado de un

tipo alto y atlético con cara de pocos amigos… Supongo que están esperando algo importante.

—A mí —aclaró la espía—. Pero ellos pueden esperar. Voy a venderles el microfilm de Omar Jarfa.

—¡Estupendo! —rió Uno—. ¡Medio millón de dólares más que tendremos nosotros para disfrutar! ¿No te decides a pedirles un millón?

—Lo pensaré… Vámonos, Simón. Busque un sitio tranquilo… Aquella parte rocosa de la costa estará bien. Quiero hablar con Número Uno fuera del coche, con tranquilidad, viendo muy bien todo lo que me rodea… Vámonos.

Simón puso el coche de nuevo en movimiento. Salieron en seguida del *parking*, mientras Uno, fruncido el ceño, refunfuñaba:

—¿Era necesario decirle a tu Simón que soy Número Uno? Para todos los efectos, estoy muerto. No veo por qué ha de saber la CIA que estoy vivo.

—Simón no dirá nada. Tenemos un pacto especial él y yo. No te preocupes.

Dejaron, atrás el hotel, la avenida playera, las luces de colores… Brigitte se volvió varias veces en el asiento, sonriendo. Y una de las veces, Número Uno también se volvió, para mirar por el cristal zaguero. Quizá vio las luces del coche que iba detrás… Quizá. Encendió un cigarrillo.

—Respecto al hombre que está ahora con un brazo roto en un hospital —preguntó de pronto—, ¿crees que hiciste bien?

—No comprendo —murmuró Brigitte.

—Es mi amigo, el hombre que te dije que podía ayudarte en Estoril, querida. Te reservó la *suite* en el «Hotel da Praia», siguiendo las indicaciones de un telegrama mío. Estuve a verlo, y me dijo que te vio entrar en el hotel, que consideró que todo iba bien, y que se dedicó a vigilar el exterior. Luego, te vio salir, se acercó a ti para ofrecerte sus servicios y… le rompiste un brazo.

—Lo lamento… No sabía que fuese él, Uno. No hacía ni veinte minutos que otro hombre había querido matarme en mi *suite*… Creí que podría formar parte del mismo grupo.

—Entiendo —rió Número Uno—. La explicación no va a gustarle mucho a mi amigo, pero tendrá que aceptarla. ¿Dónde has estado? Llegué ayer, y me he vuelto loco buscándote.

—Encontré «Lúa Vermelha». Es una villa muy bonita.

—¿Qué hay allí?

—No sé si querrás creerlo cuando te lo explique, Angelo.

—Emmm… Bueno, yo siempre creo lo que tú me dices. ¿Qué viste en «Lúa Vermelha»?

—Hay un sótano muy interesante, al cual se entra por una trampilla del garaje. Un sótano en forma de H mayúscula. Parece que hay allí bastantes de los agentes desaparecidos de algunos servicios de espionaje. Un cuarto misterioso, al cual no se puede entrar… Y un hombre muy interesante, llamado Franz Molinari. Es rollizo, lleva monóculo, y una casaca verdosa, con cuello duro. Impresionante.

—¿A qué se dedica?

—No lo sé exactamente. Lo que sí sé es que ejerce un gran control sobre todas las personas que hay en «Lúa Vermelha». Algo… sorprendente. Simón y yo hemos estado vigilando toda la noche pasada y el día de hoy, y aún no sabemos muy bien a qué atenernos. ¿No es así, Simón?

—Sí… Así es.

—Pero ¿qué hay dentro de ese sótano?

—Te digo que no lo sé.

—Bien… ¿Dónde está «Lúa Vermelha»?

—Oh, allá iremos pronto. Pero antes quiero explicarte cómo están las cosas. Espero que podrás ayudarme. En mi opinión, aunque quizá resulte un tanto precipitada, no hay nada absolutamente en «Lúa Vermelha» que merezca salvarse… Estamos llegando. Salga de la carretera, Simón, y vaya hacia las rocas. Número Uno y yo queremos hablar con tranquilidad. Usted vigilará que nadie nos interrumpa.

—De acuerdo.

Salieron muy pronto de la carretera. Simón llevó el coche hacia el grupo de altísimos pinos que crecían en la roca viva, lo detuvo, y apagó todas las luces. Brigitte fue la primera en apearse, y en seguida lo hizo Número Uno. Por último, Simón, que se acercó con ellos al mar. Se sentó sobre una roca, casi a la misma distancia del coche que de Brigitte y Uno, que se sentaron sobre unas rocas, casi al borde mismo del agua, que rugía bonachonamente abajo, salpicándolos.

—Es un hermoso lugar —sonrió Número Uno—. Pero no para hablar de espionaje, querida. Más bien, de amor.

—Hablaremos de amor cuando esto termine. Sólo que, para ti, esto está terminando ya, Uno.

Mostró la pistolita, en su diestra, apuntada al corazón del espía masculino. Número Uno quedó petrificado, absolutamente desconcertado.

—¿Qué te ocurre?; —musitó—. ¿Qué haces? ¿Por qué me apuntas con tu pistola?

—Tengo… tengo que matarte —gimió ella.

—¿Tienes… que matarme? ¿A mí? Brigitte: ¿qué dices?

—Uno, perdóname… ¡Perdóname! No quisiera tener que hacerlo, y no lo haría si sólo se tratase de mi vida… Pero mi muerte sería horrible; no podría soportar ese dolor en mi cabeza… No… no tengo fuerzas para morir así…

—¿De qué estás hablando?

—No… no lo entenderías; ni tengo tiempo para explicarte. Tengo que ir a buscar a mi jefe del Sector de Nueva York, y luego ir a «Lúa Vermelha», hacia Cascáis, después del cruce… No está lejos, pero no puedo… perder tiempo. Uno, te lo ruego, perdóname… ¡Perdóname!

—Brigitte, no es cierto… No vas a disparar contra mí… ¡No tú, Brigitte! Por Dios… Puedo aceptar la traición de cualquiera de este mundo, pero no la tuya… ¡Tú no, Brigitte, tú no! No es por mi vida, es por ti misma… Brigitte, soy Uno… Querida, no puedes…

—¡Cállate! —gritó ella, temblorosamente—. ¡Cállate!

—Dime qué te ocurre… Te ayudaré, como siempre. Brigitte, algo te pasa, algo nuevo… Dímelo, y yo…

—¡Tengo que matarte, eso es todo!

Número Uno suspiró profundamente.

—Muy bien… —susurró—. Adelante: mátame.

La espía adelantó más la mano, que, de pronto, comenzó a temblar fuertemente: Y, bruscamente, Baby dejó de apuntar a Número Uno, escondiendo el rostro entre las manos.

—¡No puedo! —sollozó—. ¡No puedo matarte, no puedo hacerlo, no podré jamás…!

Uno quiso acercarse más a ella, pero Simón saltó hacia él, pistola en mano, apuntándolo.

—¡No se mueva de ahí! —ordenó.

—Simón, algo le ocurre a ella, y nosotros…

—¡Quieto! ¡No quiero oír sus palabras, no me interesan en lo más mínimo! ¡Y ponga sus manos en la nuca!

Número Uno obedeció, en silencio. Brigitte continuaba llorando, con el rostro escondido entre las manos… De pronto, lanzó un alarido, y cayó de la roca, quedando arrodillada ante Número Uno.

—¡AAAaaaAAAAAaaAAAaaaa…!

—¡Brigitte! —exclamó Uno—. Brigitte, ¿qué…?

—¡Quieto! —volvió a ordenar Simón.

—¡Váyase al infierno! —Uno se arrodilló junto a Brigitte, y la abrazó, sin que ella dejase de gritar—. Brigitte, mi vida, ¿qué te pasa? ¡Brigitte!

—¡AAAaaa…!

De pronto, ella dejó de gritar, y quedó como muerta en los brazos de Uno, que le alzó el rostro y se quedó mirando las lágrimas que lo surcaban, abundantes, enormes…

—Querida… No es nada… Dime qué puedo hacer por ti, y lo haré en el acto…

—Uno, tengo… tengo que matarte —jadeó ella—. Pero no… no quiero hacerlo… ¡AAAAaaaAAAA…! Fue un alarido breve, porque el dolor volvió a cesar pronto. De nuevo quedó jadeante en brazos de Numero Uno, que la estrechó con fuerza. Miró a Simón, crispado el rostro, acariciando la cabeza de Baby.

—Simón, ¿qué le pasa a ella?

—¿Quiere saberlo? —dijo agriamente Simón—. Pues se lo diré: está recibiendo la orden de matarlo, y al negarse, sufre unos dolores nerviosos que ningún ser humano puede soportar mucho tiempo. Si ella no le mata a usted, la va a ver morir de un modo horrible…, y, de todos modos, yo tendré que matarlo.

—¿Está diciéndome que ella puede morir… aullando de dolor, igual que aquél hombre en mi villa…?

—Exactamente.

Numero Uno apartó a Brigitte, recogió su pistolita del suelo y se la puso en la mano.

—Brigitte, no quiero que sufras más: dispara.

Tras colocar la pistolita en manos de Brigitte, se puso en pie, apartándose de ella, que había dejado de gritar, y jadeaba de nuevo

angustiada, lleno de sudor y de lágrimas el rostro.

—No… No, Uno, no…

—Dispara.

—¡No quiero matarte!

—Y yo no quiero que mueras tú. Sólo se trata de elegir: mi vida o la tuya. Yo elijo la tuya, mi amor. De todos modos, Simón me mataría. ¿Por qué has de morir tú? ¡Dispara!

—No… Uno, no puedo… ¡Es que no puedo disparar contra ti!

—¡Tienes que hacerlo! Si no disparas, morirás tú, y yo estoy condenado a morir de todos modos. Prefiero que me mates tú, en lugar de tu Simón… Sé que te resultará fácil acertarme en el corazón. Adiós, Brigitte.

—¡Dios mío, no puedo! ¡No puedo hacer eso, no p… AAAAaaaaaaAAAaaa!

Volvió a caer de rodillas, oyendo la voz de Número Uno, pidiéndole que disparase. El dolor cesó de pronto de nuevo, y, a través de las lágrimas y del sudor que entraba en sus ojos, Brigitte vio a su amigo y compañero señalándose el corazón. Su voz parecía llegar de muy lejos:

—¡Dispara! ¡Dispara, Brigitte; dispara…!

Se puso en pie, tambaleándose. Le parecía que todo su cuerpo era de plomo, y la sola idea de volver a sentir aquel dolor la estremeció con tal fuerza, que la pistola casi saltó de su mano.

—¡Dispara! —gritó Uno, ronca la voz.

Plop.

Número Uno se encogió, llevándose las manos al vientre.

Plop.

El mejor espía masculino del mundo giró sobre sí mismo, para caer de rodillas al borde de las rocas, quedando de lado con respecto a Brigitte, que lo miraba cómo alucinada. Las manos de Número Uno se crispaban en el vientre, y en su rostro, se veía la tirantez de las facciones que él quería mantener serenas.

—Todavía… estoy… vivo…

Plop.

Número Uno se estremeció cuando la bala dio sobre su corazón y cayó de bruces. Sólo estuvo inmóvil un par de segundos, antes de volverse a arrodillar, tendiendo las manos hacia delante.

—Brigitte, to-todavía… to… da… vía estoy… estoy…

Plop.

Número Uno saltó hacia atrás, desapareciendo hacia el mar. Y como lúgubre sonido de fondo, el romper del agua contra las rocas, abajo, a menos de tres yardas.

Brigitte quedó inmóvil, con la pistola todavía en alto. Estaba tan pálida cómo un cadáver, desorbitados los ojos. Cuando Simón la tocó, tuvo la impresión de que la linda muchacha era de piedra helada.

—Baby, vámonos —musitó roncamente—. Hay que ir a buscar al hombre que ha llegado para verla a usted, al jefe de Sector…

La ayudó a llegar al coche. Parecía que la espía fuese una sonámbula, o un auténtico robot cuyos movimientos no podían ser perfectos de ninguna manera. Se sentó en el coche, ayudada por Simón, que pasó en seguida al volante.

—Serénese. Todavía no ha terminado su trabajo. Tenemos que volver al «Hotel da Praia», a buscar al jefe de Sector… Baby, tiene que sobreponerse.

—Estoy bien… —habló ella, con voz extraña—. Muy bien, Simón. Vamos a por Charles Pitzer.

Y, de pronto, se echó a llorar violentamente, con un sentimiento tal que Simón quedó sobrecogido, aterrado. Segundos después, el coche se alejaba de allí, regresando hacia Estoril.

Y apenas hacía medio minuto que se había alejado, cuando llegó otro coche. Dos hombres saltaron inmediatamente de él y corrieron hacia la costa rocosa, asomándose. Abajo, la negra figura de Número Uno se veía sobre una roca, de bruces, con la boca y los hombros bajo el agua en aquel momento, meciéndose, como si no pasase nada…

—Lo ha matado, en efecto —sonrió uno de los hombres—. Sin trucos.

—Rematémoslo —dijo el otro.

Plop… Plop… Plop…

Al tercer disparo, el cuerpo de Número Uno había resbalado ya sobre la roca, desapareciendo bajo las negras aguas matizadas de color de Lúa Vermelha… Como suele decirse, nadie es eterno.

Capítulo III

—En efecto —dijo el conserje—. Llegaron dos caballeros preguntando por usted, señorita Montfort. Por cierto, que pensábamos avisar a la Policía de su ausencia, temiendo que le hubiese ocurrido algo —el conserje miraba como asustado a la pálida espía—. ¿Se encuentra usted bien?

—Sí… Sí, sí. Tuve un pequeño accidente de auto, pero me he repuesto en casa de unos amigos. No ha sido nada.

—Lo celebro de veras. Sus amigos ya me dijeron que no hiciera nada, que usted vendría, pero le aseguro que estuve a punto de avisar a la Policía…

—Ya ve que no ha ocurrido nada grave —intentó sonreír Brigitte —. ¿Dónde están ellos?

—Tuve que darles una habitación doble en el anexo, detrás… Me dejaron recado de que se lo comunicara a usted si venía o llamaba. Habitación treinta y uno. Un botones la acompañará.

—No es necesario, gracias. La encontraré.

—Tenemos un buen médico en el hotel, señorita Montfort. Si usted desea sus servicios…

—Es usted muy amable, pero estoy bien. Hasta luego.

Salió del vestíbulo del hotel y fue hacia el coche, donde la esperaba Simón.

—Están en la habitación treinta y uno del anexo. Espérenos aquí, Simón.

—¿No quiere que la acompañe?

—No.

—Tenga cuidado con lo que hace o dice… Recuerde que dentro de su cabeza no ocurre nada que Molinari no sepa.

—Sé muy bien que soy un minicerebro, y que me oyen… No cometeré tonterías. Después de matar a Número Uno, lo demás no tiene ninguna importancia para mí.

Se alejó del coche, rodeando el hotel, pasando cerca de la piscina, donde algunos jóvenes gozaban alegremente de la vida. Pasó a la parte de atrás del edificio, donde, al otro lado de un bonito jardín con acacias y arbustos de flores se veía el edificio de servicios anexos. Un edificio moderno, de cinco pisos, con muchas ventanas iluminadas. Desde el último piso, seguramente, se veía el mar. Pero no desde las terrazas de los otros, ya que el edificio principal ocultaba la vista.

No tuvo la menor dificultad en encontrar la habitación 31, en el tercer piso. Parecían seguir el sistema americano de numeración en los hoteles… Llamó al timbre, y no tuvo que esperar ni siquiera tres segundos:

La puerta se abrió, y Simón, el agente ayudante de Charles Pitzer en la floristería de Nueva York, se quedó mirando entre sonriente y preocupado a Brigitte.

—Hola, Simón —sonrió ella.

—Ave, Baby: los que vienen a morir te saludan.

Brigitte se alteró por un instante.

—¿A morir? ¿Por qué dice eso?

—Es una de mis bromas. Ya sabemos que estando con usted no hay peligro importante… Demonios: ¿no va a pasar?

La espía entró en el doble dormitorio cuando ya Pitzer, tras salir del cuarto de baño, casi corría hacia ella. Se detuvo en seco, de pronto, y se quedó mirándola, mientras Simón cerraba la puerta.

—¿Está jugando con nosotros? —Gruñó al fin.

—Me gusta usted, tío Charlie, porque siempre se muestra cariñoso y cortés conmigo.

—¡No me venga ahora con sus ironías! ¿Qué está ocurriendo?

—Nada, querido… Tranquilícese.

—Usted sabía que yo llegaría aquí esta mañana. Debió esperarme… El conserje nos dijo que anoche no durmió en el hotel. No sabe lo que nos costó convencerlo de que no debía hacer nada. ¿Dónde demonios ha estado y qué es lo que trama?

Brigitte se volvió hacia Simón, con expresión de desaliento.

—¿Se da cuenta, Simón? —suspiró—. Esta pobrecita espía jugándose la vida en beneficio de la CIA, y el señor Pitzer no sabe agradecerlo más que con gruñidos y censuras. ¿Estuvieron en mi *suite*?

—Naturalmente. Nosotros también sabemos abrir puertas —sonrió Simón, cuya simpatía hacia Brigitte no sufría jamás alteración alguna—. No vimos allí nada interesante. Ni siquiera su maletín, por lo que supusimos que lo llevaba usted, y que estaba metida en algo de envergadura. Por cierto: ¿dónde está su maletín?

—En «Lúa Vermelha».

—¿En…? ¿Dónde ha dicho?

—«Lúa Vermelha». Es una hermosa quinta perteneciente a un amigo mío.

—Uno de sus fantásticos amigos, supongo, claro —gruñó de nuevo Pitzer—. Bien, entraremos en detalles luego. Ahora díganos: ¿qué significa exactamente el telegrama que me envió?

—Bueno… Tengo un microfilm para vender a la CIA, y me pareció que usted era el intermediario más adecuado, tío Charlie.

Pitzer y Simón cambiaron una mirada, estupefactos.

—¿Quiere vender un microfilm a la CIA? —musitó, al fin, Pitzer.

—En efecto.

—¿Y nos ha hecho venir a Portugal sólo para esto? ¡Si usted quería que yo fuese el intermediario, sólo tenía que haberme visitado en la floristería, en Nueva York…! ¿Qué clase de estúpida broma es ésta?

—El microfilm le va a costar quinientos mil dólares, tío Charlie. Quiero que pida el dinero para que se lo envíen aquí, a nombre de usted, a este hotel. No me mencionará. Simplemente, dirá que le han ofrecido el negocio, y que usted ha aceptado.

—Sin mencionarla a usted, ¿eh?

—Exactamente.

—Me parece que la CIA hizo mal negocio al despedirla —casi rió Simón—. Se habría ahorrado estos quinientos mil dólares, por el momento. Y creo que algunos millones más de cierto asunto que…

—Limitémonos al asunto actual, Simón —cortó Brigitte—. Digan si aceptan o no aceptan.

—Creo que entiendo su jugada —murmuró Pitzer—. Usted se ha enterado de que Lisboa está quedando desmantelada, y ha elegido este terreno para su venta. Cobrará los quinientos mil dólares, se irá, y no quedará ni rastro de su paso.

—A excepción de su registro en este hotel —sonrió Simón—. Pero eso, señor, sólo usted y yo podríamos decírselo a los señores de

la Central. Nadie más puede imaginar que Baby está en Portugal y que es ella quien nos va a vender el microfilm. Luego, ella se irá con el dinero, nosotros con el microfilm, y Baby está convencida de que ni usted ni yo diremos que ha sido ella la vendedora.

—Magnífico, Simón —sonrió Baby—. Da gusto tratar con personas qué saben pensar. Bien, tío Charlie: ¿acepta?

—¿Qué contiene ese microfilm? —refunfuñó Pitzer.

—Sólo le diré que vale un millón. A la CIA le hago precio de… amigos. Y usted sabe que cuando Baby dice que un microfilm vale un millón, es que vale un millón.

Charles Pitzer parpadeó, clavados sus astutos ojos en la divina espía. Por fin, asintió con la cabeza.

—Es absurdo pensar que usted esté intentando engañarme a mí, Brigitte. La conozco bien. De acuerdo… Simón, redacte el telegrama clave para nuestra oficina principal de París.

—¿Pido el medio millón?

—¡Desde luego! Ya sabe cómo hacerlo. Ellos enviarán inmediatamente el dinero, y comunicarán a la Central de Washington lo que ocurre. Luego, a nuestro regreso a Estados Unidos, yo iré a Washington, entregaré el microfilm, y… tendré que decir alguna mentira, ¿no?

—Puede inventarse un agente —sonrió Brigitte—. Hay muchos que se dedican al espionaje de un modo particular.

—El solo hecho de mi intervención hará comprender a la Central que usted ha tenido algo que ver en el asunto.

—Lo sospecharán, pero eso será todo.

—Me pregunto por qué tengo que hacer esto por usted, Brigitte.

—¿Por mí? Querido —se enfrió un tanto la voz de Baby—, si no quiere comprometerse, olvidemos el asunto. Le aseguro que puedo vender el microfilm a cualquier otro servicio de espionaje. Y seguramente, por más de quinientos mil dólares.

Pitzer soltó otro de sus gruñidos.

—Redacte el telegrama para París —miró a Simón.

Tres minutos más tarde, de acuerdo a la clave establecida para petición urgente de dinero, el telegrama estaba redactado. Pitzer lo repasó, asintió con la cabeza y lo devolvió a Simón.

—Vaya a enviarlo…

—Iremos los tres, tío Charlie —dijo Brigitte—. Tengo afuera el

coche de un amigo… y el amigo al volante. Una vez puesto el telegrama, iremos a «Lúa Vermelha», y podré entregarle el microfilm.

—Ah —sonrió Pitzer por fin—. ¿Sin haber cobrado piensa entregarme el microfilm?

Brigitte hizo un delicioso mohín de enfado.

—A veces, tío Charlie, su ironía resulta tan insoportable como la mía.

Simón se echó a reír. Se puso la chaqueta, y fue el primero en llegar a la puerta. La abrió, dejó salir a Pitzer y a Brigitte, y salió un tanto torpemente, casi tropezando, pues cometió el error de dedicar su atención a las piernas de la espía, que lo miró socarronamente.

Poco después, llegaban junto a Simón, que los miraba con gran interés, sacando la cabeza por la ventanilla.

—Él es el señor Clarke —presentó Brigitte, mirando con intención a Simón-Lisboa—. Y ellos son los amigos que yo esperaba, Clarke. Iremos ahora a Telégrafos, y de allí directos a «Lúa Vermelha».

—¿Primero a Telégrafos? —musitó Simón—. ¿Está segura de lo que hace?

—Claro… Debe estar bien cuando no ha ocurrido nada que me indique lo contrario.

—Entiendo. Sí, desde luego, si el asunto no gustase usted habría tenido «noticias», sin duda.

Ya habían entrado los tres en el coche, y Clarke lo puso en marcha.

—Pues yo no entiendo nada —dijo Pitzer—. ¿De qué están hablando?

—Cosas nuestras, tío Charlie. No se preocupe. Sonrió fríamente, sentada junto a Simón-Lisboa-Clarke… Muy bien sabía ella que nada podía ocurrirle estando con Pitzer y Simón, pues en ese caso, ellos habrían comprendido que ocurría algo fuera de todo control, y, con toda lógica, no se habrían dejado llevar tan tranquilamente a «Lúa Vermelha». Franz Molinari, en suma, no había tenido más remedio que aceptar la jugada de ella, que debía haber oído perfectamente. De todos modos, con permitirla, Franz Molinari se aseguraba quinientos mil dólares, lo cual no estaba nada mal…

—Hermoso lugar —comentó Simón.

Acababan de apearse del coche, delante mismo del garaje, junto a la lancha motora. No se veía a nadie, pero Pitzer miraba a todos lados, interesado, entornando los ojos. Parecía un viejo buitre no poco inquieto, atento, como si esperase ver aparecer la carroña de un momento a otro.

—Pero a tío Charlie no le gusta mucho, según parece… ¿Qué está mirando, tío Charlie?

—No sé… Todo. ¿Vamos a la casa?

—Querido —rió Brigitte—, las casas son para personas normales, no para espías de nuestra categoría. Tengo algo mejor para ustedes, Vengan. ¿Baja usted también, Clarke?

—No… Tengo que quedarme por aquí.

—De acuerdo.

Entraron los tres en el garaje. Brigitte alzó la trampilla y señaló, sonriente, los escalones descendentes.

—¿Qué les parece?

—Muy propio de usted… —susurró Pitzer—. ¿Adónde llevan estos escalones?

—A un palacio subterráneo propio de «Las Mil y Una Noches»… Oh, vamos, tío Charlie, deje de comportarse como un novato desconfiado. Yo soy Baby… ¿O no?

Fue Pitzer el primero en comenzar el descenso. La última fue Brigitte. Mientras tanto, afuera, apenas medio minuto más tarde, se detenía el coche que los había estado siguiendo a ella y a Clarke desde que abandonaron «Lúa Vermelha» para cumplir su doble cometido: matar a Número Uno y atraer a la trampa al jefe de Sector de la CIA. Una trampa que funcionó a la perfección.

Sin encontrar a nadie en los escalones, que giraban, una sola vez, como un tornillo, llegaron abajo. Y junto a la puerta, Brigitte se limitó a murmurar:

—Estamos esperando.

La puerta se abrió, y los tres entraron en el gran salón de Franz Molinari. El cual, en esta ocasión, no estaba solo. Media docena de hombres, pistola en mano, se interponían entre su sillón giratorio de seda roja y los recién llegados.

Pitzer y Simón miraron vivamente a Brigitte, alarmados, incrédulos, mientras ésta atendía a Molinari, que decía:

—No me gustan sus iniciativas, señorita Montfort. Le dije que yo

pediría un millón de dólares por el microfilm.

—Me pareció mejor así, Molinari. Ellos conocen muy bien mi modo de actuar en todo momento. Si no les hubiese pedido dinero, habrían desconfiado. Saben que soy muy ambiciosa…

—¿Qué significa esto, Brigitte? —musitó Pitzer.

—En primer lugar, querido tío Charlie, significa que ustedes dos deben entregar sus pistolas. De lo contrario, temo que los matarán.

—No puedo creerlo… —susurró Simón—. ¡No puedo creer esto de usted, Baby! ¿Qué se supone que está intentando?

—Caballeros —intervino Molinari—: tengan la bondad de entregar sus armas. Tenemos que conversar. Pero no de la señorita Montfort, desde luego. Ella es solamente una de mis servidoras.

—¿Quién es ese loco? —jadeó Simón—. ¡Si piensan que voy a entregar mi pist…!

Hizo intención de sacarla rápidamente…, pero Baby fue mucho más rápida que él, lanzándole un tremendo golpe de karate al plexo solar, que derribó a Simón de espaldas, tras un par de tropezones… La espía saltó sobre él y le quitó la pistola en el acto, antes de que Simón hubiese conseguido reaccionar… Y fue ella misma quien apuntó a Pitzer, firmemente.

—Quieto, tío Charlie… —deslizó—. No mueva ni los párpados.

Lívido, Pitzer permaneció inmóvil, mientras Brigitte le quitaba la pistola, que no llevaba en el sobaco, como Simón, sino en el cinturón, al lado izquierdo. Un arma más pequeña que la de Simón, metida en una funda de piel negra…

—Magnífico trabajo, señorita Montfort, de veras —elogió Molinari—. Ahora, puede usted retirarse.

—¿No podría quedarme, Molinari? Quisiera saber ahora las cosas que antes le pregunté.

—Bien… ¿Por qué no? Ah… Debo felicitarla por su decisión al matar a Número Uno. Aunque debió hacerlo de buenas a primeras, sin aceptar los sufrimientos que le ocasionó su resistencia a hacerlo. Yo espero que haya aprendido definitivamente la lección.

—Así es, Molinari… La he aprendido.

—¿Número Uno? —murmuró Pitzer, mirando a Brigitte—. Entonces es cierto que está vivo, al fin lo admite…

—Lo estaba —corrigió Molinari—. La señorita Montfort fue tan amable de eliminarlo.

—¿Ella ha matado a Número Uno?

—En efecto, señor Pitzer. Bien… Creo que ha llegado el momento de aclarar esta situación. Supongo que están intrigados, de modo que voy a explicarles, a ustedes y a la señorita Montfort, cuál es su triste, negro, irremediable destino como minicerebros. De cuando en cuando me complace poder explicar a personas auténticamente inteligentes la grandiosidad de mis planes… ¿Ven esos mapas?

Capítulo IV

—Los vemos —dijo fríamente Pitzer.

—Son mis dominios.

—¿Sus dominios? —exclamó Simón, ya puesto en pie, dolorido—. ¡En esos mapas está todo el mundo!

—Exactamente, señor Simón: todo el mundo. Todos los continentes. Y no me he equivocado al decir que son mis dominios. La señorita Montfort me preguntó si yo me dedicaba al espionaje privado, exponiendo su opinión… un tanto ingenua de que yo no tenía talla para dedicarme a eso. Le dije que era cierto, que yo me dedicaba a algo mucho más importante: el dominio del mundo.

—Usted está completamente loco —sonrió Pitzer, igual que una hiena—. Debería estar en un manicomio, Molinari.

—Digamos que mi manicomio será el mundo. Dígame, señor Pitzer: ¿no es cierto que últimamente han desaparecido unos cuantos agentes de la CIA?

—Sí.

—¿Dónde cree que están?

—Escondidos, para escapar del castigo a su traición. O bien, asesinados por usted.

—Su jefe de Sector es inteligente, señorita Montfort. Valdrá la pena tenerlo en nuestras filas de minicerebros… Ha acertado en parte y ha fallado en parte… Lo cual quiere decir que también ha calculado todas las posibilidades… menos una, estoy seguro.

—¿Cuál? —se interesó Pitzer.

—La de que los traidores no sean los agentes desaparecidos, sino, precisamente, los que están en plenas funciones, los que no han desaparecido en ningún momento… demasiado prolongado.

—No comprendo…

—Yo le haré comprender. Pero antes, vamos a complacer a la señorita Montfort, que quiere saber cómo funcionan los

minicerebros. Al mismo tiempo, ustedes dos también quedarán informados de ello. Y ese conocimiento no se perderá cuando hayan sido operados, convertidos también en minicerebros.

—Loco de remate… —rió secamente Simón—. ¡Quien considere que Baby tiene un minicerebro, está loco, Molinari!

Molinari miró a Simón con el ceño fruncido.

—Supongo que se refiere usted a que una persona de la… prodigiosa inteligencia de la señorita Montfort no puede ser llamada minicerebro, palabra que indica… cerebro pequeño, escaso, corto… Algo así como minifalda, o sea, una falda muy pequeña. Por tanto, un cerebro muy pequeño. ¿Era eso lo que quería dar a entender?

—Exactamente.

—Bien. Sin embargo, la señorita Montfort es ahora una minicerebro. Aclararé esto… Ella continúa teniendo, desde luego, su prodigioso cerebro, absolutamente intacto, pero, además, dispone de un minicerebro que la coloca por completo bajo mi control. Ese minicerebro fue colocado bajo mi… supervisión dentro de su cabeza.

—Insisto en que usted está loco.

—¿No ha oído hablar de los microelectrodos, señor Simón? Me refiero a esos pequeñísimos aparatitos que, colocados en centros, neurálgicos de una persona, pueden influir en su voluntad… ¿No ha oído hablar de ellos? Han aparecido artículos al respecto en periódicos, revistas científicas y de entretenimientos o sensacionalistas… ¿De verdad no ha oído hablar de los microelectrodos?

Simón se pasó la lengua por los labios.

—Sí… He leído cosas sobre ellos…

—¿Se da cuenta? Pues bien: yo he conseguido un aparato muy especial basándome en ese sistema de controlar los impulsos cerebrales de cualquier persona. Es un aparato muy simple, diminuto, pero muy eficaz, que consta de dos partes… Una, conectada a cierto nervio, puede ser activada a distancia, de tal modo que la persona que lleva colocado el minicerebro experimenta tal dolor que quisiera morir. La otra parte es una mezcla de altavoz que lleva directamente las órdenes al oído del minicerebro, y de receptor de vibraciones que se producen cuando esa persona habla, de tal modo que todo cuanto diga es registrado en el control,

conocido por nosotros en todo momento. Entonces, el funcionamiento del minicerebro es así de fácil: una vez instalado, sólo hay que dar órdenes que la persona operada recibe dentro de su oído, de modo que sólo esa persona puede oírlas; también puede contestar, enviando las vibraciones al registro de control. Si esa persona que porta el minicerebro cumple las órdenes es dócil, se porta adecuadamente, no pasa nada. Si se rebela, puede morir en cinco o seis segundos, entre horribles dolores nerviosos que sólo quien los ha sufrido puede comprender; o bien, si la falta no es demasiado grave, o sólo se trata de dominar a esa persona, de… advertirle a lo que se expone, el dolor dura unas fracciones de segundo, quizá un segundo completo, o dos… Depende de lo disgustado que esté yo. ¿Han comprendido? En realidad, no es más que un sistema de electrodos que, en vez de estar fuera de la cabeza, están dentro. Es más cómodo y menos aparatoso. ¿De verdad han comprendido?

—Hemos comprendido… —murmuró Pitzer—. Y es cierto que se están haciendo experimentos en ese sentido, con electrodos exteriores. Pero no se ha llegado a tal perfeccionamiento que permita fabricar ese… minicerebro, Molinari.

—Yo sí he llegado a tal perfeccionamiento. A veces, es cuestión de suerte. Llevo muchos años dedicado a esa rama de la… medicina, podemos decir. Años enteros. ¿Saben que incluso tuve que estudiar electrónica, y los sistemas de transistores japoneses, tan diminutos…? Años enteros, se lo aseguro. Pero conseguí el minicerebro.

—No creo una sola palabra de lo que dice —dijo Simón roncamente.

—Hace mal en desconfiar de los adelantos de las diversas ciencias, señor Simón. ¿Por qué no lo cree? ¿Porque los científicos de Estados Unidos aún no han conseguido lo que he conseguido yo…, o no han dicho todavía al mundo que sí lo han conseguido?

—No lo han conseguido. Lo sabríamos. Lo sabría el mundo.

—¿Sí? ¿Por qué? ¿Por qué decirlo, señor Pitzer? Tomemos por ejemplo a los astronautas que han dado vueltas ya alrededor de la luna. Grandiosa hazaña, ciertamente, Pero yo me pregunto si dentro de las cabezas de esos hombres no habría unos minicerebros parecidos a los míos que les obligaban a tomar voluntariamente esa

misión… ¿Usted no cree que hace falta estar loco para meterse en un cacharro que va hacia la luna, señor Pitzer? ¿De veras no ha pensado nunca que esos astronautas podrían estar dominados por órdenes de los minicerebros que les habían sido colocados? ¿Cree que todo es simple y puro valor de esos hombres?

—¿Está sugiriendo que los astronautas que han aceptado esas misiones, o que se han ofrecido a ellas, viajando en el «Apolo», estaban controlados cerebralmente?

—¿No podría ser? La Ciencia es formidable en Estados Unidos. Prodigiosa. Observe los adelantos en todos los campos… Dentro de pocos días, conseguirán que un hombre o dos pongan el pie en la luna… No sé si esos hombres serán o no minicerebros de su Gobierno, señor Pitzer, pero sí es evidente que la cápsula llegará a la luna… No le sorprende eso, ni el valor de esos hombres… ¿Y le sorprende que unos aparatos como los electrodos, que ya existen, aunque en forma diferente a los que utilizo yo, puedan funcionar? ¿Realmente es usted ecuánime y sereno en sus pensamientos, señor Pitzer?

Hubo unos segundos de silencio, durante los cuales, Pitzer y Simón se miraron, miraron a Brigitte, que permanecía inmóvil, como ajena a todo, y, finalmente, volvieron a mirar a Franz Molinari.

—Quizá sea posible —musitó al fin Pitzer—. Pero no creemos que usted lo haya conseguido.

—¿Quizá les gustaría una demostración? Luego, cuando ustedes sean también unos minicerebros, ya no tendrán dudas, pero quiero que se convenzan de la verdad ahora mismo. La señorita Montfort será la encargada de…

—¡No! —gritó Brigitte, retrocediendo un paso—. ¡Yo no, Molinari, yo no…! ¡NO! ¡NO QUIERO… AAAAaaaAAAAAAA…!

Dio un grotesco, increíble salto en el aire, mientras lanzaba el grito de dolor que puso los pelos de punta a Pitzer y a Simón. La espía cayó de bruces, por fin, aullando, dándose tirones de los cabellos, golpeando el suelo, su propia cabeza… Y de pronto, quedó inmóvil. Estuvo así unos segundos como si ni siquiera pudiera respirar. Luego, bruscamente, comenzó a sollozar, alzando la cabeza, mostrando sus ojos llenos de lágrimas y terror, fijos en Molinari.

—No más… Ya no más —imploró—. ¡No quiero sentir más eso, no podría soportarlo…! ¡Por Dios…! ¡Por Dios, Molinari, ya le dije que haría todo lo que usted quisiera, todo, lo que sea…! ¡No me lo haga más! ¡No me…!

—Tranquilícese, señorita Montfort. Ni siquiera ha llegado a un segundo la demostración, tan necesaria.

—Ya no más. —Brigitte estaba de rodillas, con las manos tendidas hacia Molinari, temblorosas—. ¡Ya no más, por Dios!

Pitzer y Simón consiguieron salir por fin de la profunda impresión que sentían, y se acercaron a Brigitte, ayudándola a ponerse en pie. Ella ni siquiera los miró, no les hacía caso… Solamente miraba a Molinari, suplicando insistentemente que no le hiciera más aquello.

—Calma, querida… —gimió Pitzer—. Cálmese…

—Ya no más… No más… Por Dios lo pido…

Lloraba ahora más mansamente, de un modo tan copioso que su rostro estaba completamente mojado en lágrimas. Parecía una niña aterrada absolutamente, pero se fue calmando, hundida entre los brazos de Simón, acariciada su cabeza por la mano temblorosa de Pitzer…

—Parece que ustedes quieren mucho a la señorita Montfort —dijo de pronto Molinari—. ¿Acaso no es cierto que fue expulsada de la CIA?

—Molinari —lo miró Simón—: usted va a pagar esto muy caro… Todo cuanto le ha estado haciendo a Baby lo pagará con su vida, de un modo u otro, pero tiene que ser… algo salvaje, brutal, como usted se merece… ¡Lo enterraré vivo, maldito sea!

—¿Me enterrará vivo? ¿Se atreve a amenazarme…?

—¡Lo enterraré vivo, sí! —gritó Simón, ofuscado—. ¡Lo enterraré vivo, como a una bestia rabiosa…!

—Bien… De momento, acaba de darme usted una gran idea. Pero, hasta que la ponga en práctica, les pido su atención, a fin de que pueda acabar de explicarles cuál va a ser el medio a utilizar para convertirme en el amo del mundo… ¿Dispuestos a escucharme? Pues observen esos mapas… ¿Ven las luces rojas? —Brigitte se apartó de Simón, para mirar los mapas, ya calmada, pero latente el terror en sus ojos—. Pues cada una de ellas significa un personaje importante que está bajo mi control: o sea, minicerebros.

Son gente importante, de verás, aunque mucho menos que los representados por esas dos luces verdes en África… Cada una de esas luces verdes indica que el país que señalan está ya bajo mi control, debido a que sus respectivos presidentes son… minicerebros. Es decir, que ellos hacen en todo momento lo que yo les indico. ¿No es eso tener dominado un país?

Silencio.

Silencio absoluto.

Charles Alan Pitzer suspiró y asintió con la cabeza, musitando:

—Siga, Molinari.

—Con gusto. Observo que empiezan a impresionarse. Les voy a explicar el mecanismo que se sigue, el proceso que da lugar a esta situación. Lo primero que hacemos, es capturar agentes secretos de escasa importancia, de los llamados «normales». Y llamo «normales» a los que no son como Número Uno, como Baby, y como usted mismo, señor Pitzer, que tiene el mando del Sector de Nueva York… Agentes de escasa importancia relativamente, en fin. Esos agentes son sometidos a la operación que los convierte en minicerebros. Una vez hecho esto, resulta fácil obligarles a confesar todos cuantos secretos importantes conocen… Por este sistema, vamos llegando a personajes más importantes: altos diplomáticos, jefes de espionaje o seguridad, consejeros militares, generales que están dentro de secretos bélicos de sus países respectivos… Secretarios de presidentes, primeros ministros… Lentamente, vamos consiguiendo llegar hasta ellos, llevados de la mano de personajes menos importantes, pero, en los cuales los grandes hombres confían ciegamente. Sin ocurrírseles siquiera, claro está, que los hombres que hasta entonces han gozado de toda su confianza han sido convertidos en minicerebros. Supongamos, para que ustedes entiendan todo el proceso, que hemos conseguido llegar, por ejemplo, hasta un… amigo personal del presidente de los Estados Unidos. Ese amigo personal del señor Nixon es ya un minicerebro, evidentemente, al cual hemos llegado por otros amigos de él, por agentes capturados… ¿Van comprendiendo?

—Perfectamente.

—Magnífico. Bien… Entonces, ese amigo del señor Nixon lo invita a su quinta, a un fin de semana en su yate… Cosas así. También un presidente tiene vida privada y amigos personales, ¿no

es cierto? Por tanto, acude a casa de ese amigo, de ese consejero, de ese secretario… Va a pasar un fin de semana. Y allá, le están esperando nuestros especialistas, que en ese fin de semana dejan al señor Nixon convertido en un minicerebro. ¿Consecuencia?: el señor Nixon vuelve tranquilamente a la Casa Blanca, nadie ha notado nada, y… yo soy entonces el presidente de los Estados Unidos de América, por medio del control que ejerzo sobre el señor Nixon. ¿Entienden ahora?

—Olvida usted una cosa, Molinari —musitó Pitzer, lívido—: ese aparato puede ser extraído de la cabeza del presidente.

—¿Sin mi consentimiento? No, no… Si ese aparato queda expuesto al aire, sin que haya sido desconectado el control que habría a menos de cincuenta millas de la Casa Blanca, el señor Nixon moriría inmediatamente… Y no dude de eso, señor Pitzer: lo hemos comprobado ya en diversos experimentos con personas sin importancia.

—Usted es un asesino loco —jadeó Simón—. ¿De verdad espera conseguir que el presidente de los Estados Unidos…?

—¡Por favor, por favor…! —Alzó Molinari las manos—. Sé muy bien que no será fácil llegar hasta el señor Nixon, pero hay tiempo… Mucho tiempo. De momento, tengo ya dos presidentes de Repúblicas africanas bajo mi control. Y dentro de unas horas, o quizá mañana, llegará otro, traicionado por uno de sus hombres de confianza, precisamente. Se le hará la operación, ambos y su séquito volverán a África, y… ya serán tres los países bajo mi control. El hombre que espero hoy mismo o mañana es un importante jefe árabe de un país que no viene ahora al caso. Cuando regrese, será un minicerebro a mis órdenes.

De nuevo hubo unos segundos de silencio.

Y fue Brigitte quien habló, luego:

—¿Y los agentes desaparecidos de los diversos servicios de espionaje?

—Oh, ésos son utilizados para misiones peligrosas, o matado cuando ya no resultan útiles tras haber obtenido de ellos toda la información que precisamos.

—De donde se desprende que los traidores no son ellos propiamente, sino los que ellos han delatado. A los que han sido delatados, se les visita, se les convierte en minicerebros… y son

dejados en libertad, para que sigan trabajando para usted, ascendiendo siempre en busca de personajes más y más importantes cada vez.

—¡Exacto! —exclamó alegremente Molinari—. A los agentes desaparecidos los utilizamos y luego los matamos. Lo que nadie sospecha es que, precisamente, los agentes continúan libres, o gente importante de diversas esferas delatados por ellos, son los que trabajan para mí, obligados por el minicerebro. Bien… Me pregunto si tienen ustedes alguna duda… ¿Sí, doctor Collins?

Se había vuelto hacia la puerta que daba al pasillo, por la cual acababa de entrar Meredith Collins, con bata blanca.

—Todo está listo para los dos nuevos minicerebros, señor Molinari.

—Ah, muy bien… ¡Magnífico! Oh, les presento al doctor Collins. Un médico de gran altura, cosa que la CIA, por supuesto, ya sabe… Lo capté porque es un especialista en neurología… Y me está resultando muy útil. Naturalmente… —sonrió— es un minicerebro también… ¿Verdad, doctor Collins?

—Sí —musitó éste, algo tenso, como crispado.

—Y sabe que su única oportunidad de continuar con vida es continuar obedeciendo las órdenes de su minicerebro… Mis hombres van a llevarlos ahora al quirófano, señor Pitzer. Y al señor Simón también. Aunque no sé si el señor Simón regresará a Nueva York… No sé… Su idea de enterrarme vivo me ha dado una idea nueva, divertida… En fin, de momento, serán sometidos a la operación. Usted puede retirarse a descansar, señorita Montfort. Llévense a los dos —acabó secamente.

Hubo un intento de lucha, especialmente por parte de Simón, pero tanto él como Pitzer, bajo la impávida mirada de Brigitte, fueron vencidos por los seis hombres de la guardia especial, que los golpearon con sus pistolas en el vientre… En varios sitios, pero nunca en la cabeza. Finalmente, jadeantes ambos, derrotados, sujetos por los brazos, vieron acercarse a Meredith Collins, con la fina aguja entre sus dedos.

Y esta vez fueron Charles Alan Pitzer y Simón quienes se sumergieron en aquel negro, profundo pozo… Tan profundo, que parecía no tener fondo.

Para cuando los sacaron de allí, arrastrándolos, la agente Baby

ya se había retirado a su dormitorio, a descansar… o a recapacitar sobre su negro, triste, irremediable destino como minicerebro.

Dos horas más tarde, fumando tendida en la cama, todavía vestida, Brigitte oyó la llamada a la puerta de su dormitorio, y, en seguida, se abrió, para dar paso a Franz Molinari. Éste cerró la puerta, tras él, y se quedó mirando con extraña expresión a la más bella espía del mundo. Brigitte sostuvo unos segundos aquella mirada, estudiando atentamente la expresión de Molinari. De pronto, sonrió burlonamente, y se sentó en el borde del lecho.

—¿Qué quiere? —musitó.

—Hemos terminado con las operaciones de sus amigos.

—Está bien. ¿Algo más?

Molinari se acercó a ella y le puso las manos en los hombros. El monóculo cayó de su ojo.

—Siempre hay algo más… —murmuró roncamente—. Siempre hay algo más cuando se trata con una mujer tan hermosa como usted, señorita Montfort.

Ella suspiró profundamente.

—¿También eso? —susurró—. ¿También va a querer eso de mí, Molinari? Creí que era usted un hombre más inteligente, más… frío.

—Soy inteligente. Pero ¿por qué tengo qué ser frío?

Le miró con desprecio, antes de especificar:

—Es usted un cerdo insignificante, Molinari. Nada de cuanto pueda hacerme personalmente me afectará demasiado. Usted es de esas personas que quieren ser importantes a toda costa, y recurre incluso a tonterías para destacar en su aspecto físico: casaca, monóculo, un sillón forrado de seda roja por encima de los demás… Usted no es nada ni nadie. Puede hacer lo que quiera conmigo, ya que tiene todos los triunfos.

—Bien… Así me gusta.

Pero ella le miró con una frialdad hiriente.

Molinari se apartó, enderezándose vivamente.

—¿Por qué no? —Casi gritó—. ¡Tengo derecho a esto, al menos!

Brigitte lo miró sorprendida.

—¿Qué le pasa? ¿Acaso le he negado algo? En cuanto a…

—¡No puedes prohibírmelo! —protestó furiosamente Molinari—. ¿Qué te importa a ti esta mujer? Sólo va a ser utilizada, y, seguramente, muy pronto la mataremos. ¡Déjame que la…!

—¿Se ha vuelto loco? —musitó la espía.

—¡Claro que deseo hacerlo! —chilló Molinari—. ¿Qué es lo que te sorprende de ello?

Tras un lento parpadeo, Brigitte comenzó a comprender. Pero no podía creerlo… No. No podía ser verdad…

—¡No tienes derecho a privarme de este placer! —gritó Molinari—. ¡Quiero tener a esta mujer, y… AAAAAaaaaAAAAAAA…!

Cayó sobre la cama, empujando a Brigitte, que se apartó rápidamente de él, poniéndose en pie. Franz Molinari, de bruces sobre las sábanas, gritaba enloquecido, lanzaba aquel alarido que sólo podía provocar el dolor que Baby conocía perfectamente. Su cuerpo se estremecía fuertemente, se golpeaba la cabeza, lanzaba espuma por la boca… Y de pronto todo cesó. Todavía no poco estupefacta, Brigitte contemplaba a Molinari mientras éste se ponía en pie, lívido como un muerto, tambaleándose, sudoroso, el rostro… No había estado hablando con ella, sino con la persona que le daba instrucciones dentro de su cabeza. Había recibido prohibiciones, y había protestado, hablando en voz alta, de modo que las vibraciones de sus cuerdas vocales enviaban a control sus palabras, por medio de algún aparato receptor… La verdad sobre Franz Molinari ya no admitía dudas. Asombroso, increíble, fantástico… Pero cierto.

De pronto, Brigitte se echó a reír, quedamente, con una crueldad refinada, con un sarcasmo escalofriante.

—Franz Molinari… —reía—. ¡Franz Molinari, el amo del mundo! ¡Franz Molinari, el hombre que quiere dominar el mundo, no es más que un minicerebro!

—¡Cállese! —gritó Molinari.

—¿Callarme? ¿Por qué? ¡Pero si esto resulta divertidísimo, Molinari! ¿Acaso no tiene sentido del humor? Imagínese a un hombrecillo dándoselas de importante, impartiendo órdenes, señalando mapas y diciendo que todo aquello será pronto suyo… ¡Y no es otra cosa que un pobre minicerebro, como yo misma, como otros pobres desdichados! Por Dios, ¡pero si esto es para morirse de risa!

Se dejó caer sentada en la cama, riendo. Más por herir a Molinari que por auténticos deseos de reír. La verdad era que, en el fondo, estaba aterrada. ¿Qué significaba todo aquello? ¿En manos

de quién estaban todos…?

—La voy a matar… ¡Si continúa riéndose la voy a matar! —aulló Molinari—. ¡Cállese o la mato!

Brigitte continuó riendo, hasta que Molinari se salió de sus casillas, no pudo soportar más la risa hiriente, burlona, de la hermosa mujer que le había sido prohibida… Se lanzó contra ella, con las manos tendidas hacia la hermosa garganta que palpitaba en la risa. Quería estrangularla. ¡La iba a estrangular, no permitiría que se burlase de él!

Pero, ciertamente, Franz Molinari no tenía la menor posibilidad en aquella lucha con una mujer que, para él, era tan peligrosa como una pantera. Brigitte apartó fácilmente aquellas manos del trayecto hacia su garganta, con un seco golpe de lado dado con el canto de sus manitas. La otra manita, mientras Molinari se esforzaba en sostener el equilibrio recién perdido, golpeó fuertemente en pleno rostro del hombre, en una soberbia y sonora bofetada que tiró de lado, a Molinari, junto a la cama, ante los pies de la espía.

Franz Molinari se puso en pie inmediatamente, encendido el rostro por la más completa ira que había sentido en su vida. Ser derribado de una sola bofetada por una mujer no era cosa que se podía aceptar con tranquilidad.

—¡La voy a…!

De nuevo se lanzó contra ella, barbotando obscenidades… La divina espía no se alteró en absoluto. Sin dejar de sonreír, se tendió en la cama, transversalmente, encogiendo una pierna… Molinari cayó de pecho sobre el pie…, y salió disparado de espaldas hacia un lado de la habitación, derribando un silloncito, revolcándose…

Brigitte se puso en pie, riendo.

—¡Siga, Molinari! —desafió—. ¡Veamos de qué es usted capaz sin contar con la ayuda del minicerebro! ¿Qué espera?

Rugiendo, Molinari se lanzó de nuevo al ataque, pero con más precauciones ahora. Insistió en llevar sus manos al cuello de Brigitte, que tras esquivarlo un par de veces, con expresión «aterrorizada», asió una de ellas, se la pasó por un hombro, y dio un tirón hacia arriba… Franz Molinari salió volando, cayó sobre la cama, y de allí rebotó ridículamente al suelo, cayendo de cabeza.

—¿Se ha hecho daño? —rió Baby.

Lanzando espuma por la boca, Molinari volvió una vez más a la

carga. Esta vez, Brigitte lo recibió con un puntapié de karate en pleno vientre, que detuvo en seco al hombre del monóculo, doblado sobre sí mismo, demudado el rostro, incrédula y dolorida la expresión… Un golpe también de karate en plena nariz lo tiró de espaldas, sangrando. Y antes de que consiguiese reaccionar, un puntapié en el hígado lo dejó paralizado, con la boca abierta, crispada… Ahora ya no estaba blanco, sino amarillo.

—Bien —sonrió Brigitte—. Creo que no tengo por qué soportar basuras en mi dormitorio.

Lo asió por el cuello alzado de la casaca y lo sacó al pasillo, donde lo tiró como si, efectivamente, fuese una basura. Tendido de lado en el piso, con los ojos desorbitados, Molinari miraba a la espía, todavía incapaz ni siquiera de recuperar la respiración.

—Si quiere seguir el juego, ya sabe dónde me tiene, Molinari. Pero le advierto que la próxima vez mis golpes serán más duros. Piénselo bien… —De pronto, lanzó una carcajada—. ¡Franz Molinari, el amo del mundo! ¡Jamás he sabido de nada tan divertido!

Cerró la puerta y volvió a la cama. Estaba encendiendo otro cigarrillo cuando la voz sonó dentro de su cabeza:

—Franz merecía esta lección, señorita Montfort. Pero no olvide que usted sigue siendo un minicerebro a mi disposición.

—¿Quién es usted, dónde está…?

—¿De verdad espera una respuesta? Yo creo que no. Será mejor que descanse. Si no me fastidian con estúpidos intentos de fuga, rebelión o algo parecido, mañana le permitiré almorzar con sus amigos… Espero que les haga comprender la conveniencia de portarse con la máxima tranquilidad. Buenas noches.

Brigitte no insistió. Continuó fumando, pensativa. Sabía ya que Franz Molinari no era más que un… robot del hombre que, posiblemente, sí se creía el amo del mundo…

Capítulo V

No pudo almorzar con Pitzer y Simón, porque éstos durmieron más de lo que había sido previsto. Despertaron a media tarde. Para entonces, Baby estaba con ellos, en el dormitorio que compartían, tras haber sido colocadas allí dos camas.

El primero en abrir los ojos fue Simón. Se quedó mirando a Brigitte, como si no comprendiese nada. De pronto, sonrió, y se sentó en la cama. Al hacerlo, vio a Pitzer, en el lecho contiguo, con la cabeza vendada de cejas para arriba. Inmediatamente, Simón subió las manos hacia su cabeza, para palpar el gran turbante blanco que también le habían colocado a él.

—¿Ya somos minicerebros? —susurró.

—Sí.

—No lo creo. No noto nada diferente en mi… ¡AAAaaAAA!

Volvió a llevarse las manos a la cabeza y cayó hacia atrás en la cama. El dolor cesó inmediatamente, y Simón quedó mirando aterrado a Brigitte.

—Por Dios… —jadeó—. ¿Qué es esto?

Brigitte sonrió acremente.

—Es una pequeña muestra del gran dolor que puede llegar a sentir, Simón. Por su grito he comprendido que no ha sido nada… esta vez. Le aconsejo cariñosamente que se porte bien. Yo… ya he aprendido a hacerlo.

Simón se pasó la lengua por los labios, lentamente. Por fin, susurró:

—Pero algo se podrá hacer… Podríamos escapar, quizá… ¿No?

Brigitte estaba moviendo negativamente la cabeza.

—No, Simón. Esto es peor que lo del doctor Scorpio… En primer lugar, sepa que todo cuanto hablamos es registrado en nuestros respectivos controles; eso, aparte de que ahora nos están observando con una cámara de televisión en circuito cerrado…

—¿Nos están viendo y oyendo ahora?

—Desde luego. Y saben muy bien que he estado buscando una escapatoria. He recorrido todo el sótano de «Lúa Vermelha», he entrado donde he querido, he examinado puertas, el salón, los mapas… Me han permitido ir adonde he querido y hacer lo que he querido…, excepto entrar en una de las salas. Ellos saben que yo he comprendido que en esa sala están los controles, pero no les preocupa este conocimiento mío, porque saben que, en cuanto intentara entrar allí, podrían matarme. También deben suponer que yo he comprendido que cada minicerebro tiene una onda determinada para su funcionamiento, pero eso aún debe preocuparles menos. Están seguros de que jamás conseguiré llegar a ese tablero de controles que dispone de nuestras cabezas, que graba nuestras vibraciones de las cuerdas vocales, y que sirve para enviarnos órdenes. No temen nada. No podemos hacer nada.

Simón estaba suspirando desalentado cuando, dentro de su cabeza, oyó la voz:

—Ha oído usted una perfecta explicación de la realidad por parte de la señorita Montfort. Téngala en cuenta en todo momento. Mientras tanto, simplemente, viva.

Simón se quedó mirando a Brigitte con expresión desorbitada.

—¿Le han dicho algo? —sonrió ella, también desalentada.

—Sí… Cielo santo, esto es… increíble… ¿Qué vamos a hacer?

—Ya se lo he dicho: nada. ¿Quiere fumar? Esa iniciativa no nos ha sido negada.

Simón aceptó el cigarrillo. La situación era espantosa, y no podía aún acabar de aceptarla. Estaba aturdido, completamente abrumado.

—¿Cuánto tiempo tendremos que llevar estas vendas?

—Poco. No creo que el doctor Collins tarde en venir a quitárselas a los dos. Seguramente, están esperando a que tío Charlie despierte. Sí… También sabrán eso, desde luego.

Charles Alan Pitzer despertó apenas diez minutos más tarde. Y, efectivamente, cuando Brigitte y el espantado Simón apenas habían tenido tiempo de convencerlo de la realidad de la situación, Meredith Collins apareció en el dormitorio, con bata blanca y una extraña sonrisa de burla hacia sí mismo.

—¿Qué tal, señorita Montfort? —saludó, sacando unas tijeras.

—Bien… en lo que cabe, claro.

—Me he estado preguntando si usted me guarda rencor.

—No… —musitó Brigitte—. Después de lo que hice yo anoche con cierta persona, no podría culparle a usted por engañarme a mí en Lisboa. Ni tampoco a Simón, desde luego. Si yo he cedido, ¿por qué no habían de ceder ustedes?

—Celebro que lo comprenda.

Cortó las vendas de Pitzer y Simón que fueron en seguida a mirarse al espejo. Brigitte se desentendió de ellos, prestando toda su atención al médico.

—¿Cuándo empezó todo esto, Meredith?

—No lo sé seguro… Sólo puedo hablar por mí… Me convirtieron en minicerebro hace unas cinco semanas. Y fue Clarke quien me trajo engañado a «Lúa Vermelha»… Pero no le culpo, desde luego. Yo habría hecho lo mismo con él… En fin, todos sabemos a qué atenernos: no somos nada por nosotros mismos, ahora. Tan sólo, unos… pequeños órganos de un cerebro que no ha sido… operado.

—¿Ha estado usted en la sala de los controles?

—Me han dispensado ese honor —sonrió agriamente Collins.

—¿Qué hay allí?

—Aparatos… Muchos aparatos, pantallas, tableros de mandos con luces… No entiendo gran cosa de esto. Lo mío es la medicina.

—Claro… ¿Quién hay allí dentro?

Meredith Collins abrió la boca… y se quedó así, inmóvil, como quien escucha algo lejano.

—No puedo decirlo —murmuró de pronto.

—Entiendo… Acaban de prohibírselo dentro de su cabeza, ¿no es así? Bien… No vale la pena que se arriesgue a sufrir ese dolor por darme una información que de nada habría de servirme.

Collins encogió los hombros y abandonó el dormitorio. Pitzer y Simón estaban mirando fijamente a Brigitte.

—No creo que debamos estarle agradecidos por esto, Brigitte.

—Lo lamento, tío Charlie. Pero usted me comprenderá mucho mejor cuando esté en Nueva York y le den órdenes para traicionar a la CIA. Una vez haya sentido un par de veces ese dolor, usted ya no me podrá reprochar nada.

—¡La agente Baby! —bufó Pitzer—. ¿Eso es todo lo que se le ocurre decirme?

—Puedo decirle algo más, tío Charlie: nadie es invencible absolutamente.

—¿Ni siquiera usted?

—Ya lo ve… Al menos, usted quedará libre, podrá volver a casa, porque les va a resultar útil. Yo, como he sido expulsada, no soy persona que pueda dar gran rendimiento, así que no creo que me mantengan viva mucho tiempo.

—Casi prefiero su suerte a la mía. No será fácil vivir convertido en un robot.

—Deje de lamentarse. Al fin y al cabo…

La puerta del dormitorio volvió a abrirse, y Franz Molinari quedó en el umbral, mirándolos con sardónica sonrisa. De nuevo llevaba su monóculo, y aparecía seguro de sí mismo, fuerte, vencedor.

—Tengo una sorpresa para ustedes —dijo—. En especial, para el señor Simón. Vengan conmigo.

—Oh, el gran Molinari —sonrió burlonamente Brigitte—. ¿Cómo va su minicerebro? ¿Se porta usted bien, enano?

—¡Salgan de aquí los tres! ¡Y tenga mucho cuidado con sus palabras, señorita Montfort! ¡Yo sigo mandando aquí!

—¿Sí? ¿Después de quién? Esto le va a sorprender, tío Charlie: Franz Molinari, el amo del mundo, no es más que un robot como nosotros. Sí, sí, no se asombren… Les estoy diciendo la verdad, Anoche me visitó, con intenciones muy… personales, y se le prohibió disfrutar de mi compañía. ¡Qué tremendo disgusto!, ¿verdad, Franz? Con la velada tan feliz que él se había prometido, y un pequeño dolorcito en su minicerebro lo echó todo a perder…

—¡Cállese! ¡Y salgan de aquí! ¡Subiremos al garaje!

Fue el primero en emprender la marcha. Recorrieron el pasillo, luego el gran salón con mapas donde estaba el «trono» de Molinari, y subieron por la escalera en forma de tornillo, apareciendo poco después en el garaje, donde había un solo hombre, al parecer ocupado en la revisión de un auto. Había otro auto más. Y afuera, se veía el mismo que Brigitte había visto en dos ocasiones, con el remolque y la lancha motora. Lucía un sol fantástico, cegador, que hacía brillar la blanca villa, y las aguas de la piscina… El cielo era de un azul perfecto, liso, uniforme, sin una sola nube.

—Me gustaría nadar un poco en el mar —dijo Brigitte—. ¿Puedo

ir allá, Molinari?

—No. Y ahí tienen mi sorpresa para el señor Simón… ¿Qué le parece? Los tres se quedaron mirando, un tanto sobresaltados, el ataúd. Era muy elegante, brillante. Parecía de caoba, y tenía grandes asas de color plata. Estaba abierto, y se veía su interior, forrado de seda blanca, acolchado.

—Es un ataúd muy confortable —murmuró Simón.

—Celebro que se lo parezca así —sonrió Molinari—, porque he decidido que será para usted.

—No podrá hacer eso —dijo Brigitte—. Simón debe volver con el señor Pitzer a Nueva York, o se crearía un pequeño problema de desconfianza en la Central de la CIA…

—No, no… Estoy seguro de que el señor Pitzer encontrará una explicación razonable sobre el desafortunado accidente de su compañero. Le creerán, por supuesto. Él sabrá convencer a los señores de la CIA.

—¿Piensa matarme? —murmuró Simón.

—¿Matarlo? No… No, no… Voy a seguir una gran idea que tuvo usted ayer, señor Simón: lo encerraré vivo dentro de este ataúd, y lo dejare en una pequeña gruta que hay detrás de la casa. Es un lugar tranquilo, que casi nadie conoce… No le molestarán allá, podrá morir en paz, se lo garantizo. ¿Ven? Este es el cierre… Sólo hay que meter en el ataúd a… la persona elegida, se cierra, y se le lleva a la gruta… Les aseguro que es una muerte tranquila.

Simón y Pitzer tragaron saliva. Brigitte se limitó a mantener la mirada fija en Molinari. Ninguno de los tres, desde luego, parecía tener interés ni fuerzas para hablar. Simón era el que estaba más pálido, pero Brigitte tenía el rostro demudado, y sus ojos parecían congelados, fijos en Molinari.

—¿No dicen nada? Creí que les gustaría estar al corriente de mis proyectos sobre ustedes.

—¿Sus proyectos? —dijo al fin Brigitte—. Querrá decir los proyectos de quien gobierna su minicerebro.

—Bueno… En realidad, salvo pequeños detalles, yo soy el jefe, el que toma la mayoría de las decisiones. Eso ya han podido observarlo. El señor Pitzer nos resultará útil en Nueva York, pero consideramos que el señor Simón es demasiado joven. No nos interesa hasta el punto a que en determinado momento, aun

sabiendo que podríamos matarlo, lo echase todo a perder, delatándose a sí mismo y al señor Pitzer. Éste sí volverá tranquilamente a su casa.

—¿Y yo? —inquirió Baby.

—¿Usted? No hay nada decidido todavía.

—Molinari —susurró Brigitte—: ¿no le gustaría salirse de todo, dejar de ser un minicer…? ¡AAAaaaAAAAAAAaaAAAA…!

Lanzando el terrible alarido de espantoso dolor, Brigitte se tiró hacia delante, y habría caído de cara al suelo si Simón no la hubiera sujetado rápidamente. El dolor cesó de pronto, y la espía quedó en brazos de su compañero, como tronchada, desencajado el rostro, desorbitados los ojos…

—Es usted una insensata… —jadeó Molinari—. ¿Aún no quiere acabar de comprender, de admitir la verdad que no hay nada que hacer? En cuanto a mí, estoy bien así. Soy un minicerebro, es cierto, pero el segundo hombre de la organización… O sea, del mundo. Además, sepa que quien dará la cara en todo momento seré yo, Franz Molinari.

Se volvió hacia la trampilla, que acababa de abrirse, dejando paso a un hombre que hizo señas a Molinari. Éste fue allá, y estuvo un par de minutos escuchando las explicaciones del hombre. Luego, éste regresó abajo, y Molinari ante el ataúd.

—Buenas noticias… —sonrió:—. Hemos recibido un mensaje por radio diciendo que el jefe árabe que estábamos esperando llegará esta noche, en su yate. Lo esperábamos ayer, pero surgió un retraso… Habrá que prepararlo todo.

—¿Tendremos visitantes esta noche, entonces?

—Claro.

Brigitte sonrió, y Molinari frunció el ceño, de modo que su monóculo pareció incrustarse completamente en el hueco del ojo.

—¿De qué sonríe?

—¿Qué quiere que haga? —refunfuñó Brigitte—. ¿Echarme a llorar? ¿Acaso no puedo alegrarme ante la perspectiva de ver caras nuevas?

—Volvamos abajo —gruñó Molinari.

—¿No podríamos quedarnos un rato aquí? —protestó la espía—. No insisto en lo de ir a la playa a nadar, pero al menos déjenos pasear mientras haya sol…

—Está bien. Pero si se alejan de los terrenos de la casa… Bueno, es absurdo amenazarles: ustedes saben muy bien lo que les conviene.

Molinari regresó abajo, y Brigitte fue la primera en salir del garaje, respirando a pleno pulmón, sonriendo. Pitzer y Simón se colocaron junto a ella, mirándola expectantes, con una chispa de esperanza en sus ojos…

—Podríamos tumbarnos en el césped, junto a las mimosas —propuso Brigitte—. Me encanta tomar el sol. Y espero que no les parezca descarada si lo hago a mi manera.

Se fueron los tres hacia el grupito de mimosas rodeadas de verde y tupido césped. Brigitte se desnudó, quedando solamente en las dos diminutas prendas íntimas, y se tendió sobre la hierba, suspirando de placer, gozando en el acto, de la caricia del tibio sol de la tarde… Pitzer abrió la boca, pero ella se llevó un dedito a los labios. Luego, tendida de lado, comenzó a arrancar briznas de hierba, que fue colocando cuidadosamente… Los dos espías tardaron aún diez o quince segundos en comprender que Baby estaba formando letras con las briznas de hierba. Cuando terminó, pudieron leer, claramente:

SALDREMOS DE AQUÍ ESTA NOCHE EN PERFECTO ESTADO

Casi se había puesto ya el sol cuando apareció Simón-Lisboa, procedente del garaje.

—Hola… —saludó—. ¿Cómo están?

—Todo lo bien que es posible… ¿De paseo, Simón?

—No exactamente. Vamos a llevar la lancha a la playa, para ir con ella hasta donde anclará el yate del hombre que esperamos. La he visto aquí, y he querido… interesarme por usted. ¿Está bien? ¿De verdad?

—Ya lo ve —sonrió Brigitte—. Aunque empieza a hacer fresco.

Se sentó, estiró los bracitos, y luego se vistió…, sin dejar de mirar hacia el garaje, del cual habían salido tres hombres más. Uno de ellos hizo una seña, y Simón sonrió desganadamente.

—Ya nos veremos luego.

—Seguro —sonrió Brigitte.

Simón-Lisboa se fue hacia el coche del remolque, y poco después, él y los otros tres pasaban hacia la salida de la villa, en el coche, remolcando la lancha.

—Es una situación desesperante —dijo de pronto Simón.

—Sobre todo, ahora que no hay sol. Pero se está mejor aquí afuera, de todos modos.

—Eso ha terminado, señorita Montfort —dijo la voz dentro de su cabeza—. Regresen al sótano.

—Acabo de recibir órdenes —sonrió de aquel modo extraño la divina espía, poniéndose en pie—. Debemos ir abajo.

Poco después, en el garaje, pasaban junto al abierto ataúd, y Brigitte le dirigió una amable mirada casi divertida.

—Esto confirma lo que ya dije una vez: los espías viajan en ataúd. O, al menos, no deben quejarse si así sucede. De todos modos, Simón, el suyo es muy bonito.

Capítulo VI

La lancha con los cuatro hombres a bordo se detuvo junto al yate que estaba anclado unas trescientas yardas mar adentro, cerca de Estoril. Una escala de cuerda fue descolgada por la borda, y los cuatro hombres subieron rápidamente, tras amarrar la lancha a la escala.

Arriba, en cubierta, les estaban esperando tres hombres. Uno de ellos se adelantó, presentándose:

—Yo soy Cassim. ¿Quién trae las instrucciones?

—Yo —se adelantó Simón-Lisboa—. Retirémonos unos pasos, Cassim. ¿Todo bien?

Mohamed Cassim, ya apartado de todos los demás con Simón, asintió con la cabeza.

—Todo bien… —murmuró—. Abdul Mizar no tiene la menor sospecha de que le estoy traicionando. Hemos hecho un viaje algo pesado, por culpa de una avería, pero eso no importa, supongo.

—Supongo que no, desde luego. No es cuenta nuestra.

—Oiga… El otro yate, el que nos seguía, ha desaparecido.

—Por supuesto, Cassim —lo miró irónicamente Simón-Lisboa—. Dejó de hacerlo en cuanto ustedes estuvieron a menos de cincuenta millas de «Lúa Vermelha»; a partir de ese momento, el minicerebro de usted está bajo el control central, de modo que el yate que contiene uno de los controles móviles está ahora esperando cerca de aquí, para volver a seguirlos durante su regreso a partir del momento que rebasen las cincuenta millas. Una vez en su destino, se instalará un control cerca de Abdul Mizar, igual que está ocurriendo con usted en su ciudad. Cada uno de los hombres importantes tiene su propio control a menos de cincuenta millas. Si viajan, tienen qué avisar, para que uno de los controles móviles los siga. Y si no avisan, si el control encargado de ese personaje sospecha algo, lo mata. En todo el mundo hay controles fijos,

establecidos siempre a menos de cincuenta millas de los personajes que dependen de ese control. Aparte, hay los controles móviles, que pueden cambiar su frecuencia de onda a fin de seguir en sus desplazamientos, ya sea en barco, tren, coche o avión, a cualquier personaje que tenga que viajar. Siempre han de estar bajo control.

—Eso supone una buena organización, y muchos hombres de confianza para atender esos controles de los minicerebros…

—En efecto. Pero la organización dispone de esos hombres. Son gente que sólo tienen que hacer eso: vigilar sus controles. Son aparatos pequeños, cómodos, fáciles de manejar. Y para cualquiera, son sólo receptores portátiles de televisión. Pero creí que usted, como minicerebro que es, ya sabía bien todo esto, Cassim.

—No del todo… ¿Usted también… también…?

—Sí. También soy un minicerebro.

—Pues sabe… muchas cosas.

—Sólo las que ellos quieren que sepa. No olvide que si usted, ahora, está traicionando a Abdul Mizar obligado por su minicerebro, yo estoy aquí también cómo una especie de… robot, que sólo cumple órdenes.

—¿Seguimos ahora… bajo control?

—Desde luego —sonrió secamente Simón—. ¿Acaso quiere comprobarlo? Sólo pídalo, sus vibraciones llegarán al control, y será complacido…

—¡No! Iré… iré a por Abdul Mizar.

—¿Está seguro de que no sospecha nada?

—Completamente seguro. Le he explicado bien los beneficios que puede obtener en esta entrevista, y está muy satisfecho de mis servicios. Hay un pequeño… contratiempo.

—¿Cuál?

—Abdul Mizar viaja con cuatro consejeros, y no está dispuesto a separarse de ellos, como ya avisé. Dice que quiere tenerlos cerca para que en todo momento le aconsejen durante la conversación con el hombre que voy a presentarle.

—Ya se previno eso, y se harán las cosas bien. Abdul Mizar y sus cuatro consejeros quedarán alojados en la villa. De lo demás, no se preocupe: Molinari lo ha previsto todo. Bien. Vaya a buscar a ese gran jefe árabe.

—Está bien.

Cassim desapareció por la portilla, hacia el interior del yate. Un par de minutos más tarde, volvía a salir, seguido de varios árabes vestidos, como él, con la clásica indumentaria. La chilaba de uno de ellos, el más alto, barbudo, con gruesos lentes de miope, era blanca, con una tira negra en el borde. Era el de porte más altivo, y no se dignó siquiera mirar a Simón. Se fue hacia la borda, seguido de los otros cuatro que Simón-Lisboa no conocía. Sí conocía, por referencias, al más alto y barbudo: Abdul Mizar.

Cassim se acercó a Simón.

—Todo listo —dijo.

El agente de la CIA miró hacia el grupo, que ya estaba descendiendo por la escala de cuerdas.

—Ya lo veo —gruñó—. Abdul Mizar no es muy amable, parece.

—¿Qué nos importa eso a nosotros? Ah, una pregunta: ¿va a ocurrir algo en el yate mientras nosotros estamos fuera? Quiero decir si lo atacarán, o algo parecido…

—Desde luego que no… Eso sería un error, Cassim. Nada va a ocurrir, nadie tiene que notar nada, ni alarmarse en ningún sentido. Abdul Mizar estará en «Lúa Vermelha» veinticuatro horas, volverá aquí convertido en un minicerebro, y eso será todo. No interesa para nada matar hombres, sino el petróleo de Mizar.

—Sí, entiendo… Bien, ya están abajo. Vamos nosotros.

Bajaron a la lancha, y uno de los minicerebros que acompañaban a Simón se hizo cargo de los mandos. En pocos segundos, la poderosa lancha motora partía hacia la costa, alejándose de Estoril hacia el Oeste.

Iban a tan considerable velocidad, tan sumidos todos en sus pensamientos, que no concedían importancia a nada de lo que les rodeaban… De todos modos, no habrían podido ver la diminuta lancha de color rojo seguramente, pero que parecía negra sobre las aguas. Como una pequeña, insignificante mancha sobre el tono anaranjado oscuro que daba la luna al mar. La ocupaba un sólo hombre, que, cuando la potente motora de Simón estuvo lejos, empuñó un canalete y comenzó a remar hacia el yate de Abdul Mizar, en silencio. Evidentemente, no tenía la menor intención de que alguien oyera el motor de su pequeña embarcación.

Y, mientras tanto, la motora poderosa continuó su viaje hacia la costa. Invirtieron en el recorrido apenas diez minutos. Dos de los

minicerebros saltaron a la playa, y tiraron con fuerza de la lancha, de modo que Abdul Mizar y los demás pudieron saltar a la arena sin mojarse ni siquiera los pies.

Simón se dirigió a los tres hombres que le secundaban en aquel servicio de minicerebros:

—Ustedes ya saben lo que tienen que hacer. Se quedarán por aquí, esperando instrucciones para venir a recoger, a su debido tiempo, al jefe árabe.

El remolque que se utilizaba para transportar la lancha fue rápidamente desenganchado del coche y colocado bajo unos pinos. Simón pasó al volante del coche, y Cassim se sentó a su lado.

Detrás, en las banquetas supletorias, dos de los acompañantes de Abdul Mizar. Y en el cómodo asiento de la zaga, éste, con sus otros dos acompañantes, uno a cada lado.

Se emprendió el viaje por tierra, también muy corto. Ni siquiera otros diez minutos más tarde, el auto se detenía delante de la casa de «Lúa Vermelha», y en seguida, acompañados por tres servidores, los árabes fueron llevados a las habitaciones qué ocuparían, incluido Cassim.

Mientras, en el exterior, Simón dijo, simplemente:

—Han llegado.

Y la voz sonó dentro de su cerebro:

—Los hemos visto. Ofrezcan una cena al jefe árabe y a sus acompañantes. Luego, diga a Abdul Mizar que Molinari quiere hablar con él en privado. No de negocios, sino en una entrevista informal, para conocerlo mejor. Tomaremos café. Y deberá venir solo. Convénzalo. Que se encargue Cassim de eso.

—Está bien —murmuró Simón.

Entró en la casa y buscó a Cassim en la habitación que se le había asignado.

—El jefe está muy contento —sonrió Cassim, secamente—: le gusta el lugar, la casa y las comodidades. Está encantado del lujo y el buen gusto.

Simón encogió los hombros.

—Molinari quiere hablar con Abdul Mizar a solas, después que haya cenado. Conversación informal, de tipo personal. Lo invita a café. Usted tiene que convencer a Mizar de que vaya solo abajo. Ordenes.

—De acuerdo —susurró Cassim.

—No será fácil, ¿verdad?

—No… Pero tampoco muy difícil. Todo lo que ocurrirá es que si Molinari pretende hablar de negocios, Mizar llamara a sus consejeros, o se negará a hacer el menor comentario. Pero no creo que sea en extremo difícil conseguir esa entrevista de tipo amistoso simplemente. No olvide que si Abdul Mizar está aquí es porque confía en mí.

—Claro. Bien… Estaré esperando afuera, para llevarlos a presencia de Molinari cuándo estén listos.

Todos estuvieron listos una hora más tarde. Cassim tuvo que forcejear un poco, no con Abdul Mizar, sino con sus consejeros, pero; finalmente, éstos tuvieron que quedarse en la casa. Abdul Mizar, Cassim y Simón salieron de ella y fueron hacia el garaje.

Eso fue todo.

Estaba dado el primer paso para conseguir otro minicerebro importante. Muy importante económicamente, al menos, en esta ocasión.

Diez minutos más tarde, la negra sombra de un hombre alto, atlético, de movimientos velocísimos y seguros, se deslizaba hacia la casa, procedente de una parte de los jardines de mimosas. Con toda facilidad, como si fuese la cosa más fácil del mundo, saltó desde la balaustrada de la terraza inferior hasta el borde de una de las del piso superior. Un salto prodigioso, rematado en el acto por un movimiento pendular que lo colocó en la baranda de la terraza alta.

Lo primero que hizo, una vez puestos los pies en aquélla, fue sacar una automática provista de silenciador, que empuñó con la mano izquierda. Con la derecha, empujó suavemente las puertaventanas de aquel dormitorio, tras asegurarse de que no había nadie en él durmiendo. Se deslizó en la oscuridad con el silencio de un gato, como si pudiera ver perfectamente. En pocos segundos, salió al amplio pasillo, adornado con bellos cuadros, alfombra, apliques de cristal de Bohemia… Se acercó a la ancha balaustrada de mármol, y miró hacia abajo.

Nadie a la vista.

Finalmente, fue recorriendo el pasillo, aplicando un oído a una puerta, otra, otra… Cuando dentro de uno de los dormitorios oyó

las voces en árabe, sonrió secamente. Puso la mano en el pomo de la puerta, lo giró suavemente y empujó…

Los cuatro árabes sentados en el dormitorio sobre la alfombra, formando círculo, volvieron a una la cabeza hacia el visitante, y hubo un cierto destello de alarma en sus ojos al ver la imponente automática. Uno de ellos abrió la boca, pero el hombre vestido de negro se llevó un dedo a los labios, en clara petición de silencio. Una auténtica curiosidad cundió inmediatamente entre los cuatro árabes. El desconocido les hizo señas de que permanecieran inmóviles, y se dedicó a recorrer el dormitorio. Parecía buscar algo detrás de los cuadros, en remates de muebles… Durante un par de minutos, los árabes no hicieron otra cosa que esperar las decisiones de aquel formidable ejemplar masculino, de más de seis pies, bronceado, atlético, de ojos negrísimos y mandíbula agresiva, boca fina, grande, dura como un cepo… La situación era sorprendente en verdad, pero fue aceptada con la clásica altivez y serenidad del árabe puro, señorial, orgulloso.

Por fin, el hombre vestido de negro se sentó en un punto del círculo formado por los árabes.

—No hay micrófonos —sonrió, hablando en árabe, pero bastante mal.

—¿Quién es usted?

—Un fantasma… ¿Hablan inglés? ¿O francés, alemán, húngaro, ruso, polaco, español, italiano…?

—Hablamos el inglés bastante bien.

—Entonces, nos entenderemos pronto. He estado en el yate de ustedes… De Abdul Mizar, para ser exacto. Ustedes dejaron allí media docena de hombres… ¿Exacto?

—Sí…

—Esos seis hombres nos están esperando ahora en el jardín de esta villa. El yate ha quedado abandonado, anclado. Vean esto… —Sacó un objeto metálico, pequeño como una judía, con un par de delgados hilos que sobresalían en sus extremos—. Es un aparato que todavía no he conseguido clasificar, pero que, colocado en la cabeza de una persona, mediante una sencilla operación, puede ocasionarle la muerte a distancia, y a voluntad de quien controla el funcionamiento de éste aparato. Para colocarlo en la cabeza de una persona, sólo hay que hacer una pequeña incisión detrás de la oreja,

alzar el cuero cabelludo y apalancar un poco el hueso para que se alce, y ya está. Eso es, al menos, lo poco que yo sé hasta el momento. Supongo que la operación será algo más complicada, y que estos hilos metálicos serán conectados a algún centro nervioso. Lamento no poder explicarlo con toda perfección.

Los árabes cambiaron miradas de estupefacción.

—Me parece que no comprendemos… —murmuró uno de ellos —. ¿Qué está tratando de decirnos?

—Van a colocarle un aparato de estos a Abdul Mizar. Según entiendo, lo hará un hombre llamado Franz Molinari, que en estos momentos está en un sótano en forma de hache, posiblemente debajo de nosotros, si bien la entrada a ese sótano es por una trampilla que hay en el garaje.

Los cuatro árabes estaban desconcertados. Parecían no comprender las explicaciones de su interlocutor.

—¿Lo quieren matar? —susurró al fin uno de ellos.

—No creo… No, de momento, al menos. Sería mucho más simple meterle un par de balas en el corazón. Yo vi a un hombre que llevaba un aparato de éstos en la cabeza. Parecía un demente, hacía cosas que parecía no desear hacer, y, finalmente, murió entre horribles gritos de dolor.

—¿Quién es usted? ¿Qué ha venido a decirnos exactamente?

—Les diré lo que espero de ustedes: ayuda a cambio de ayuda. Yo voy a ayudarles a salvar a Abdul Mizar de un espantoso destino, y espero su apoyo para conseguir salvar a otra persona que está abajo… ¿Cuento con ello?

—Espere un momento… Ese hombre llamado Franz Molinari ha ofrecido un trato muy interesante a Abdul Mizar, y toda su actitud, y la de sus enviados…

—Escuchen, yo no tengo tiempo que perder. He convencido a sus hombres del yate, están esperando… Si quieren venir conmigo, lo hacen. Si prefieren quedarse, haré yo solo lo que pueda. Pero les garantizo que si entro solo ahí abajo, no será de Abdul Mizar de quien me ocuparé. Y si no lo sacamos pronto, pueden estar seguros de que morirá…, y cosas peores.

—Usted… puede ser un rival de Franz Molinari, también interesado en negociar con Abdul…

Los negros ojos del visitante se desplazaron de uno a otro árabe,

fríamente. Se puso en pie, de pronto.

—Adiós —dijo.

—Espere… ¿Qué tendríamos que hacer?

—Uno de ustedes saldría por la terraza, iría al jardín, reuniría a los seis hombres del yate, y esperaría mi llamada, por medio de una radio de bolsillo que he entregado a uno de ellos. Ese hombre que salga de aquí por la terraza, tendrá que dejarme sus ropas. Y los otros tres y yo iremos a ese garaje. ¿Están armados?

—No…

—Vaya… Bien, iremos recogiendo armas por el camino… —sonrió secamente—. Ya verán cómo tendremos ocasión de ello. Decídanse de una vez. Yo no quiero perder más tiempo.

—Todavía no nos ha dicho quién es usted.

—Váyanse al infierno —masculló el visitante, dirigiéndose hacia la puerta.

—¡Un momento! Creo que vamos a… aceptar su plan, señor.

—Yo puedo saltar por la terraza —se puso en pie el más joven de los árabes.

—Deme sus ropas… ¡Vamos, vamos!

En menos de un minuto, el hombre vestido de negro, que se despojó de sus pantalones, quedó ataviado con la amplia y larga chilaba. No tan larga que no se viesen sus pies, calzados de negro también. Inmediatamente, señaló la puerta-ventana al árabe que había quedado vestido con fina camisa de seda azul y los negros pantalones, recogidos sobre los pies. Luego apagó la luz y salió con el árabe a la terraza. Tras asegurarse de que nadie podía verlos, lo ayudó a descolgarse. Volvió al interior del dormitorio, fue hacia la puerta, la abrió…

—Salgan.

Habría sido mejor salir todos por la terraza, pero había dos hombres que habían rebasado ya la edad que permitía esa posibilidad. Por tanto, era mejor ir todos juntos por allí…, arrasando cuanto fuese necesario.

Fue necesario muy poco.

Estaban llegando al vestíbulo cuando uno de los criados apareció, procedente del fondo de la casa. Pareció quedar clavado en el suelo, atónito, pero en seguida metió la mano bajo sus ropas…

Plop.

El falso árabe disparó una sola vez y el sirviente dio un grotesco salto hacia atrás, cayó de espaldas y quedó inmóvil.

—¡De prisa! ¡Al garaje!

Franz Molinari quedó en actitud de atención y, de pronto, se irguió, crispado el rostro por la ira.

—¡Den la alarma! —gritó.

La orden no iba dirigida a quienes estaban cerca de él, sino a los controles. Inmediatamente comenzó a oírse el fino, agudo silbido en todo el salón, en todo el subterráneo en forma de hache. Compartiendo la pequeña mesa colocada en un rincón del gran salón, estaban Cassim y Abdul Mizar, ya terminado su café. Más allá, formando parte de la guardia, estaban Simón y Brigitte, junto con tres hombres más. Pitzer y Simón-Lisboa no estaban de turno de vigilancia de los minicerebros…, porque así lo había decidido Brigitte, haciéndoselo entender sin necesidad de hablar.

—¿Qué ocurre? —se interesó Abdul Mizar, alarmado, hablando en perfecto inglés.

—¡Algo ha ocurrido en la casa, Mizar! ¡Y sus hombres no son ajenos a esto!

—No comprendo…

—¡Uno de los minicerebros ha dejado de funcionar, lo cual significa que su portador ha muerto! ¡Acabo de recibir esa información!

—Le aseguro qué no entiendo…

—¡Pronto comprenderá, Mizar, se lo aseguro! ¡Sus estúpidos hombres no han hecho más que acelerar todo el proceso! ¡Enciérrenlo!

Abdul Mizar se puso bruscamente en pie, descompuesto el rostro por la ira.

—¡Señor Molinari, no sé qué pretende, pero…!

—¡Quítenmelo de delante! ¡Y atentos la mitad de los minicerebros a una rápida salida al exterior, para exterminar a esos cuatro locos que han llegado con Mizar! ¡Ellos lo han querido!

Dos docenas de hombres en total estaban ya reunidos en el salón del «trono» de Molinari, hacia el cual corría éste rápidamente. Se encaramó a él, mientras cuatro fornidos minicerebros reducían rápidamente a Abdul Mizar, ayudados por Cassim, cuyo rostro estaba de un extraño color amarillento.

—¡Diez de ustedes, arriba! —gritaba Molinari—. ¡De prisa!

La pequeña puerta que daba a la escalera en forma de tornillo quedó abierta, y diez hombres se precipitaron por ella, armas en mano, desapareciendo en seguida… Abdul Mizar era sacado del salón, entre los cuatro hombres. Cassim ya no les ayudaba. Parecía no saber qué hacer.

—¡Atención al control de los minicerebros! —gritaba Franz Molinari—. ¡Los quiero todos vivos y sin molestias! ¡Pero si alguno intenta alejarse, mátenlo! ¡A los demás los necesito vivos, por si este intento es más fuerte de lo que pensamos! ¡Maten a Cassim!

Cassim se volvió velozmente hacia Molinari.

—¡No! —aulló—. ¡Yo no he tenido nada que ver con esto, no sabía nada, no…! ¡AAAAaaaAAAA…!

Había caído primero de rodillas, luego de bruces, gritando de aquel modo horrible, escalofriante, retorciéndose, golpeándose la cabeza. Durante seis horribles segundos, el alarido de Cassim se oyó por encima de cualquier otro ruido. Luego, de pronto, cesó. Todos habían estado tan atentos a esto, tan aterrados, con el pensamiento de que en cualquier momento podía tocarles el turno a ellos, que descuidaron la vigilancia de la entrada al salón…

—¡Molinari! —Se oyó la voz cuando cesó el alarido de agonía—. ¡No se mueva! ¡Que no se mueva nadie!

Franz Molinari se volvió, respingando, hacia la entrada de la escalera de tornillo. Vio al altísimo árabe, apuntándole con una pistola, fríamente, firmemente. Detrás de él llegaban tres árabes más, que se colocaron a sus lados… La comprensión de lo que había sucedido hizo enrojecer de rabia a Franz Molinari: aquellos cuatro árabes habían esperado que sus minicerebros saliesen a los jardines a buscarlos, y luego habían entrado tranquilamente. Lo cual quería decir que conocían la entrada… Eso probaba que Cassim le había traicionado a pesar de ser portador de un minicerebro…

—Si da una sola orden, disparo… —advirtió el árabe de la pistola—. Una sola palabra, Molinari, y le reviento la cabeza de un disparo. No sé lo que usted o sus máquinas conseguirán, pero ya estará muerto para entonces. Si no hace exactamente lo que yo le mando, lo mató en el acto.

—¿Y qué es lo que quiere usted?

—Dígales a esos hombres que tiren sus armas…

Molinari hizo una seña y todas las armas cayeron al suelo. La situación estaba muy clara: si los minicerebros recibían la orden de matar a los visitantes, ciertamente, lo conseguirían. Pero para entonces no cabía duda de que Molinari estaría ya muerto. Y matar a los minicerebros no era conveniente en aquel momento, ya que significaría quedarse definitivamente sin fuerzas…

Mientras los tres acompañantes del falso árabe recogían rápidamente todas las armas, él preguntó:

—La señorita Montfort, ¿dónde está?

—Se fue con Abdul Mizar, custodiándole… Usted no es árabe. Usted…

—Quizá haya oído hablar de mí, Molinari. Al menos, lo suficiente para ordenar mi ejecución: soy Número Uno.

—¡No! ¡Usted está muerto…! Baby lo mató, los supervisores lo remataron…

—Baje de ahí. ¡Ahora! Molinari, quiero que sepa una cosa: si usted da la menor orden que yo pueda interpretar dirigida contra Baby, se queda sin cabeza. No lo repetiré. ¡Baje de ahí, le digo!

Franz Molinari vaciló un instante, pero la mirada de los negros ojos de Uno le convenció muy pronto. Saltó de su «trono», y se acercó al espía particular, siguiendo sus indicaciones por gestos. Número Uno lo asió por el cuello alto de la casaca, colocándolo ante él.

—¡La puerta forrada de acero o lo que sea, Molinari! ¡Vamos al cuarto misterioso!

—¡No! ¡Me matarán si lo llevo allí, me matarán…! Aunque yo no dé órdenes, pueden matarme a mí, y a todos… ¡También a la señorita Montfort…!

Número Uno golpeó en la cabeza a Molinari, tirándolo de bruces al suelo, ante los pies de los agrupados minicerebros, en total de diez, que no sabían qué hacer. Lo único que estaba clarísimo era su profundo terror a que de un momento a otro les llegase la onda de insufrible dolor.

Uno se volvió hacia los tres árabes que habían recogido las armas.

—Vuelvan arriba. Sus amigos deben estar necesitando ayuda armada. Pero si es posible, eviten todos la pelea.

—¿Se va a… a quedar solo aquí dentro con estos hombres…?

—No me atacarán… —sonrió Número Uno—. Hay un poco de confusión en la máquina o lo que sea que los controla. Saben que están desarmados, o sea que nosotros podríamos matarlos. Y tampoco los van a matar, pues los necesitan… ¡Salgan!

Estaban saliendo apresuradamente los tres árabes cargados, con las pistolas, cuando uno de los minicerebros, contestando a la pregunta recién recibida, dijo, en voz alta:

—Le han golpeado. Está inconsciente en el suelo.

Miraba a Molinari. Número Uno lo miró a él, y entornó los ojos, expectante.

—No… —protestó débilmente el minicerebro—. Estamos desarmados, y él tiene una pistola. Es un solo hombre, pero… ¡AAAAaaAAaaaa!

El minicerebro se llevó las manos a la cabeza, aullando. Los demás comprendieron: estaba dada la orden de ataque, y el que se negase, moriría como ya sabían… También Número Uno comprendió en seguida, y salió del salón, por la puerta que daba al pasillo, cerrando tras él. Aún no había cerrado ambas hojas de gruesa madera, cuando los minicerebros saltaban hacia la puerta, como locos: cualquier cosa, incluso un balazo en la cabeza, era mejor que morir de aquella forma.

Estaba corriendo Número Uno a toda velocidad por el pasillo, cuando se abrió una puerta de cristal. La pistola del espía se movió hacia allí…, pero no llegó a ser disparada. Brigitte Montfort apareció con los ojos muy abiertos, y un dedo en los labios, haciéndole señas de que fuese hacia allí. Sin vacilar, Uno entró en el quirófano, justo cuando se abría la puerta doble del salón, y los minicerebros aparecían en el pasillo…

—¡Al otro pasillo! —gritó Brigitte—. ¡Lo he visto corriendo hacia allí! ¡Vamos a por él!

Jadeando, los minicerebros se lanzaron por el pasillo central de la hache, hacia el otro. Iban como ciegos, dominados por el pánico. Lo único que querían era matar al intruso, para no ser castigados. Y en aquel corto pasillo, se tropezaron con Simón-Lisboa, Simón-Nueva York y Pitzer, que llegaban corriendo también…

Brigitte se volvió hacia Uno, angustiada la expresión. Meredith Collins, con bata blanca, estaba inmóvil en un lado del quirófano, en cuya mesa aparecía tendido Abdul Mizar, ya sumergido en el

negro pozo sin fondo, tras recibir el pinchazo. Sólo con gestos, la espía atrajo a Uno al pasillo de nuevo, ahora solitario, y señaló la puerta del fondo. Uno se alzó a toda prisa las ropas, y sacó un paquete alargado, que desenvolvió frenéticamente, mostrando la masa del explosivo plástico, lista para ser colocada y activada en el acto. Brigitte asintió con la cabeza, y en aquel mismo instante lanzó un alarido y cayó de rodillas.

—¡AaaAAAaaa…!

El dolor cesó en seguida, y la voz sonó dentro de su cabeza:

—Señorita Montfort, vaya con los demás a matar a ese hombre.

Arrodillada, tenso el rostro, Brigitte empujó a Uno, que intentaba auxiliarla. Y mientras lo empujaba y señalaba hacia la puerta del fondo, gritaba:

—¡Ya les dije a los demás hacia dónde había ido! Yo… yo sólo quería… quedarme con el doctor Meredith, esperando a Molinari para… para ver cómo hacía la operación…

Número Uno estaba ya ante la puerta del fondo del pasillo, con la cabeza vuelta hacia ella, angustiado. Pero Brigitte continuó con sus gestos, bien expresivos de que Uno debía desentenderse de ella y dedicarse a lo que había proyectado.

—El doctor Meredith —le dijeron dentro de su cabeza— no la necesita a usted para nada. ¡Vaya con los demás! Y tengan cuidado, pues las cámaras de aquellos cuartos no indican la presencia de ese hombre… ¡Obedezca! Tiene usted su pistola: ¡vaya a matar!

—Sí… ¡Voy a hacerlo ahora mismo! ¡Voy!

Se puso en pie, lentamente. Por el pasillo central de la hache regresaban los demás minicerebros, en tropel, aullando… Y delante de la puerta blindada estaba Número Uno, que se apartaba en aquel momento, mientras la mecha de la carga de plástico iniciaba su recorrido fulgurante hacia la mesa adherida a la madera con interior de acero.

En un instante, mientras. Número Uno corría alejándose de allí, como si quisiera arrojarse en el grupo de minicerebros para ser destrozado, éstos comprendían lo que iba a ocurrir, y, por instinto, retrocedían, desistiendo automáticamente de quedarse allí, olvidados de que era aquel hombre al que debían matar. Todo ocurrió en menos de un segundo; mientras todos los minicerebros retrocedían por el pasillo del centro, atropellándose unos a otros,

Brigitte tendía una mano a Número Uno, asía una de él, y tiraba hacia dentro del quirófano, rodando por el suelo, todavía con el tremendo impulso del espía…, y en el pasillo resonaba la explosión, fortísima, que hizo vibrar todo el sótano; la puerta de cristal del quirófano saltó en pedazos, temblaron todos los muebles metálicos, reventaron los armarios de cristal… Todo se llenó de humo, de polvo, de astillas de madera… Por un instante, pareció que el techo se les fuera a caer encima.

La señal de alarma, aquel fino silbido, había cesado. Número Uno fue el primero en ponerse en pie, ayudando a Brigitte, que se volvió hacia el fondo del quirófano, donde Collins gemía bajo el peso de uno de los armarios, caído sobre él. Abdul Mizar seguía atado de torso y piernas a la camilla metálica.

—Ayúdame —jadeó Brigitte.

Entre los dos sacaron a Meredith Collins de debajo del armario de metal y cristal. Estaba magullado, cortado en varios puntos por los trozos de cristal, pero sin mayores daños…

—¡Baby! —Oyeron la voz de Pitzer—. ¡Baby!

—Venga, Meredith… —sonrió crispadamente Brigitte—. Vamos a dedicarnos a algo muy agradable.

En la puerta del quirófano se tropezaron con Pitzer, Simón y Simón-Lisboa, a los cuales se apresuró a tranquilizar Brigitte. Todavía estaba todo lleno de humo. En el pasillo iban apareciendo los minicerebros, como si todavía fuesen robots, aturdidos, indecisos… No opusieron la menor resistencia cuando Brigitte, Uno, Collins, los dos Simones y Pitzer corrieron hacia el fondo del pasillo. La puerta estaba ahora desnuda de madera, se veía la plancha de acero, intacta. Pero había sido arrancada por la explosión, hundida hacia dentro de aquel cuarto en el que todavía tardaron casi un minuto en poder ver otra cosa que chispas azules… Hacia el fondo, se oían unos gemidos. Brigitte hizo intención de entrar, pero Número Uno la apartó, y se adelantó. Ella lo hizo detrás. Había un hombre tendido de bruces en el suelo, ante una de las máquinas que lanzaban chispas. Tenía la cabeza como partida en dos, de modo que era fácil comprender que había muerto. Al fondo, con la cara llena de sangre, los brazos colgando como si fuesen de hilo, y con una pierna tronchada bajo el cuerpo, había otro hombre, gimiendo…

Número Uno miró a Brigitte, ella asintió con la cabeza y el espía alzó su pistola.

Plop.

Se hizo el silencio. No más gemidos.

—Mira si hay archivos, Uno.

No había archivos. Sólo máquinas, con muchos botones, paneles de mando, luces, y media docena de pantallas de televisión que habían estallado.

Brigitte se volvió hacia la puerta, donde todos los minicerebros la miraban, esperaban… La espía suspiró profundamente.

—Esto es todo, señores. No sé quiénes son ustedes, ni me importa. Supongo que son los últimos agentes de los muchos que han desaparecido en las últimas semanas: rusos, ingleses, americanos, franceses… El control de los minicerebros ha cesado. No sé lo que pensarán hacer por su parte, pero yo, lo primero de todo, va a ser hacerme quitar mi minicerebro. No obstante, si alguno de ustedes, ya libre de control, prefiere examinar este lugar, obtener conclusiones, o sacar provecho de la experiencia vivida, sólo me resta decirles «buena suerte»… Y pedirles que me olviden. Adiós.

Capítulo VII

Brigitte y su grupo recorrieron el pasillo y llegaron al salón de Franz Molinari. Número Uno señaló el suelo, hoscamente.

—Se ha ido —gruñó.

—Salgamos… —dijo Brigitte—. Hay que avisar a los demás de que ya no son minicerebros.

—Yo puedo encargarme de eso con mucho gusto… —dijo Simón-Lisboa, exultante de alegría—. ¡Con muchísimo gusto, se lo aseguro!

—Tenga cuidado… —dijo Uno—. Hay unos cuantos árabes ahí fuera que están luchando por el hombre del quirófano, Abdul Mizar. Sea bien claro en sus explicaciones cuando salga, que todos dejen de pelear. Y vea si alguno ha cazado a Molinari.

—*Okay*.

Pitzer miró a su alrededor, con expresión hostil.

—Tiene que haber por aquí algún escondrijo —masculló—. Franz Molinari debía tener forzosamente algún archivo, algo… Tiene en sus manos a mucha gente importante todavía, y convendría saber quiénes son, para, al menos, anularlos. No olvidemos que cada uno de esos personajes importantes está controlado en su lugar de residencia por aparatos portátiles.

—Hay más de cien… —murmuró Brigitte, mirando hacia los grandes mapas de las paredes—. Y dos gobernantes, en África. Ciertamente, no creo que Franz Molinari tuviera todos esos datos en la cabeza. Pero aún hay más: no creo que Molinari fuese el jefe. Era un minicerebro también, recuérdenlo.

—Todos debían estar bajo el mando o control de los dos hombres que había en la sala blindada —dijo Simón.

—Es posible… —admitió Brigitte—. Vaya a ver si ellos eran también minicerebros, Simón. Ah, doctor Collins, ¿quiere ir con mi amigo? Usted verá en seguida si los dos hombres eran o no eran

minicerebros.

—Está bien… Pero, a mí, personalmente, no me importa demasiado, Brigitte. Lo que sí me importa es salir inmediatamente de aquí, a fin de que me extraigan el minicerebro. Conozco un colega que lo hará. Y yo puedo operarles a ustedes, si lo desean. He asistido a tantas operaciones, que conozco muy bien el sistema.

—Primero veremos qué hay por aquí que antes no hayamos podido ver.

—Yo creo que lo primero es quitarte esa cosa de la cabeza —dijo Uno.

—Lo primerísimo… —Apoyó Collins—. No sé quién mandaba realmente esto, pero sí sé que Molinari tiene no muy lejos de aquí un control portátil. Si ha escapado, y logra llegar allá, al escondrijo, ustedes estarán nuevamente bajo su control.

—¿Está seguro de que tiene un aparato de control? —Palideció Brigitte.

—Segurísimo. He podido estudiarlo en diversas ocasiones, y no me sorprendería que tuviera planeado hacer por sí mismo lo que ha hecho este hombre: destruir los controles de «Lúa Vermelha», de modo que él quedaría libre, y entonces tener poder sobre todos los demás. Por supuesto, lo primero que haría sería quitarse su minicerebro.

—O sea, que Franz Molinari continúa siendo peligroso…

—Yo creo que sí.

—Vámonos… —dijo Uno—. Quiero que te quiten eso en seguida. Es absurdo que te arriesgues a estar controlada otra vez.

—Bueno… Es que van a quedar muchas personas importantes todavía controladas… Si pudiéramos saber quiénes son…

—Sobre todo, los de Estados Unidos… —dijo Pitzer—. Esos minicerebros introducidos en nuestros servicios políticos, militares, de espionaje, y demás, pueden ocasionarnos mucho daño, ya que Molinari puede ahora hacerse cargo de todo.

—Pero debe tener algo, un fichero… ¡Algo!

—Podemos venir aquí mañana a examinar hasta el último rincón —dijo Uno—. Ahora, nos vamos.

—Parece que a usted no le importa demasiado los perjuicios que Estados Unidos puedan sufrir con este asunto, Número Uno —musitó Pitzer.

—¿Por qué me llama Número Uno?

—Porque lo es.

—Usted está loco… Larguémonos de aquí.

—Espere un instante… No quiero que haya más equívocos entre nosotros. Yo entiendo que Baby y usted mismo no desean que se sepa que está vivo, después de haber sido vendido por la CIA en Atenas. Pero si bien estoy dispuesto a complacerles, no quiero pasar más por tonto. Le conozco bien: usted estuvo en Jamaica cuando el funeral de Baby, y me consta que su colaboración fue tan eficaz como lo ha sido ahora. También sé que ella ha recibido en ocasiones una ayuda fabulosa… e inexplicable. Y, por último, le diré que después de lo de Jamaica, estuve en los ficheros de la Central, y busqué la fotografía de Número Uno… ¿Insiste en negar su personalidad, Número Uno?

—Número Uno murió, tío Charlie —dijo secamente Brigitte.

—Pues yo digo… Ah… Bien, de acuerdo: Número Uno murió. Pero yo no he muerto todavía, ni tengo rencores contra la CIA ni contra mi padre. De modo que quiero saber qué personajes importantes de allá son minicerebros que, dentro de poco, puedan estar a las órdenes de Franz Molinari.

—No discutamos… —murmuró Collins—. Yo también me debo a la CIA, señor Pitzer. Pero, lo que sea que Molinari o los otros tuvieran aquí, tiene que estar muy bien escondido. ¿Por qué no nos ocupamos ante todo de quitarnos los minicerebros? Podemos hacerlo, y volver todos en busca de lo que sea. Pero adelantémonos a Molinari o…

La amenaza quedó en el aire, bien clara y terrible para todos. Número Uno asió de un brazo a Brigitte, y se dirigió hacia la salida de la escalera-tornillo. Aún no había llegado allí, cuando Simón regresaba, sonriendo de oreja a oreja.

—Todo arreglado. No he visto nunca nada semejante… Estaban dispuestos a matarse unos a otros, y ahora no hay personas más amistosas entre sí. Los árabes vienen detrás mío, a por Abdul Mizar. ¿Adónde van ustedes?

—¿Quiere quitarse su minicerebro? —preguntó Uno.

—Buena broma… —murmuró Simón—. ¿A qué estamos esperando?

Pitzer refunfuñó algo, pero tuvo que resignarse. Estaba bien

claro el deseo de todos de salir de allí cuanto antes, para quitarse el minicerebro. Lo demás podía esperar. Y, ciertamente, lo que fuera que estuviera allí bien escondido, no sería fácil de hallar. Necesitarían tiempo y paciencia.

Antes de que emprendieran la ascensión, tuvieron que esperar a que los árabes entraran en el salón. Dos de ellos llegaban heridos y, al parecer, arriba había quedado uno muerto… Pero no había rencor entre los árabes y los minicerebros que llegaron detrás, dirigiéndose en seguida hacia el fondo del pasillo.

—Encontrarán a su jefe por ahí dentro —dijo Número Uno.

El más viejo de los consejeros asintió con la cabeza.

—Gracias en su nombre… Abdul Mizar, y nosotros, estaremos siempre dispuestos a devolverle el favor, ampliado. Alá le acompañe.

Casi a una, todos los árabes se inclinaron, tocándose el estómago, la boca y la frente, fijos sus ojos en Número Uno. Éste inclinó la cabeza y eso fue todo. Siempre sujetando a Brigitte por un bracito, como si temiera que pudieran arrebatársela o perjudicarla, emprendió la ascensión. Desde luego, nadie sabía nada de Franz Molinari y, precisamente por eso, urgía la extracción de los minicerebros.

Entraron todos en el coche. Los dos Simones, delante. Pitzer y Collins en los asientos supletorios, y Brigitte y Uno en el asiento de atrás. Simón-Lisboa puso en marcha el coche y, de pronto, se volvió.

—Hay una cosa que alguien debería explicarme —gruñó—: si yo vi bien, Baby le mató a usted, Número Uno… o quienquiera que sea… Y si ella lo mató, y dos de los minicerebros que hacían de supervisores le remataron…, ¿cómo es posible que esté usted vivo?

—Llevaba un chaleco especial… —Sacó el objeto pequeño como una judía y lo tendió a Brigitte—. Mi amigo de donde tú sabes encontró un aparato de éstos en la cabeza de cada uno de los hombres que quisieron matarte, y comprendí que, de un modo u otro, influía en la voluntad, o en los centros nerviosos. Así que cuando vine a Estoril y no te encontré, temí que hubieses podido sufrir un percance parecido al de ellos, y quise prevenir esa peligrosa contingencia. Era evidente que si ellos, que tanto te querían dispararon dispuestos a matarte, tú podías intentar lo mismo conmigo. De modo que me puse mi chaleco especial.

—Ya lo sabía… —sonrió crispadamente—. Pero no estaba segura. Tenía que ser así, pues por algo eres… eres…

—Número Uno —gruñó Pitzer.

—Eres inteligente… —terminó Brigitte—. Pero no es lo mismo la inteligencia que los conocimientos de los hechos.

—Afortunadamente conocía los hechos… —sonrió Uno—. Y tu ausencia me hizo tomar precauciones. Lo peor fueron los balazos de aquellos tipos, los que nos seguían en el coche… Tu pistola dispara unas balas pequeñas, y mi chaleco las detuvo bien…

—Pues parecías estar muriendo de verdad, hasta el punto de que… creí que… Yo sabía que no podías fallar en eso, pero cuando te vi caer y…

—Todo ha terminado. Sólo quedan unos hematomas tremendos en mi espalda, debidos a los balazos de aquellos minicerebros… Tuve que deslizarme hacia el agua, o me habrían matado de dolor tan solo.

—O un disparo a la cabeza —sugirió Pitzer.

—Fue un riesgo —admitió inexpresivamente Uno.

Un riesgo enorme, casi un suicidio. Todos lo comprendieron así. Pero Número Uno fue muy bien pagado por ese riesgo: en la oscuridad del coche, la mano de Brigitte se deslizó hasta tomar una de las suyas, y la apretó, dulcemente. Y Número Uno comprendió.

Cuando llegaron a Lisboa, era más de medianoche. Simón-Lisboa condujo el coche hacia la casa del doctor Collins, en Avenida Infante Santo, cerca de la Iglesia de Estrella. Lisboa, la bella ciudad, vieja y moderna, en una mezcla de extraordinario encanto… Pero los ocupantes del coche tenían cosas más serias en qué pensar; sus vidas propias. El viaje se había hecho a toda velocidad posible, y cuando, por fin, el coche se detuvo delante de la casa de Meredith Collins, hubo un par de segundos de tenso silenció.

—Hemos llegado —dijo Simón-Lisboa.

Collins fue el primero en apearse. Sacó sus llaves, con toda tranquilidad, y abrió la verja. Dejó pasar a los demás, que cuando llegaban a la entrada estaban contemplando ya al impasible y serio Joao, que acudía a ver qué ocurría.

—Prepárate —le dijo Collins—: tendrás que ayudarme en el quirófano. Ve a prepararlo todo.

Entraron todos en la casa, y Joao desapareció camino del

quirófano que Collins tenía en la casa.

—No es como el de «Lúa Vermelha» —sonrió el médico—, sino un quirófano muy modesto, domiciliario. Más bien de emergencia, para cosas pequeñas. Tengan en cuenta, además, que yo no soy propiamente cirujano, sino… ¿Cómo diría…?

—Un remendón —sonrió Brigitte.

—Quizá sea esa la palabra… —sonrió también Collins—. De todos modos, puesto que mi misión más importante en Lisboa ha sido precisamente atender a los compañeros que llegaban heridos, estoy bien provisto de todo. No será difícil extraer los minicerebros.

—¿Quién le extraerá el suyo? —se interesó Uno.

—Tendré que llamar a un colega… Bueno, esto va a resultarle sorprendente en verdad. No sé qué explicación podré darle.

—Primero, quítese el minicerebro. ¡Luego, ya buscará una explicación!

—Desde luego… Iré a telefonear desde mi despacho. Vayan con Joao, al quirófano. Llego en seguida.

—De acuerdo. ¿Es una intervención larga?

—¿Extirparlos? No, no… Puede hacerse en diez o quince minutos solamente, me parece. Hasta ahora.

Collins fue hacia su despacho, dispuesto a telefonear a un colega que le operase a él, mientras los demás, siguiendo el camino de Joao, se dirigían al quirófano. Cuando llegaron allá, Brigitte alzó las cejas, complacida. Efectivamente, el quirófano era más bien pequeño, pero magníficamente acondicionado. Era un consuelo saber que si alguna vez pasaba herida por Lisboa…

—¡AAAAaaaAAAaaaAAAAA…!

Pitzer había pegado tan fortísimo salto mientras lanzaba el alarido de dolor, que llegó hasta la pared, donde rebotó, para caer de espaldas al suelo, todavía gritando, aullando, golpeándose la cabeza con las manos, con una fuerza salvaje, impropia de él. Cuando, siempre de pronto, cesó el dolor, quedó como muerto en el suelo. Por unos segundos, nadie se movió. Excepto Número Uno, todos estaban pálidos de espanto. Ni siquiera tenían fuerzas para reaccionar, a pesar de que Pitzer gemía lastimeramente, finalizado el dolor.

Brigitte fue la primera en reaccionar. Se acercó a él, le sentó y lo sostuvo apoyándolo en él.

—Tío Charlie… —musitó—. Tío Charlie, no ha sido nada… Nada… Aún está vivo…

—Dios míos… ¡Dios mío! —Casi gritó el jefe del Sector de Nueva York.

—Cálmese. No podemos perder la serenidad ahora. Esto significa que Franz Molinari ha conseguido su aparato de control. De nuevo nos tiene en sus manos, pero haremos algo…

—No… ¡No! ¡No hagan nada! ¡Por Dios, no hagan nada, no quiero volver a sentir eso, no…!

Baby pasó una mano por la sudorosa frente a Pitzer.

—No volverá a sentirlo. Sólo tenemos que volver a obedecer, y todo irá bien. Molinari le debe estar oyendo ahora a usted, o quizá a mí… Dígalo en voz alta, tío Charlie. Dígale que estamos dispuestos a seguir a sus órdenes, haciendo lo que él nos diga. Dígalo en voz alta, y él le oirá.

Charles Alan Pitzer tragó saliva.

—Molinari… —tartamudeó—. Molinari, no vuelva a hacerlo… Le obedeceremos, aceptamos la situación… ¡No vuelva a hacer eso con ninguno de nosotros!

—Dígale que ha ganado la partida.

—Molinari, usted… usted ha ganado la partida…

Baby y yo, y los demás, le obedeceremos… Todos le obedeceremos.

—¿Incluso. Número Uno? —dijo una voz en la puerta del pequeño quirófano.

Todos se volvieron velozmente hacia allí.

—Meredith… —susurró Brigitte—. Meredith Collins… ¿Qué significa todo esto?

Capítulo VIII

Meredith Collins se echó a reír. Tenía en las manos un pequeño aparato que parecía un televisor a pilas. Se reía tan satisfecho que todos sintieron un escalofrío.

—¿De verdad no lo comprende, señorita Montfort? Oh, vamos, estoy segura de que tiene que comprenderlo. Piense… Recapacite con tranquilidad…

—Collins —susurró Número Uno—: deje caer ese aparato ahora mismo.

El médico lo miró. Número Uno le estaba apuntando con su pistola, pero eso pareció hacerle mucha gracia.

—¿Me está amenazando? Lo esperaba… Usted es el hombre más peligroso aquí, porque no está dotado de su minicerebro. Sin embargo, mis ojos ven mucho, Número Uno… Mucho. Y le he preparado en estos segundos un contraataque: la onda del control que ve usted ahora en mis manos no está ya conectada con el minicerebro del señor Pitzer, sino con el de la señorita Montfort. Mueva usted siquiera sea un dedo, y… Bien… Quizá pueda matarme. Pero en los segundos que necesite para comprender este aparato y detenerlo, la señorita Montfort morirá, entre dolores que sólo los minicerebros son capaces de imaginar. Y… yo sé muy bien que usted no va a permitir eso. De modo que deje caer su pistola, y retroceda. Eso es… Perfecto, Número Uno… Joao, recoge la pistola del señor. Y apártate de ellos. Quiero que los tengas bien apuntados a todos, ya que solamente puedo tener bajo control a uno, con este pequeño aparato. Naturalmente, ese uno es la señorita Montfort, el personaje más querido por todos… ¿No es cierto, caballeros? Dudo mucho que ninguno de ustedes haga algo que pueda perjudicarla. La envidio, señorita Montfort.

—Brigitte… —sonrió la espía—. Solamente Brigitte, doctor Collins. O, mejor aún, Baby. Sí… Para usted soy Baby… ¿Sabe lo

que significa eso?

—No. Explíquemelo.

—Que le mataré. No sé cómo ni cuándo, doctor, pero le mataré.

—Fanfarronadas… Fanfarronadas de espía que hasta ahora ha tenido mucha suerte. Sabe muy bien que puedo matarla en cinco o seis segundos.

—Desde luego. Pero Número Uno, como usted le llama, le degollará, le hará pedazos. Su muerte, Collins, no será mucho mejor que la mía.

—He podido conocer bien en este poco tiempo al hombre que más me ha molestado desde hace mucho tiempo. —Collins miró a Número Uno—. Y sé que él no hará nada en tanto esa pasividad suya signifique la prolongación de la vida de usted, Baby.

—Quizá. ¿Qué me dice de Franz Molinari? ¿Ya no teme que él consiga también un control para el minicerebro de usted?

Meredith Collins se echó a reír.

—¡Por favor…! ¡Yo soy, precisamente, una de las pocas personas de todo este asunto que no lleva un minicerebro…! Soy el creador, el inventor. Molinari no ha sido más que otra pieza en mis manos. Cierto que me resultó útil al principio, pero, en cuanto se descuidó, lo convertí en un minicerebro, a fin de dominarlo mejor. Yo inventé todo el asunto, el aparato, sus posibilidades… Conocí a Molinari, que es un gran experto en cuestiones de electrónica transistorizada, y, entre los dos, construimos el minicerebro. Una vez conseguido el prototipo, yo no necesitaba realmente a Molinari, así que en cuanto se descuidó, le coloqué uno en su cabeza… Era demasiado ambicioso y convenía tenerlo muy bien controlado.

—Pues se le ha escapado.

—No irá muy lejos…

—Desde luego que no, Collins… —dijo la voz de Molinari, por detrás de Collins—. No iré muy lejos… sin matarlo y llevarme ese aparato. ¡No se vuelva! Ni se mueva… Eso es… Completamente quieto, Collins. Sabe que yo sí tendría tiempo de dispararle a la cabeza antes de que colocase en el control la onda de mi minicerebro. Camine hacia dentro del quirófano, deje el aparato en el suelo y siga hacia el rincón. Yo seré quien tome la última decisión en esta reunión. ¡Obedezca!

Meredith Collins, pálido como un muerto, obedeció. Acabó de

entrar en el quirófano, dejó el aparato de control en el suelo y siguió hasta el rincón, donde se volvió, para mirar a Molinari, que había aparecido ya en el umbral.

—Franz… —musitó—. No sea loco… Si nos enfrentamos los dos, sólo estas personas saldrán beneficiadas. Arreglemos el asunto con ellos, y luego podremos entendernos…

—¿Sí? ¿Cómo?

—Le quitaré el minicerebro… Jugaré limpio con usted en lo sucesivo…

—¿Por qué he de creerle? Usted me buscó, me pidió colaboración, y yo se la presté. Me proporcionó la villa «Lúa Vermelha», empezamos a trabajar juntos, capturando espías de varias nacionalidades, y convirtiéndolos en minicerebros. Luego, por fin, le tocó el turno a Lisboa, que usted quería convertir en su cuartel general definitivo. Pero yo le parecí demasiado ambicioso, ¿no es cierto? Como para entonces ya todo estaba en marcha, decidió que le estorbaba…, porque usted es aún más ambicioso que yo. Y me quitó de en medio, me convirtió en un títere suyo. ¿Cree que no sabía que usted tenía un control aquí, además de haber dado órdenes severas a sus dos cómplices, del salón blindado? Ya hacía tiempo que estaba estudiando el modo de destruir aquel cuarto, de venir aquí, matarlo, y apoderarme de su control. Ese sería el punto de partida para que, en efecto, yo, sólo yo, empezase a ser el amo del mundo… ¡No usted, sino yo, Franz Molinari! Estoy muy bien enterado de todo… ¡De todo! Todos esos importantes minicerebros que están todavía controlados en todo el mundo, le proporcionan a usted no sólo informes y oportunidades, sino dinero… Muchos de ellos son millonarios. Con el dinero de esas personas, usted compra de todo: material, armas, yates… ¡De todo! Resulta que sus propias víctimas son los que le abastecen del gran capital que hace falta para mantener todo esto… Es irónico, ¿no le parece? Pero, irónico o no, yo seré ahora quien disfrutará de todo ello.

—No podrá.

—¿No? ¿Por qué?

—Usted no sabe quiénes son esas personas, Molinari. Si acepta mi convenio…

Molinari se echó a reír. Rió tanto, de tan buena gana, que el monóculo escapó de su ojo.

—¡Convenio! —Hipó, estremeciéndose—. ¡No me obligue a reír más de lo saludable, Collins! ¡De usted no volvería a fiarme jamás en la vida! En cuanto a que no sé quiénes son las personas convertidas en minicerebros en todo el mundo, permítame que le saque de su error. Usted me ha estado menospreciando, sólo porque había conseguido colocarme un aparato en la cabeza. Pero me dio plenos poderes, ¿recuerda? Los hombres del control en «Lúa Vermelha» me obedecían como si fuera usted… cuando usted no daba contraorden, claro. Y jamás dio la contraorden respecto a mis salidas personales de «Lúa Vermelha». ¿Me comprende?

—No…

—Pues voy a decírselo. Sé dónde tiene usted todo el archivo de esos personajes que son portadores de minicerebros. En ese lugar, están no sólo sus nombres, rangos o profesiones o cargos, sino los nombres y domicilios de los hombres encargados de mantenerlos bajo control con aparatos como ese que todos vemos en el suelo… Sí. Sé dónde tiene usted su archivo especial, Quién tenga ese archivo, lo tendrá todo: podrá dominar y ampliar la red mundial de minicerebros… o podrá destruirla, según le convenga o quiera. ¿Y sabe cómo descubrí, por fin, ese escondite, Collins?

—No es cierto… No lo conoce.

—Lo conozco. Lo descubrí cuando usted vino a guardar el microfilm que Baby ofreció al señor Pitzer por quinientos mil dólares. ¿Recuerda? Yo me quedé con el microfilm, se lo entregué a usted y usted vino aquí en una escapada… Yo le seguí. Los del control de «Lúa Vermelha» sabían que yo me alejaba de la villa, pero no en qué dirección. Ni ellos, ni usted, podían saber que le seguía. Y así, le vi guardar el microfilm con las demás cosas, con todos los datos sobre todos los minicerebros del mundo: en su caja fuerte del despacho.

—¡Está loco! —rió acremente Collins—. ¡No encontrará nada de eso allí!

—¿No? ¿Ni siquiera en el doble fondo de la caja, Collins? ¿Está seguro?

—¡Mátalo! —chilló Collins—. ¡Mátalo, Joao!

Mientras gritaba, Collins saltó a un lado, queriendo apartarse de la trayectoria de las balas que disparase Molinari. Pero éste dedicó en seguida toda su atención, sobresaltado, al criado, que estaba

dispuesto a disparar, efectivamente…

¡Crack!

El disparo de Molinari resonó primero, y la bala dio en el centro del pecho de Joao, con terrible impacto, derribándolo, obligándole a soltar la pistola de Número Uno. Meredith Collins, chillando de rabia y miedo, se lanzó detrás de la camilla, en busca de protección, pero Molinari no le dio tregua, desviando inmediatamente su pistola hacia él…

¡Crack!

Collins lanzó un chillido cuando la bala dio en su hombro derecho, haciéndole girar aparatosamente, tirándolo contra Pitzer, que se lo sacudió de encima con un movimiento de repulsión, tambaleándose… Y, mientras tanto, Número Uno saltaba hacia el lado contrarío, consiguiendo su propósito: atraer a continuación hacia él toda la atención de Franz Molinari, que se dejó engañar por la astucia de los dos sensacionales espías. Mientras Uno atraía su atención y su bala, Brigitte se lanzaba hacia donde había dejado caer Joao la pistola de Uno. Y al mismo tiempo que éste recibía el balazo en el brazo izquierdo, Brigitte, tendida de bruces en el suelo, alzaba su pistola…

Plop.

Franz Molinari lanzó un grito cuando la bala se clavó en su vientre, privándole instantáneamente de toda potencia muscular o nerviosa. Cayó de rodillas, soltando el arma y llevando ambas manos al lugar donde se había clavado la bala. Todavía quiso reaccionar, mientras Brigitte se ponía en pie, pero Número Uno le aplastó la mano contra el suelo, mientras se inclinaba para recoger la pistola. En seguida miró hacia la divina espía, que sonrió y guiñó simpáticamente un ojo.

—Estoy bien… —aseguró—. ¿Cómo es posible que seas tan tonto? Tú estabas más cerca que yo de la pistola. Era yo quien tenía que atraer la…

—Está bien así —gruñó Uno.

Los demás asistían, impresionados, a aquel cambio de palabras tranquilas, sin emoción aparente; en el que, sin duda, se ponía en claro quién se había jugado la vida en beneficio del otro, comprendiéndose a la perfección. Y lo más sorprendente era que ambos habían estado dispuestos a correr con la peor parte de

aquella reacción salvadora.
Simón-Lisboa reaccionó muy pronto, asiendo a Collins y tendiéndole rudamente sobre la camilla. Simón-Nueva York asió a Molinari de un pie, con manifiesta hostilidad, agresivamente, y lo dejó a los pies de la camilla.
—Maldito par de perros…
—El control… —jadeó Pitzer—. Hay que destruir el control, Brigitte.
—¿Cómo no, Tío Charlie?
Apuntó al aparato y disparó tres veces, a pesar de que ya con la primera bala estalló, y comenzó a lanzar chispas y humo. Con un último estallido, reventó, mostrando su interior lleno de pequeñas piezas, de condensadores, transistores… Simón-Nueva York se acercó y acabó de hacerlo papilla con los pies, rojo el rostro, sudando de furia… Y mientras tanto, Molinari y Collins, ambos heridos, gemían su dolor. El que peor lo estaba pasando era Molinari, con la bala en el vientre. No sobreviviría, desde luego.
Brigitte se acercó a Collins.
—Muy bien, doctor… —dijo fríamente—. ¿Cómo abriremos su caja fuerte?
—Es… complicado…
—No para mí o mis amigos, ya debería saberlo. Sin embargo, vamos a simplificarlo todo. Simón: lleve a esta bestia a su despacho.
—Con gusto… ¡Con muchísimo gusto! ¡Cómo me engañó, perro!
Simón-Lisboa casi derribó al suelo a Collins al tirar de él para ponerlo en pie. Mientras Brigitte y ellos dos salían del quirófano, Uno se quedó dominando la situación allí dentro. Pitzer, todavía pálido, demudado el rostro, desorbitados los ojos, miraba como hipnotizado los restos del aparato de control.
Diez minutos más tarde, durante los cuales Molinari no había cesado de gemir, Simón-Lisboa llegó con Collins, al que empujó, derribándolo junto a Molinari, mirando a Número Uno.
—Dice Baby que quiere hablar con usted.
Uno salió del quirófano, en silencio. Se reunió con Brigitte en el despacho de Collins. Ella le señaló el montón de cápsulas de plástico especial que, evidentemente, contenían microfilms. Uno se sentó, siempre sin decir palabra, y comenzó a mirar a simple trasluz los diminutos microfilms, pero Brigitte le puso delante el visor

obtenido en la caja del médico traidor. El espía examinó algunos, sólo durante un par de minutos. Los dejó, cerró todas las cápsulas, hizo un cucurucho con una hoja de papel, metió dentro todos los microfilms, y lo tendió a Baby.

—A decir verdad —sonrió—, preferiría regalarte un ramo de rosas rojas.

—Será la próxima vez, querido… —sonrió ella, pero con cierta tensión en el rostro—. Uno: ¿me has perdonado?

Número Uno le tomó la barbilla sólo con dos dedos, y la besó ligeramente en los labios. Luego le pasó un brazo por los hombros y los dos volvieron al quirófano.

—¿Tienen toda esa información? —musitó Pitzer.

—Incluido el microfilm que le ofrecí, tío Charlie… —sonrió la divina—. Por cierto: espero que nuestro…, su compañero de París, esté esperándole en el hotel da Praia con los quinientos mil dólares.

—Sin duda alguna. Se los daré. Respecto a la información sobre todos los minicerebros que tenían distribuidos en el mundo…

—Eso tiene un precio diferente, tío Charlie.

—¡Cómo! ¿Qué está tratando de decir con eso? ¿Cuánto va a pedirme por…?

—Sólo silencio.

—¿Qué…? ¿Silencio? ¿Sobre qué?

—Sobre dos cosas, tío Charlie. Una: sobre mi intervención. Dos: Número Uno está muerto.

—Entiendo… Están aceptadas ambas condiciones. Pero me voy a ver en un lío tremendo para explicar todo esto en la Central sin mencionarlos a ustedes.

—No creo… Por la sencilla razón, tío Charlie, de que no le van a creer ni una palabra. Simularán que le creen, pero todos sabrán quién ha solucionado el asunto de los minicerebros. Es inevitable… y no me importa demasiado. Pero usted no admitirá nada sobre mí. ¿Está claro?

—Lo he entendido muy bien.

—Gracias. En cuanto a ustedes —miró a los dos Simones—, creo que puedo contar con su discreción. Saben muchas cosas de mí, de mi… amigo…

—Seremos tumbas —aseguró Simón-Lisboa.

—Que me entierren vivo si de mi boca sale la verdad sobre este

asunto —aseguro Simón-Nueva York, sonriendo.

—Gracias. Y ya que hablan de enterrar viva a la gente…, ¿no sería conveniente deshacerse de una vez por todas de estos dos caballeros?

—¿Los rematamos?

—¿Para qué malgastar balas, Simón? —deslizó gélidamente la espía internacional—. ¿No se le ocurre nada mejor? Ayer parecía tener usted más imaginación.

—Bueno…, ya que lo menciona…

Brigitte no quiso oír más. Entregó a Pitzer el cucurucho con los microfilms que destruiría, en pocos días, todo el tinglado mundial de los minicerebros. La campaña iba a ser sonada, pero ella había hecho su parte. Mientras la CIA y los demás servicios de espionaje se dedicaban a una limpieza y arreglos generales, ella estaría… viviendo.

—Me debe usted quinientos mil dólares, tío Charlie… —sonrió —. Y dos docenas de rosas rojas.

—Puedo darle el dinero dentro de…

—No. Aquí nos despedimos. Y puesto que son espías muy eficientes, ¿serán tan amables de despedirme con toda la legalidad propia del caso del hotel da Praia? Supongo que podrán arreglar eso…

—Lo arreglaremos. ¿Adónde va?

—A pensar y a descansar… —musitó Baby—. Maté a un Simón en cierto lugar. Eso no podré olvidarlo nunca. Ya sé que no tuve más remedio y que no podía saber quién era el hombre que quería matarme, pero es una idea que me costará asimilar.

—¿Él se va con usted? —señaló Pitzer a Uno.

—No —negó Brigitte—: yo me voy con él.

Antonio Silveira, con el brazo extendido hacia delante como en marcial saludo, completamente envuelto en yeso, que abarcaba parte de su tórax, movió apenadamente la cabeza.

—¿De verdad se va de Portugal? ¡Es una lástima…! Podría conocer mejor Estoril… Y, sobre todo, Lisboa. ¡Ah, Lisboa…! O Rossio, Praga do Comercio, los miradouros, el distrito viejo… Los viajes en transbordador, las playas… No debería marcharse, pero, claro, yo tardaré algún tiempo en poder dedicarme a enseñarle Portugal. Si vuelve por aquí, la llevaré a Oporto, a Coimbra, a… a

Santarem. Allá está enterrado, en el convento de la Gracia, don Pedro Alvares Cabral, el descubridor del Brasil… San Vicente está siempre con él, espero. Pero Lisboa… Los fenicios la llamaron Alis Ubbo, y luego…

—Antonio —cortó Uno, sonriendo—: tenemos que marcharnos. He alquilado un avión y quisiera partir cuanto antes.

—Entiendo… Pues… buen viaje. Perdone que no le tienda la mano, señorita.

—Espero que no me guarde rencor —musitó Brigitte— pero yo no podía saber…

—¡No me dio tiempo a decírselo! Empecé a hablar, se lanzó contra mí, me derribó, me rompió el brazo… ¡Ah, señor Angelo, usted deberá tener mucho cuidado con esta señorita! ¡Es muy impulsiva!

—Lo sé… —sonrió Uno—. Hasta la vista, Antonio.

—¿Volverán?

—*Eu voltarei* —aseguró Brigitte.

Poco después, en el avión alquilado por Número Uno, con rumbo al aeropuerto de La Valetta, en Malta, los dos veían cómo Lisboa se empequeñecía, allá abajo. Estaban abrazados, fuera de las posibles miradas del piloto.

—Siempre paso por los mejores sitios sin disfrutarlos —dijo Brigitte, de pronto.

—Eres espía. No te quejes.

—No me quejo. ¿Cómo está tu brazo?

—Bien. Lo que me preocupa es tu cabeza. Con ese aparato todavía dentro… En cuanto lleguemos, mi amigo te lo extraerá.

—Así lo espero… —Se estremeció Brigitte—. Uno, respecto a lo que te dije de que había variado de opinión sobre casarnos…

—No te esfuerces… —susurró él—. Sé muy bien que me lo dijiste para hacerme comprender que algo no iba bien. De todos modos, no sería ninguna mala idea.

—Lo lamento.

—No importa… —dijo él, roncamente—. Me debes dos días de estancia en «Villa Tartaruga», ¿no es así?

—Tendré que estar más días. No me marcharé hasta que tu herida esté curada, y no quede ni rastro de los hematomas de los balazos que te disparamos aquellos hombres y yo.

—Me parece que voy a ser uno de esos enfermos que jamás se curan.

Se echaron a reír los dos. Poco después, Brigitte se acomodaba mejor entre los brazos de Número Uno.

—Adiós a Lisboa…

—¿De verdad piensas volver?

—Me gustaría. Quizá dentro de unas cuantas semanas pudiésemos coincidir en el viaje… ¿O estarás ocupado?

—¿Quién sabe? —sonrió Uno—. Quería, preguntarte una cosa: ¿no temes que, al ser extirpados esos minicerebros de los personajes se apresuren a fabricar más minicerebros, basándose en los que quiten de esas importantes cabezas?

—Es algo inevitable.

—Eso puede dar lugar a futuras situaciones peligrosas, querida. Y tengo entendido que tú siempre destruyes lo que puede representar peligro para el ser humano.

—Lo intento. Pero ya que no puedo destruir todas las bombas atómicas del mundo, ¿por qué preocuparme por unos cuantos minicerebros? Es mucho más complicado introducir minicerebros en las cabezas humanas que lanzar una bomba de cien, doscientos o mil megatones sobre una ciudad cualquiera. ¿Por qué los grandes sabios del mundo van a dedicar sus esfuerzos a matar con los minicerebros si ya tienen sus bombas? Sólo tienen que soltar unas cuantas y… ¡pif!, adiós a todo. ¿Por qué buscarse molestias si pueden matar cientos de miles de personas apretando un solo botón?

—Eres muy dura con ellos.

—Pero no tanto como conmigo misma. En realidad, creo que soy el último y más tonto de los minicerebros del mundo, Uno.

—¿Por qué dices eso?

Brigitte le besó dulcemente en los labios. Luego, la divina espía musitó:

—Podría quedarme para siempre contigo, en «Villa Tartaruga», y, sin embargo, estoy dispuesta a volver a la lucha, una y otra vez, sin descansar apenas, sin tregua… ¿No es eso un claro síntoma de tener un tontísimo minicerebro?

Este es el final

El caballero que salía de la floristería tras hacer un encargo, casi cayó de bruces en la acera, al tropezar… con sus propios pies, simplemente, por volverse a mirar a la damita que entraba en la floristería. Y Simón-Nueva York, que estaba componiendo un ramo de flores, casi las tiró al aire al verla.

—¡Madre mía! —aulló.

—¿Qué le pasa, Simón? ¿Alguna onda del minicerebro?

—¡Brrr…! ¡No me recuerde eso! Tío Charlie la está esperando adentro. Demonios, parece que no es dinero lo que le falta a usted, Baby.

—¿Por qué dice eso?

—Ha tardado quince días en presentarse a cobrar.

—Nunca abandono a los amigos en dificultades. Y menos, si están heridos.

—Bien… Nunca había envidiado a ningún hombre, pero… creo que ha llegado el momento. ¿No es así? Oh, quería decirle algo respecto a Franz Molinari y Meredith Collins… No sé qué ha sido de ellos.

—¡Cómo! ¿Escaparon? —Respingó Brigitte.

—Pues, no sé… De veras. Verá… Fuimos a «Lúa Vermelha», y vimos aquel ataúd que Molinari había encargado para mí. Como aquello estaba un poco revuelto, decidimos esconder a Molinari y a Collins dentro del ataúd, para luego llevárnoslos. Así que los metimos dentro, cerramos el ataúd, y luego lo llevamos a aquella gruta que hay detrás de la casa… No sabe lo que nos costó encontrar la gruta, y eso que sabíamos que estaba allí. Vamos, que no creo que nadie la encuentre jamás.

—¿Entiendo que metieron dentro del ataúd, vivos, a Molinari y a Collins? ¿Y que llevaron el ataúd a la gruta?

—Pues, sí… Pero ocurrió algo increíble…

—Cuando fueron a buscarlos, ya no estaban. —Apuntó Brigitte.

—Pues eso es lo malo. Estábamos tan disgustados porque esa pareja se habían atrevido a torturarnos a todos, y especialmente a nuestra Baby, que nos ofuscamos tanto que… En resumen: que nos fuimos de allí sin acordarnos de ellos.

—¡Ah! ¿Los dejaron en la gruta, vivos, dentro del ataúd?

—Fue un olvido tremendo, ¿verdad? Quizá les ocurra algo…

—Es posible… —sonrió secamente Brigitte—. Pero no se preocupe demasiado, Simón. Dentro de dos o tres meses, pienso volver a Lisboa, y me interesaré por ellos.

—Ojalá llegue a tiempo… —imploró hipócrita.

FIN

Notas

[1] Véase «Funeral por Baby», de esta colección. < <

[2] Véase «Cepo cariñoso», de esta misma colección. < <